



Dios y
Patria



EDIFICADORES DE PAZ II

CRÓNICAS SOBRE HOMBRES POLICÍAS,
VÍCTIMAS EN EL CONFLICTO
ARMADO INTERNO COLOMBIANO



Dios y
Patria

EDIFICADORES DE PAZ II

General
WILLIAM RENÉ SALAMANCA RAMÍREZ
Director General Policía Nacional

Brigadier General
NICOLÁS ALEJANDRO ZAPATA RESTREPO
Subdirector General Policía Nacional

Rector
CARLOS SÁNCHEZ GAITÁN
Universidad Jorge Tadeo Lozano

Brigadier General
WILLIAM OSWALDO RINCÓN ZAMBRANO
Jefe Unidad Policial para la Edificación de la Paz
- UNIPEP

Coronel
LURANGELI FRANCO RODRÍGUEZ
Subjefe Unidad Policial para la Edificación de la
Paz - UNIPEP

Codirectores del Proyecto

Mayor
JAIR ALVEIRO BENAVIDES PLAZAS
Jefe Área Víctimas y Memoria Histórica

Capitán
SANDRA PAOLA USECHE CÁRDENAS
Jefe Grupo Memoria Histórica Institucional
UNIPEP

Intendente
WILLIAM FERNANDO RODRÍGUEZ AYALA
Gestor de Memoria Histórica Institucional

Subintendente
FRANKLIN ANDRÉS MOSQUERA RESTREPO
Recolector de Memoria Histórica Institucional

Docente y Periodista
ÓSCAR DURÁN IBATÁ
Director del CrossmediaLab de la Universidad
Jorge Tadeo Lozano

Investigador

Capitán
RAFAEL EDUARDO MURCIA CÓRDOBA
Oficial de UNIPEP

Profesionales en Comunicación Social -
Periodismo de la Universidad Jorge Tadeo
Lozano

JULIANA COLLAZOS
DANEISI RUBIO ROSERO
MICHELLE TENJO INFANTE
ANGIE GARAY HERNÁNDEZ
KAREN FORERO PÁEZ
KAREN JOHANA ZAPATA GONZÁLEZ
MARÍA FERNANDA RAMÍREZ
LINA MARÍA HERMAN
JOSÉ DAVID VASALLO
NELSON ÁLVAREZ
SOFÍA ACERO

Revisión Jurídica

Brigadier General
HERNÁN ALONSO MENESES GELVES
Secretario General Policía Nacional

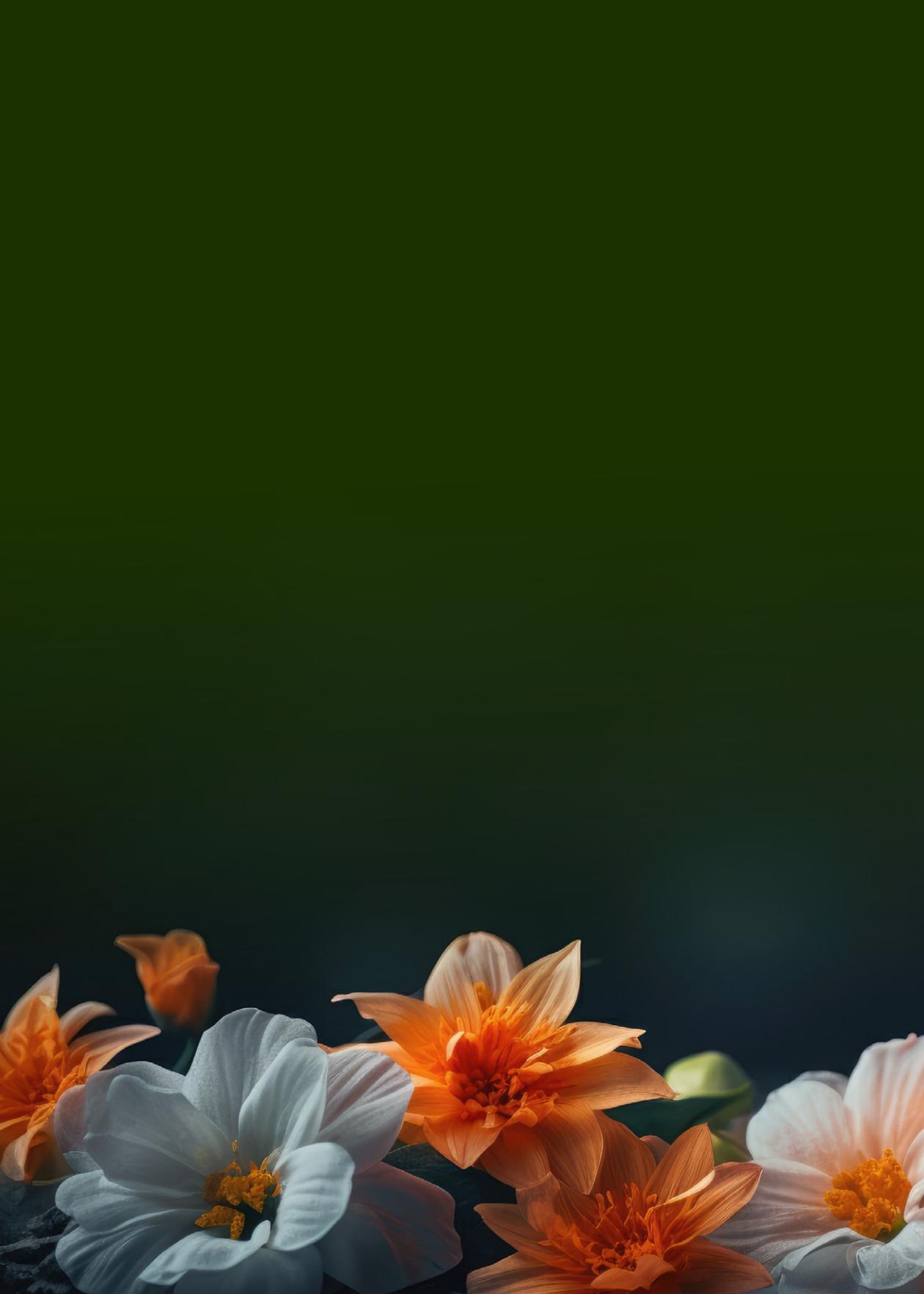
Diseño e Impresión:
Imprenta Nacional de Colombia

Diciembre 2023
ISBN: 978-958-8698-41-0

EDIFICADORES DE **PAZ II**



CRÓNICAS SOBRE HOMBRES POLICÍAS,
VÍCTIMAS EN EL CONFLICTO ARMADO
INTERNO COLOMBIANO





Dedicatoria

"La muerte no existe, la gente sólo muere cuando la olvidan; si puedes recordarme siempre estaré contigo"
Isabel Allende.

Esta obra está dedicada en honor a todas las familias que hoy sufren la ausencia de un ser querido, familias que nunca podrán cerrar la herida que llevan en sus corazones, que luchan día tras día para sobrellevar el dolor y la tristeza de la violencia y que, a pesar de ello, compartieron momentos que hoy se traducen en memorias.

A esos hombres y mujeres de la Policía Nacional que han sido heridos en medio de una violencia sin sentido, que guardan recuerdos abrumadores de supervivencia en medio del conflicto armado que vive el país, como un aporte hacia el camino de la resiliencia, en especial para aquellos que vienen y también son inocentes, para que no se repitan estos hechos.

Este reconocimiento simbólico perdurará en la historia, para que las futuras generaciones no desconozcan el sacrificio hecho por miles de policías colombianos.

Señor Brigadier General
William Oswaldo Rincón Zambrano





Agradecimiento

Reconocimientos especiales a los integrantes de la Unidad Policial para la Edificación de la Paz, en especial a los funcionarios del Área Víctimas y Memoria Histórica; a la Universidad Jorge Tadeo Lozano, al Departamento de Comunicación y Cinematografía y a su CrossMediaLab.

Esta obra se enriquece a partir de los relatos, testimonios y vivencias de los familiares de las víctimas e integrantes de la Institución que aportaron en esta construcción narrativa.

PRÓLOGO



FEDERICO BENÍTEZ GONZÁLEZ

He aquí 11 historias que describen las personalidades, los sueños, el dolor y el drama de algunos policías caídos y sus familias; quizá no sean suficientes para reflejar las angustias y las cicatrices que han dejado más de 50 años de conflicto, no solo en la institución sino en el pueblo colombiano. Contarlas desde lo humano — como solo lo pueden hacer los familiares, amigos y compañeros más cercanos— es una manera de dar los primeros pasos para que como sociedad sanemos.

Gracias a mi trabajo como periodista que cubre el conflicto, doy fe de que la Policía colombiana está integrada, no solo por mujeres y hombres altamente preparados, sino, sobre todo, por excelentes seres humanos. En el desarrollo de mi oficio, ellos me han acompañado; me han protegido; se han quitado su chaleco balístico para dármele de modo que yo proteja mi vida en zonas peligrosas e. Incluso, cuando, en medio de la escasez, estamos en regiones apartadas a donde la provisión es casi nula, no han tenido reparos en compartir su comida conmigo para que yo no pase hambre. La mayoría de policías colombianos son personas

nobles a las que siempre les he guardado respeto y admiración. En esa medida, cada relato aquí presentado es conmovedor.

Quizá tantos años de conflicto nos volvió una sociedad fría, a la que la enorme cifra de policías muertos conmueve ya a muy pocos; los miran desafortunadamente solo como simples estadísticas. No obstante, este libro con sus crónicas va más allá del uniforme ostentado por los miembros de la institución; describe de manera transparente que, detrás de una placa o de un rango, hay seres humanos llenos de sueños a quienes les gusta ir de pesca artesanal, enseñar idiomas o ir a la iglesia para mantener su fe íntacta y que, en los casos de los uniformados caídos, desafortunadamente esos anhelos se esfumaron por cuenta de tanta violencia. Ya es hora de que, como país, valoremos que miles de policías hayan entregado sus vidas, por cumplir con la noble misión de protegernos.

Estas tocantes historias no buscan señalar culpables; mucho menos, juzgar. Su noble intención es construir memoria que aporte a la paz. Con objeto de reconocer el valor de un policía para la sociedad, debemos ir más allá de la trágica noticia de cuando se registraron los lamentables hechos; tenemos que acercarnos a lo humano, a tener empatía por los demás y a sentir como propio el dolor de tantas familias que han perdido a sus seres queridos. Este libro logra dicho propósito, porque dignifica y honra la labor de personas que sacrificaron hasta su propia vida a fin —aún vigente— de que Colombia sea un país mejor.

¡Dios y Patria!



Federico Benítez González
Comunicador Social - Periodista
Magister en Estudios Políticos e Internacionales
Periodista de Los Informantes, Caracol Televisión

CONTENIDO



5 DEDICATORIA

7 AGRADECIMIENTO

8 PRÓLOGO Federico Benítez González

13 DIOS
ME HIZO UNA
PROMESA Juliana Collazos

31 PROFESOR,
POLICÍA Y AMIGO Daneisi Rubio Rosero

47 UN HÉROE
DEL DÍA A DÍA Michelle Tenjo Infante

57 UN HOMBRE
CON HUELLAS DE ORO Angie Garay Hernández

75 SERVIR
PARA VIVIR Karen Forero Páez

89 POR VOCACIÓN,
LUCHA Y AMOR

Karen Zapata

103 LA FUERZA
DE UN UNIFORME

María Fernanda Ramírez

121 UN AMOR
INQUEBRANTABLE

Lina María Herman

137 LOS AÑOS
DE ANGUSTIA DE UN POLICÍA

José David Vasallo

151 UN MILAGRO
EN MEDIO DE LA VIOLENCIA

Nelson Álvarez

167 SANGRE
DE INOCENTES

Sofía Acero

180 EPÍLOGO



„sonrisa amable; reconocido por su disciplina, su personalidad alegre, su vocación de servicio y su profunda relación con Dios.

Dios



ME HIZO UNA PROMESA

Por: Juliana Collazos

La familia Gómez Mancilla no volvió a ser la misma desde el funesto 5 de diciembre de 2008, el día en el que perdieron a uno de sus integrantes más queridos:

el Subteniente Javier Edilson Gómez Mancilla. Javier, el séptimo hijo de Azucena y Gerardo, fue asesinado en Fortul, un municipio del departamento de Arauca, ubicado a 153 km de su capital, luego de ser víctima de una emboscada en la que también fallecieron otros ocho compañeros: el Subintendente Orbi Yesid Hernández Bernal; el Subintendente Luis Alberto Zambrano Contreras; el Patrullero Wilmer Evelio Parrado Orjuela; el Patrullero Andrés Jerónimo Calderón Martínez; el Patrullero Nelson Oswaldo García Rozo; el Patrullero Darwin David Mogollón Bedoya; el Patrullero Wilson Fabián Rivera Cabezas y el Patrullero Francisco Rivera Urrutia. Al

momento de la emboscada, ninguno de estos hombres superaba los 30 años.

Para el año 2008, la situación de seguridad del departamento de Arauca era compleja. Según la Fundación Ideas para la Paz (FIP), después de la desmovilización de los grupos paramilitares en el año 2005, las guerrillas de las FARC y el ELN tomaron el control del departamento. En ese año, los índices de violencia alcanzaron los 132 homicidios por cada cien mil habitantes. Estas estructuras criminales se sostenían a partir de la extorsión y el contrabando de gasolina, que se facilita debido a la cercanía con la frontera entre Venezuela y Colombia. El Subteniente Gómez llegó a trabajar como comandante de la Estación de Policía de Fortul, cuando tenía 30 años. Estaba nervioso, porque sabía que la población de ese municipio no era muy cercana a la Institución, pero, aun así, fue a cumplir con su deber.

Javier era un hombre de tez morena, estatura mediana, cabello lacio y negro, frente amplia, ojos medianos, cejas pobladas, nariz ancha, labios carnosos y sonrisa amable; reconocido por su disciplina, su personalidad alegre, su vocación de servicio y su profunda relación con Dios. Nació el 24 de julio de 1978 en Ibagué, un lunes, como recuerda su hermana Sandra. Sin embargo, Javier se crió en la finca de sus padres, situada en la vereda Los Andes, del municipio de Rovira, Tolima. Creció en el seno de una familia campesina y humilde compuesta por sus padres y sus diez hermanos. *“Vivíamos en Ibagué cuando Javier nació. Teníamos una casa grande, pero con el tiempo nos quedó pequeña porque éramos muchos y no había espacio para jugar. Mi mamá estaba desesperada porque dejarnos salir a la calle tampoco era una opción, ya que era muy peligroso. Por eso, un año después del nacimiento de Javier, nos devolvimos para la finca”*, recuerda Sandra.

En la finca ‘El Algodonal’ cultivaban café y tenían algunas siembras de pancoger (maíz, yuca, frijol y plátano), además de unas pocas cabezas de ganado. Al igual que sus otros hermanos, Javier estudió la primaria en la escuela de la vereda. Al regresar de la escuela, ‘el batallón’ — como los mayores se referían al grupo de hermanos— se iba a trabajar con don Gerardo. Los hombres de la familia se dedicaban a ayudar a su padre en el campo y las mujeres a las labores del hogar, junto con su madre. Sin embargo, Javier fue el único de los varones que



no ayudó a su padre, ya que él lo consideraba débil; “a mi hermano siempre le gustó ayudarme a mí y a mi mamá con el aseo de la casa, así que, cuando llegaba de la escuela, él se quedaba con nosotras y no iba a trabajar con mi papá. Mi papá lo molestaba mucho por eso y lo trataba feo; le decía ‘la rosita’ y constantemente lo comparaba con las mujeres”, dice Sandra.

Debido a la difícil relación entre Javier y su padre, Susa, su madre, decide mandarlo a Ibagué con sus hermanas mayores, cuando

cumplió los 12 años. Allí vivió en varios lugares: primero con su hermana Sandra y luego con Míriam, otra de sus hermanas. A pesar de que no le exigían ninguna contribución económica para vivir en la casa, él decidió que quería trabajar para cubrir sus gastos y terminar sus estudios de bachillerato en una escuela nocturna. Su familia lo recuerda con orgullo como un hombre verraco, luchador y trabajador; cuenta Sandra *“yo lo acogí en mi casa, cuando llegó de la finca e insistió en que quería trabajar y así poder mantenerse. Una prima me lo pidió para que él le ayudara con los oficios de la casa y, como era de esperarlo, él aceptó. Después trabajó en una zapatería de una familiar y así fue como se pagó el bachillerato.*



Trabajaba en el día y estudiaba en la noche". Sus otros hermanos recuerdan que, también, por un tiempo vendió pescado, maletas y útiles escolares.

En aquel tiempo estaba haciendo el grado once. A los 17 años, quiso prestar servicio en la Policía, y fue allí donde, según narra Mary Méndez, una de sus mejores amigas, se enamoró de la institución y quiso continuar su proceso dentro de la Policía Nacional. Gracias al apoyo y el acompañamiento de sus hermanas Sandra y Miriam, además de su propio esfuerzo y trabajo, pudo prestar el servicio militar en la Policía Nacional.

Al terminar su servicio como auxiliar, viajó a Fusagasugá, Cundinamarca, para ingresar a la Escuela de Policía Provincia del Sumapaz, de la que se graduó como Patrullero. Pudo mantenerse gracias a su propio esfuerzo y al apoyo de su madre, quien logró cubrir algunos gastos con el dinero que recibía del arriendo de una casa en Ibagué. *"Cuando inició como auxiliar bachiller lo acogí en mi hogar, a pesar de las dificultades que afrontaba con mis hijos. Él me ayudó mucho en ese momento, se acomodó a la situación con completa humildad. Me respaldó en todos los sentidos y me apoyó con el cuidado de mis hijos, con quienes construyó un lazo muy fuerte. Con Javier en la casa, eran cuatro personas bajo mi responsabilidad y yo sentía que también debía cuidarlo; sin embargo, fue él quien se encargó de nosotros"*, cuenta Miriam.

La relación con sus sobrinos fue muy cercana e importante para él. Katherine, una de las hijas mayores de Miriam, recuerda que su tío siempre estuvo muy pendiente de ellos, trató de inculcarles buenos valores y de ser un ejemplo; les enseñó a ser respetuosos, disciplinados, aseados y luchadores. Fue como el hermano mayor y siempre hizo todo lo posible para estar pendiente de nosotros. Recuerda Katherine, con la voz temblorosa y entrecortada, *"mi tío me enseñó que había que hacer las cosas bien, por eso es uno de mis modelos. Fue un hombre excelente. De él no solo nos quedan los valores que se esforzó en inculcarnos, sino, también, su forma alegre de ver la vida: Gracias a él aprendí a bailar. Recuerdo que le gustaba mucho contar chistes y siempre me contaba los mismos; me los sé de memoria. Aún conservo un casete que me regaló de Shakira, una pasión musical que heredé. Le gustaba mucho*

y la admiraba bastante, me inculcó el amor por la institución y tenía el anhelo de que yo le siguiera los pasos. Aún tengo mucha tristeza por no haberle podido cumplir”.

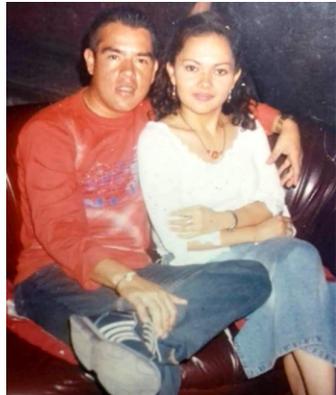
Tras su ingreso a la Policía, la relación con su padre cambió para bien. Don Gerardo empezó a ver a su hijo con otros ojos. Javier se encargó de tratarlo de una forma especial y, en algunos momentos, apoyó a su padre con dinero para su sostenimiento y alimentación. Don Gerardo, en un acto de contrición, entendió que su hijo era un hombre de bien, una persona que solo guardaba amor en su corazón; así mismo, empezó a mostrar respeto y admiración por lo que él había alcanzado. Además, Javier alentó a sus hermanos Mauricio y Néstor para que pudieran empezar sus carreras dentro de la Policía Nacional, institución de la que hoy después de muchos años de sacrificio lograron obtener el grado de Intendentes. Javier Gómez veló por el bienestar de su familia hasta su último día de vida.

Posteriormente, al graduarse como Patrullero, Javier se mudó al municipio de El Espinal, en el departamento del Tolima, para hacer el curso de ‘Granaderos’, un grupo especializado en el fortalecimiento del conocimiento de los policías para prevenir y contrarrestar el accionar de grupos al margen de la ley. En esa época, el entrenamiento se realizaba en la Escuela de Policía Gabriel González. Gracias a su excelente desempeño y disciplina, Gómez se convirtió en “Instructor del Grupo de Granaderos”, e “Instructor del Grupo de Comandos de Operaciones Rurales, COR”. Allí conoció a una de sus mejores amigas, Mary Méndez, “lo conocí en la Escuela del Espinal, cuando yo trabajaba en la oficina de Talento Humano. Ese día me encontraba notificando a un personal, y recuerdo que me crucé con él en la cancha de baloncesto. Desde el primer momento sentí que lo conocía de toda la vida, porque Javier era una persona muy sencilla y se hacía querer muy rápido. Era muy especial. Javier fue el hermano que nunca tuve, pero que Dios me regaló”.

Después de fortalecer su amistad, Mary le propuso que se fuera a vivir con ella, ya que Javier tenía algunos problemas con los arrendatarios del lugar donde se quedaba. Estando allí, cuidó a Mary en el momento en que comenzó a padecer los síntomas de una enfermedad que le diagnosticaron tiempo después. Cuando llegaba a la casa y la veía acostada, le decía: “Usted lo que está es aburrida”, buscaba las llaves

de 'Margarita', la moto de Mary, e iba a la droguería a conseguirle algunos medicamentos. Al regresar, le decía: *"Tómese esto mientras yo le alisto la ropa y nos vamos a bailar. Yo sé que usted está aburrída"*, y la convencía de ir con él. Salían los tres: Mary, Javier y Paola, otra de sus mejores amigas. Mary recuerda con mucha alegría esos momentos. *"luego de la fiesta, los tres nos íbamos en la moto. Metíamos a Paola en la mitad; yo, como era la más gordita, me iba manejando, y Javier se iba en la parte de atrás. Después de la fiesta nos íbamos a comer apanados en el parque Castañeda, que queda detrás de la iglesia del Espinal. Javier era el alma de la fiesta, le gustaba mucho salir a bailar, pero no bebía"*.

La amistad de Mary fue lo que fortaleció su relación con Dios. Ella asistía a la Iglesia Ministerial de Jesucristo Internacional. Un día, Javier salió de trabajar, se cambió y le pidió a Mary que lo llevara. *"No se vaya a asustar, porque allá la gente ora con mucho fervor y algunos tienen el don de hablar en lenguas"*, le dijo ella y él prometió que no se iba a asustar, *"no sé qué le habló el Señor, pero él lloró mucho la primera vez que fuimos. Dios escudriñó su corazón"*. Recuerda que Javier le comentó, *"aquí es donde de verdad está Dios; me hizo muchas promesas muy bonitas, pero me pidió que no le dijera a nadie"*. En ese momento, él deseaba con todo su corazón poder ser oficial de la Policía y el Señor le aseguró que le iba a abrir puertas y le iba a ayudar a cumplir ese anhelo.



A pesar de la promesa de Dios, el camino para llegar a la Escuela de Cadetes de Policía General Francisco de Paula Santander, ECSAN, no fue sencillo. La primera vez que intentó hacer el proceso para entrar, no pasó. *“Acuérdese de que usted tiene la promesa del Señor”*, le dijo Mary, después de darle la triste noticia. Javier siguió adelante. Volvió a presentarse y tuvo que enfrentarse a otro bache en el camino: no contaba con el apoyo de su superior. Según Mary, no quería firmar el permiso que Javier necesitaba para presentarse en la ECSAN. Esa fue la razón por la que no pudo entrar en el primer proceso al que se postuló. *“En el momento en que Javier empezó el proceso por segunda vez, recordé a un Coronel que nos podía ayudar a convencer al Capitán. El Coronel estimaba mucho a Javier, pero estaba en Bogotá y tuve que llamarlo para comentarle la situación, Me prometió que lo iba a ayudar y, mediante un correo electrónico, solicitó a Javier en Bogotá, por lo que el Capitán firmó el permiso y lo dejó viajar”*, recuerda Mary.

Esa noche, ‘Margarita’ los llevó hasta Girardot, un pueblo a 25 km de El Espinal, para ir a la iglesia. Cuando salieron, Javier le contó a Mary que Dios había hablado con él otra vez. En esa oportunidad, Dios le dijo que no se preocupara por nada, así viera las cosas al revés. Que él se iba a encargar de todo. Al día siguiente, Javier viajó a Bogotá, y al llegar a la ECSAN, se percató de que nadie le ponía atención ni lo atendían. En la noche llamó a Mary y, con tristeza, le comentó lo sucedido. Tenía en la mente que no iba a lograrlo porque el proceso de incorporación iniciaba la semana siguiente. *“Hablé con Dios”*, le dijo ella, y esa misma noche, Mary recibió una llamada con una noticia esperanzadora: el curso sería aplazado porque necesitaban más aspirantes para comenzar. *“Esa noche él fue a la iglesia y Dios le dijo que había permitido que las cosas pasaran de esa manera porque él iba a entrar por la puerta grande”*, comenta Mary.

Seguro de la promesa que Dios le había hecho, madrugó al día siguiente para poder hablar con el Director de la Escuela. Al encontrarse con él, el Coronel le confirmó la información y le pidió certificar unos documentos que le permitieran iniciar. El curso de oficial era muy costoso y Javier tuvo que hacer varias cosas para poder costearlo: vendió dulces, arregló los uniformes de sus compañeros, y sus hermanos Mauricio y Néstor, que ya se habían graduado como patrulleros, contribuyeron económicamente para el sostenimiento de Javier en Bogotá, en agradecimiento por el apoyo que él les había dado.

El 10 de agosto del 2003, después de muchos sacrificios, ingresó a la Escuela de Cadetes de Policía General Francisco de Paula Santander y, a pesar de haber superado los obstáculos para poder entrar, dentro de ella se topó con otro bache: uno de sus compañeros reportó la pérdida de sus pertenencias y, en el momento de la revisión, hallaron los objetos en la cama de Javier. Él era inocente, pero no tenía cómo demostrarlo y eso le preocupaba porque podría costarle la expulsión.

“Javier me llamó y me contó del inconveniente de la cama”. Recuerdo que me dijo: “Paola, necesito que ayune y ore por mí. En ese momento, él y yo teníamos un rifirrafe porque íbamos a iglesias distintas. A mí no me gustaban algunas cosas que hacían en la de él, y Javier lo sabía, así que le prometí ayunar y orar para que saliera la verdad a la luz, si él me aseguraba que iba a ir a la mía. Yo le cumplí. Unos días después, me contó que la persona que lo acusó había confesado que Javier nada tenía que ver en el supuesto robo. Fue un alivio para él; pudo volver a respirar. Sin embargo, a pesar de lo mucho que lo marcó ese hecho, él nunca me cumplió la promesa”, recuerda Paola.

Después de tres años de muchos sacrificios, se hizo realidad la promesa que Dios le había preparado. El 7 de diciembre de 2005, de un día soleado que perdurará en la memoria de su familia y de sus compañeros, Javier logró graduarse con honores en el campo de ceremonia de la ECSAN como Subteniente de la Policía Nacional. Sandra recuerda que sus padres, un tío y algunos de sus hermanos y sobrinos viajaron a Bogotá, para la graduación e hicieron una cena con las personas que acompañaron el proceso de Javier durante el tiempo que estuvo en el antro académico.

Gracias a su excelente rendimiento dentro de la Escuela, fue seleccionado para trabajar en la Policía Metropolitana de Bogotá y se desempeñó como comandante del CAI Alhambra, de la localidad de Suba. Después de algunas diferencias laborales con sus compañeros, fue trasladado a la Estación de Policía de Puerto Rondón, en Arauca. *“Javier tenía muchas dudas respecto al traslado a Puerto Rondón, porque a él le encantaba trabajar con la comunidad vecina del CAI de Suba. Sin embargo, cuando llegó a Puerto Rondón, pudo ver que había mucho para hacer por la comunidad y por sus compañeros. Él me comentó que la situación en la Estación de Policía era muy precaria, porque la estructura estaba muy dañada por los atentados que habían sufrido, y sus compañeros*



dormían en colchones viejos que ponían encima de cajas de cartón. Por esa razón, Javier decidió empezar a gestionar con la alcaldía del municipio un dinero para arreglar la Estación. Ellos se comprometieron a dar unas regalías para pagar las modificaciones; le pidieron el favor de buscar a los obreros y algunas ayudas. Nunca respondieron por ese dinero. Javier tuvo que endeudarse y pagó todo con un crédito que pidió al Banco Popular”, cuenta Mary.

Algo que sí le pesaba bastante era dejar de asistir a la iglesia, ya que no había sedes en Puerto Rondón ni en ningún otro municipio de Arauca. Después de unos días, llamó a Mary para comentarle su tristeza por no poder asistir a la iglesia. *“Yo le sugerí a Javier que averiguara allá si había gente que asistiera a la misma iglesia. Eso fue como prender la mecha”,* recuerda Mary entre risas, *“a los*

días me contó que había mucha gente que asistía a esa iglesia, pero que tenían que viajar hasta Yopal, en Casanare, porque allí quedaba la sede más cercana. Entonces, yo le dije que hicieran una carta firmada por todos y que me la pasara, que yo me comprometía a entregarla en la sede de Bogotá. Sin embargo, él decidió viajar hasta Yopal a hablar personalmente con el predicador de esa ciudad y entregarle la petición. Una noche fui a la iglesia y allí anunciaron que abrirían otras dos sedes: una en Puerto Rondón y otra en el Caquetá, en un pueblo que no recuerdo. Él estaba muy contento de la apertura de la iglesia”.

Mientras estuvo en Puerto Rondón, asistió juiciosamente, todas las noches, a la iglesia. Días antes del traslado a Fortul, Javier recibió un mensaje de Dios que, después de su muerte, cobró mucho sentido para sus familiares y amigos. *“un día, mientras hablábamos, él me contó que Dios le había hecho una promesa muy bonita y estaba muy emocionado por eso. Consistía en que lo iba a llevar a un lugar precioso en donde iba a encontrar la verdadera felicidad”,* recuerda Mary, *“él se puso muy contento, ya que no estaba satisfecho con su trabajo en Puerto Rondón y me dijo que no importaba para dónde se lo llevaran, porque él iba a estar agradecido de recibir el traslado”.*

Luego de un corto tiempo en Puerto Rondón, fue trasladado a la Estación de Policía de Fortul, Arauca. La noticia del nuevo traslado fue inesperada, porque no estaba dentro de lo planeado; otro oficial era quien asumiría ese traslado, pero, a última hora, decidieron que este reemplazaría al Subteniente Gómez en Puerto Rondón, y él en cambio, se haría cargo de la Estación de Fortul. No obstante, Javier aceptó, porque pensó que se trataba de la promesa que Dios le había hecho.

Entonces, unos veinte días después de su llegada a Fortul, el Subteniente Gómez en compañía de 8 de sus compañeros llegaron a atender una noticia que habían recibido minutos antes, según un comunicado de prensa de la Presidencia de la República, afirmó que los uniformados llegaron acuciosamente a cumplir con su deber después de una llamada falsa que advertía de un cuerpo sin vida en el cementerio. Cuando llegaron al supuesto levantamiento del



Helmer Parra / EL NUEVO DÍA

CON HONORES fue despedido, ayer, el subteniente de la Policía, Javier Gómez Mancilla.

General Moore acompañó honras fúnebres Familia de la Policía despidió subteniente muerto en Arauca

IBAGUÉ

Con la presencia del general Luis Alberto Moore Perea, director nacional de Tránsito y Transporte se cumplieron, ayer, las honras fúnebres del subteniente de la Policía, Javier Gómez Mancilla.

El uniformado caído en acción en Fortul, Arauca fue despedido con honores en medio del dolor de la familia, y particularmente de sus hermanos quienes también hacen parte de la institución.

"ELN engaña al pueblo"

Al referirse al crimen del subteniente Gómez, el general Moore indicó, que, "no entendemos cómo todavía algunos grupos insisten en que este es el camino para llegar

a la paz en nuestro país.

"Este grupo del ELN ha estado tratando de engañar a los colombianos con que quieren hacer unas negociaciones de paz, pero la manera de responder es, asesinando a nuestros hombres", aseguró el mando policial quien, agregó, que, este tipo de acciones deben llevar a que el pueblo deje de creer en las supuestas buenas intenciones de los grupos al margen de la ley.

"Mantendremos las operaciones y el Estado no podrá renunciar a eso. La familia puede estar segura de que trabajaremos hasta donde podamos, básicamente, para derrotarlos porque no quieren entrar en negociaciones de paz y también para que esto no vuelva a pasar en el país", enfatizó.

cadáver al lugar, inmediatamente los guerrilleros pertenecientes al ELN activaron unos explosivos que habían colocado allí. De ese modo, cegaron la vida de ocho seres humanos que deseaban soñar, amar y vivir. Sin duda alguna, estos ocho ángeles dejaron un vacío que nunca será llenado en sus hogares que aún esperan poder abrazar de nuevo a los suyos. *“La última vez que hablé con él nos vimos por videollamada. En ese momento yo sabía que estaba embarazada del hombre que hoy es mi esposo y no supe cómo contarle. A él no le agradaba la idea de que yo me involucrara con un policía, y en ese momento estaba esperando una hija de uno de ellos. Él murió sin saber que yo iba a tener una bebé”*, dice Paola con la voz entrecortada.

Hoy, casi 13 años después de su muerte, sus seres queridos siguen recordando y honrando su memoria: sus cenizas reposan en la finca donde creció, al lado de Susa y Gerardo; sus hermanos insisten en conservar el espacio que le pertenecía en las fotos familiares; su hermana Miriam, en un intento por detener el tiempo, adjuntó sus recuerdos en un cuaderno en el que pegó algunos recortes de periódicos sobre la muerte de Javier y unas cuantas fotografías familiares. Por su parte, Mauricio y Néstor continúan prestando su servicio dentro de la Policía Nacional. El paso del tiempo nunca será suficiente para llenar el vacío que dejó su ausencia. Cada doliente sufre el duelo a su manera.

La familia Gómez Mancilla nunca superará la ausencia de Javier; sus recuerdos seguirán guardados en lo profundo de sus corazones. Ya no hay rencor; solo queda un dolor que perdurará por siempre: *“Creo que, con el paso del tiempo, sí hemos logrado perdonar. Al principio fue muy difícil aceptar la manera en la que murió mi hermano, pero tenemos claro que el único que sabe por qué Javier murió de esa manera es Dios. Ni el rencor ni la venganza existen en nuestra familia”*, Miriam.

086 cursos y hermanos



Por: Mayor Jaime Esteban Vanegas Torres

Ser policía es una de las profesiones más complejas y difíciles, así como riesgosas; sufrir una lesión o llegar a perder la vida son unos de los miles de infortunios con los que se puede atravesar un uniformado en medio de su servicio. Este tipo de peligros no se sentían tan cercanos cuando nos encontrábamos hace muchos años en la escuela de formación; en aquel entorno académico, la amistad, camaradería y hermandad se convierten en la fortaleza, para superar los retos diarios de la academia policial. En aquel entonces, era difícil imaginar que algunos compañeros que juraron junto a mí servir a los colombianos aquella mañana del 7 de diciembre de 2005, nos acompañarían prematuramente desde el cielo, hoy son ellos y sus familias a quienes honramos y dedicamos unas palabras de reconocimiento y admiración, su imagen nunca será borrada de los integrantes del curso 086 de oficiales siempre estarán acompañándonos en el trasegar institucional.

Según la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas, UARIV, las personas reconocidas como víctimas e incluidas en el Registro Único de Víctimas, RUV, en Colombia ascienden a las 9'361.995¹, y 81.411² policías y sus familias. En el año 2008, nueve compañeros harían parte de este lamentable registro; entre ellos, mi compañero Javier Gómez Mancilla.

Recuerdo como si fuera ayer todos esos momentos en la ECSAN, por mi mente transitan memorias de seres humanos excepcionales con los que compartí por tres años y cuya vida la violencia cegó.

Quienes tuvimos la oportunidad y el privilegio de conocer a Javier, lo evocamos como esa persona extremadamente disciplinada y

1 Información a corte 24 de agosto de 2022.

2 Según el análisis del noveno cruce de información entre la UARIV y la Policía Nacional.



estricta, lo que llamamos institucionalmente *“un hombre místico”*. A la escuela ingresamos el 10 de agosto de 2003; inmediatamente fuimos designados a la compañía Gabriel González López. Javier se destacó entre todos nosotros: Él era un cadete que infundía respeto en cada cosa que hacía y se mostraba muy orgulloso al portar el uniforme. Sobre todo cuando le correspondía algún servicio de escuela, engalanaba su uniforme con su pulcritud y decoro. Aunque su altura no era una de sus fortalezas, sí lo eran el ímpetu y gallardía que mostraba; su sonrisa con *brackets* se podía distinguir en cada actividad que hacíamos, incluso cuando nos correspondían las extenuantes jornadas de acondicionamiento físico que eran muy recurrentes. En varias ocasiones me dio ánimo y me demostraba que el dolor era pasajero. Aún recuerdo que, antes de la recogida para descansar en las noches, siempre era el elegido para hacer unas flexiones extras, pero no precisamente por ser débil. ¡Al contrario! Él era un referente, de los que llamamos “comandos”. “Antes de ingresar a la ECSAN fue instructor en cursos de alta exigencia física y mental en la misma Policía; por ende, era la persona más reconocida en todo el complejo académico, dada su experiencia y capacitación que realizó a varios cursos de oficiales.”.

Ser integrante del Curso 086 de oficiales creó un lazo de amistad inquebrantable entre todos nosotros, recordar esas anécdotas avivan esos sentimientos de nostalgia por quienes hoy ya no están entre nosotros, pero que jamás olvidaremos. Hoy puedo decir que tengo 242 hermanos, algunos de ellos nos acompañan y protegen desde la eternidad, y me trae a mi mente una estrofa del himno de nuestra compañía que decía *“en el hombro llevamos el cielo... en el pecho coraje y valor”*. Hoy, a pesar de los años, ese lema nos sigue acompañando. Esas presillas azules en nuestros hombros que nos identificaron como integrantes de una compañía desaparecieron; ahora ya no las portamos, fueron reemplazadas por nuevos grados y cargos que ocupan cada uno de sus integrantes. Sin embargo, aún persiste el vacío de quienes año tras año también deberían tenerlas y acompañarnos en esta difícil, pero orgullosa profesión.

Ahora, luego de 13 años de su muerte, yo soy un Mayor de la Policía Nacional de Colombia; me identifico firmemente con la frase de Mahatma Gandhi: *“no hay camino para la paz, la paz es el camino”*. Es necesario forjar la paz de Colombia, en donde todos podamos vivir y sin el temor a que las balas de los violentos nos arrebatan la vida.

Este pequeño pero sentido homenaje no solo parte desde el compromiso constitucional de aportar a la verdad y dignificar a quienes en el ejercicio del deber ofrendaron hasta su vida; es una responsabilidad de todos los colombianos y mía propia por dignificar a todos los que le aportaron a la paz, como fue el caso del oficial Subteniente Javier Edilson Gómez Mancilla. Este es un reconocimiento a sus nobles acciones, esfuerzo y dedicación; su historia jamás será olvidada y su nombre siempre estará en el lugar de los héroes quienes le apostaron a construir un mejor país.

“Ser integrante del Curso 086 de oficiales creó un lazo de amistad inquebrantable entre todos nosotros, recordar esas anécdotas avivan esos sentimientos de nostalgia por quienes hoy ya no están entre nosotros, pero que jamás olvidaremos. Hoy puedo decir que tengo 242 hermanos, algunos de ellos nos acompañan y protegen desde la eternidad, este mismo sentimiento trae a mi mente una estrofa del himno de nuestra compañía que decía “en el hombro llevamos el cielo... en el pecho coraje y valor”. Hoy, a pesar de los años, ese lema nos sigue acompañando. Esas presillas azules en nuestros hombros que nos identificaron como integrantes de la compañía Gabriel González López desaparecieron; ahora ya no las portamos, fueron reemplazadas por nuevos grados y responsabilidades que hoy ocupan cada uno de sus integrantes. Sin embargo, aún persiste el vacío de quienes año tras año también deberían portarlas y acompañarnos en esta difícil, pero orgullosa profesión.”

En memoria de:

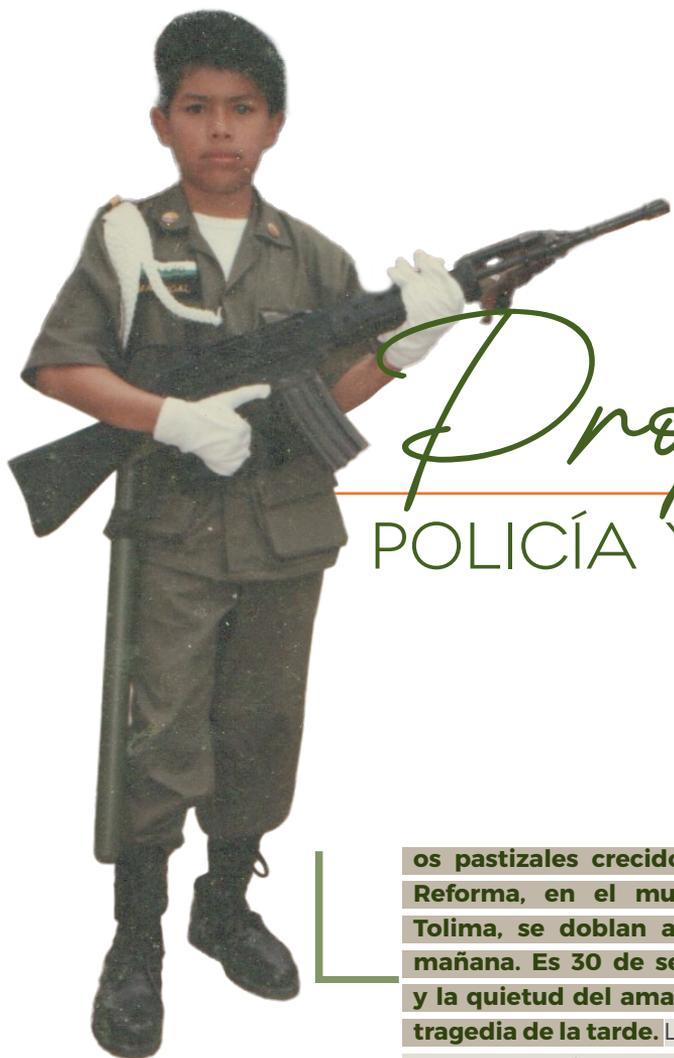


Subteniente Gómez Mancilla Javier Edilson
Subteniente Rojas Fonseca Yovany
Subteniente Villamizar Bustos Miguel Andrés
Subteniente Galeano Gómez Pedro Alexánder
Subteniente Mendoza Mendoza Edwar Francisco
Subteniente Luis Caicedo Alfonso
Subteniente Andrés Jaramillo Fernández
Teniente Salamanca Pedraza Iván Darío
Capitán Tabera Leal Andrés Camilo
Capitán Goyeneche Roa Harvey
Capitán Charry Villanueva Juan Pablo
Mayor Carlos Antonio Barrera Ovalle
Mayor Parra Nieto William Mauricio

Integrantes del Curso 086 “compañeros y hermanos” (q. e. p. d.).



**Era una persona innovadora. Tenía
ese don de gente que le caía bien
a todo el mundo.**



Profesor

POLICÍA Y AMIGO

Por: Daneisi Rubio Rosero

Los pastizales crecidos de la vereda La Reforma, en el municipio de Rovira, Tolima, se doblan ante la brisa de la mañana. Es 30 de septiembre de 2017, y la quietud del amanecer no adivina la tragedia de la tarde. Los mismos caminos, que una vez tuvo que transcurrir de niño Wilfredo Madrigal Galvis, se mantienen intactos, y, por allí, a veces, corren a refugiarse las memorias de su infancia en la finca de tres hectáreas que habita su familia. Su madre no sabe todavía que a su niño ya no le queda tiempo, ni que muy lejos, en Miranda, Cauca, está programado su final.

En la casa materna los rincones guardan el recuerdo de las jugarretas familiares y los domingos de paseo en el río, donde todos iban a remojar el cansancio de trabajar la tierra, *“nos gustaba mucho ir a pescar y coger aguacates, porque en la finca de mamá nosotros los recogíamos. También había que estar pendientes de los animales, debido a que teníamos un criadero de pollos. Nuestra infancia fue así, entre el trabajo en el campo y los juegos en el río, o los paseos en bicicleta en una carretera destapada cerca de la finca de mi mamá, que quedaba al borde de la vía”*; recuerda Aychel, hermana mayor de la familia.

El pequeño Wilfredo era entonces el tercer hijo de este hogar campesino, integrado por sus padres, Wilfredo Madrigal Pulido y Alexandra Galvis, y sus tres hermanos: Aychel; la mayor; Alexandra; la intermedia, y Yeison; el menor de todos. De niño era un bromista de tiempo completo, que de vez en cuando hacía rabiar a Alexandra, la hermana que le llevaba apenas un año de diferencia y con la que siempre tuvo mayor afinidad. Por su complexión, en ocasiones los niños más grandes lo esperaban a la salida del colegio para molestarlo, jugarle bromas pesadas, causarle un par de moretones o hacer llorar al pequeño del curso. En las disputas fuera de las aulas, Alexandra era su escudera y, cuando ella se enteraba de cualquier ofensa, no le tenía miedo a encarar a sus abusadores: *“con mi hermanito no se metan, métanse conmigo”* les decía, como si en esas confrontaciones de niños se jugara la vida por él.

Después, los dos regresaban a casa, preparados para hacer los quehaceres o las tareas del colegio. A simple vista parecían mellizos, por la similitud de sus rasgos, la cercanía de edad y el par de overoles idénticos que el padre, sastre de profesión, había confeccionado para ambos. Estaban tan ligados el uno al otro por el hilo de la complicidad, que funcionaron como uno solo en los primeros años de vida; al menos así lo recuerda Alexandra, *“siempre me he caracterizado por hablar mucho, y como yo era mayor que él, de niño aprendió a hablar conmigo. Recuerdo constantemente que yo decía: ‘estoy llena’, cuando acababa de comer, y él repetía lo mismo. Fue una niñez muy bonita, porque los dos nos acompañamos”*.

En el hogar materno las expresiones de cariño eran escasas, porque el amor familiar pocas veces era verbalizado. La excepción a la norma



era Wilfredo, que siempre les decía a todos lo mucho que los quería. De sus brazos, de vez en cuando, escapaban abrazos y obsequios para los suyos, quienes ya estaban acostumbrados a sus formas de amar, a pesar de que la rudeza de la crianza no les había enseñado a hacerlo del mismo modo. *“Era muy lambón”*, dice Alexandra y se ríe, porque para ella, ni para los otros miembros de su familia, fue sencillo darles rienda suelta a los afectos que él manifestaba. Aún hoy hay mucho que callan y guardan celosamente dentro de sí mismos, porque la crianza en zona rural, aunque muy alegre, también fue dura. El trabajo en el campo y las preocupaciones económicas le restaron, por muchos años, momentos de unión a la familia; sin embargo, el amor podía sentirse en el empeño de los padres, los juegos de los hermanos y su complicidad.

La semilla de un sueño

En Rovira, Wilfredo adquirió muy temprano el gusto por el uniforme. Alexandra y él asistían todos los sábados a las actividades de la Policía Cívica Infantil y Juvenil del pueblo, a pesar de que el trayecto les tomaba una hora en bus por las carreteras destapadas. En las jornadas con otros policías quedó sembrado en Wilfredo el sueño de ser algún día parte de ese mundo de gente valerosa e historias heroicas. *“Él decía que quería entrar a la Policía y llegar a ser General, ese era el sueño que él tenía, porque era muy servicial y le gustaba mucho lo comunitario, y decía que eso era lo que él quería: Ayudar”*, afirma Aychel, la mayor de la casa.

Sin embargo, ese propósito se desvió por unos años, cuando Wilfredo terminó la escuela y tuvo que decidir qué estudiar. A pesar de la excelencia que habían demostrado Alexandra y él, tanta dedicación parecía un oficio en vano, porque no existía en ese momento la posibilidad firme de que ambos pudieran asegurarse un futuro distinto. La madre de Wilfredo sabía, por las carencias del campo, que la única forma de que sus hijos tuvieran un mañana prometedor era desarraigarse del hogar materno. *“Las condiciones económicas de mi familia no nos permitían que los dos estuviéramos en la universidad. En el campo se tiene la tradición de que las mujeres, por lo general, conseguimos marido y el estudio se pierde, entonces*



mi madre tomó la decisión de que yo terminara el colegio y me pusiera a cursar algún oficio en el SENA, mientras mi hermanito se preparaba en la universidad”, recuerda Alexandra, quien terminó la escuela un año antes que él y vivía con la emoción de ver a su pariente más cercano realizado.

Recién graduado, a Wilfredo lo enviaron al municipio de Armenia, donde unos familiares, a buscar oportunidades para estudiar. En esas, entró a la Universidad del Quindío e hizo una licenciatura en Lenguas Modernas, que terminó en el 2006, *“pero siempre tuvo en su cabeza que quería entrar a la Policía”,* reconoce Aychel.

Cuando Wilfredo culminó sus estudios, las dos mujeres de la casa ya eran policías. Tanto Aychel como Alexandra ingresaron gracias a la intervención de un familiar que las impulsó a ingresar a la institución, para no repetir los patrones del casamiento temprano, la maternidad y la crianza. Ante la posibilidad de tener un tercer hijo vinculado a la Policía, la madre se llenó de orgullo, porque veía materializado el sueño de que sus descendientes llegaran a horizontes que ella nunca pudo alcanzar.

En aquel entonces, los arranques de violencia que vivía el país habían prevenido lo suficiente a las dos hermanas para desear que el bromista de la casa no se adentrara a ese mundo portando el uniforme. El Estado colombiano, en ese momento, experimentaban un periodo de ataques constantes por parte de las antiguas guerrillas de las FARC, y las dos hermanas, al ser miembros de la institución, no eran ajenas al temor de que el “niño”, como le decían a Wilfredo, llegara con su espíritu soñador a un panorama manchado por la zozobra y la muerte. Pero Wilfredo era obstinado y nunca descartó la posibilidad de ver realizados sus sueños de niño. *“Uno siempre tiene miedo porque es diferente trabajar en la vigilancia (término utilizado para generalizar a los policías que cumplen labores de seguridad y convivencia ciudadana), dado que lo envían a uno a lugares difíciles, pero como él ya tenía la carrera, le dije que siendo licenciado podía estar un puesto mejor”,* recuerda Aychel. En eso se basó siempre su esperanza. La carrera de Wilfredo era la llave, para que a él nunca le tocaran lugares de conflicto y pudiera vivir tranquilo, vinculado a la institución.

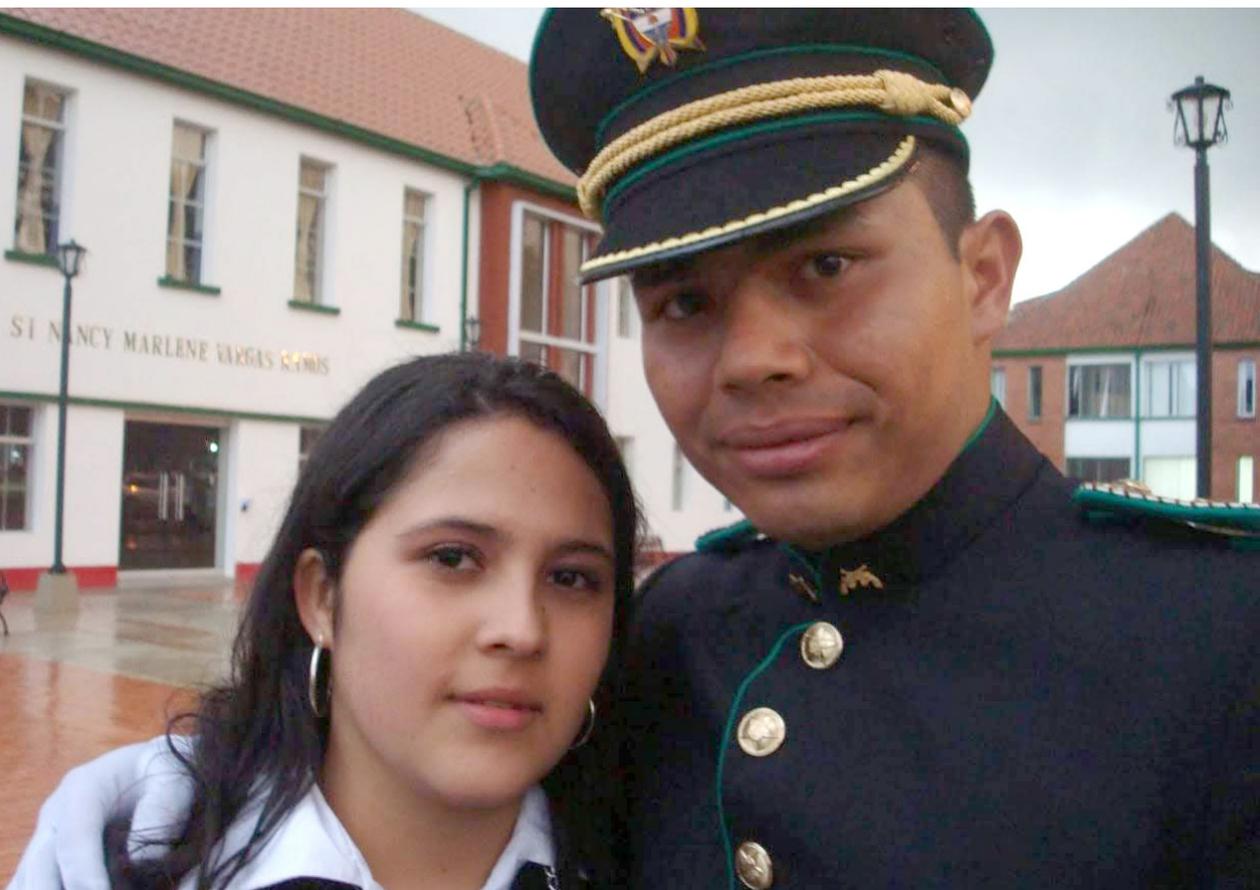
Una tarde, Alexandra recibió una noticia: En el Colegio Nuestra Señora de Fátima, Nusefa, de Pereira, institución educativa destinada para hijos de policías, estaban buscando un licenciado en lenguas para trabajar como profesor; de manera que el destino tocó la puerta de Wilfredo y él atendió. Por esos días, su hermana Alexandra contactó al encargado del puesto y puso a su disposición la hoja de vida de su hermano. *“Mi Mayor vio su trabajo y se dio cuenta de que él era una persona responsable, muy activa, muy creativa y alegre, que siempre estaba inventando cosas para que la gente aprendiera”*, dice Alexandra.

A pesar de que se fue a estudiar muy joven y que regresó con un carácter un poco más severo, hasta el último día, tuvo el coraje de seguir siendo un niño. En ocasiones, utilizaba sus bromas para convencer a los suyos de la importancia de aprender inglés, el idioma que le había abierto las puertas de un mundo más grande que su vereda. Alexandra tuvo que aguantar por años las frases incomprensibles, los apodosos cifrados y los chistes mediogringos, mediocriollos que su hermano le lanzaba, con el fin de despertar en ella la curiosidad del idioma. *«Él, cuando me llamaba a saludarme, me hablaba cosas en inglés, para que yo adivinara qué era lo que me estaba indicando y yo tuviera la necesidad de averiguar. Yo le decía ‘Wilfredo, hábleme en español’, y él me decía ‘No, aprenda, hija, que yo no voy a estar toda la vida. You can find’. Por eso, estudié en el Instituto Colombo Americano motivada por él»*.

Como profesor, en las aulas era un hombre, en apariencia, totalmente distinto. En el Nusefa de Pereira tuvo el reto gigante de preparar al grupo de muchachos del último grado para las pruebas Saber 11. *“Al comienzo era muy exigente, demasiado estricto. Él nos decía ‘ustedes tienen que buscar las respuestas, yo estoy aquí para apoyarlos, pero deben esforzarse para resolver el examen’. Después se fue convirtiendo en un muchacho más de nosotros”*, recuerda Daniela Chica, una de sus primeras alumnas. Para Wilfredo era difícil ocultar por mucho tiempo su espíritu burlón, sus ansias de disfrutar la vida y de reírse de todo y con todos; por eso, ese primer año estuvo rodeado de un montón de jóvenes que lo veían como uno de los suyos y que lo invitaban siempre a sus comitivas, a los juegos de los descansos y a los desayunos compartidos que hacían cada tanto. Él asistía contento, y a veces, por su juventud, era difícil distinguir al docente del jovencito risueño.

Esa habilidad para divertir y conectar con los otros fue el chispazo inicial de un amor que duró cuatro años. En 2007, Daniela estaba en el último curso, cuando empezó a sentir una emoción indescriptible por su profesor de inglés. Él, de 22 años, y ella, de 17, se contaron una vez sus sentimientos a través del sistema digital de mensajes Messenger, para evitar la vergüenza de mirarse a la cara, rojos, tímidos y cargados de ilusión. *“Al principio fue una relación oculta, porque me moría del susto de decirles a mis papás que estaba saliendo con mi profesor, por muy joven que él fuera”*, dice ella.

Como todo a su tiempo tiende a revelarse, una tarde su familia descubrió el enredo amoroso en el que estaba Daniela. Wilfredo, moldeado todavía por las costumbres de antaño, fue a la casa de su enamorada a hablar con sus padres, para formalizar su noviazgo. Con la aprobación de la familia de ella, mantuvieron un par de meses el idilio en secreto y en los pasillos no eran otra cosa que alumna y docente; sin embargo, levantaron el velo en la fiesta de graduación de Daniela, cuando llegaron juntos a la celebración y los demás graduandos



quedaron anonadados. *“Él en ese momento había renunciado al colegio, porque había pasado a la Policía, y yo ya tenía mi diploma; básicamente ya no importaba nada, los dos ya estábamos afuera. Ese día, fuimos el quédecir de todo el mundo”,* dice ella.

El mismo Mayor que había visto sus logros como docente lo impulsó a entrar de oficial a la Policía Nacional; de esta manera su sueño de la infancia se vio realizado por fin, con la tranquilidad de sus hermanas, que jamás sospecharon que él tendría que trabajar en una zona con problemas de orden público, dado que, cuando se graduó, fue trasladado a la Dirección de Bienestar Social de la Policía en Medellín, recuerda Alexandra, su hermana.

Esa primera estadía en Medellín rompió los lazos de Wilfredo con Daniela. Su relación no aguantó la distancia, las llamadas interrumpidas por temas de trabajo, ni los temores de ella, que esperaba todas las tardes el cimbronazo del teléfono y se sentía morir cuando este no sonaba. La distancia y la falta de tiempo cumplieron su cometido, hasta que el silencio de ella le confirmó que todo había terminado. No obstante, esta experiencia de cuatro años trascendió a algo más completo e inquebrantable: una amistad muy íntima que se mantuvo vigente hasta que Wilfredo exhaló su último aliento.

El tiempo que él estuvo en Medellín fue desilusionante, porque hasta entonces, como docente, no había podido salir a protagonizar sus propias hazañas contra la delincuencia. Luego, cuando trabajó en Bogotá, estuvo afligido porque solo le encargaban el archivo. *“A él no le gustaba estar detrás de un escritorio frente a un computador. Él decía: ‘Esto no es ser policía, esto lo puede hacer cualquiera, no se necesita ser uniformado para hacer esto’, pero yo no estaba de acuerdo”,* dice Daniela. Por eso, cuando comenzó a trabajar como rector en el Colegio Nuestra Señora de Fátima, en Manizales, gracias a su experiencia positiva de profesor en Pereira, estas frustraciones se disiparon un tiempo, pues el trabajo con los estudiantes y con la comunidad compensaba en parte su deseo de ayudar.

Un hombre con don de gente

Manizales fue la ciudad que lo recibió con los brazos abiertos en el 2014. El importante cargo que ostentaba le ofreció una tranquilidad

que hasta entonces no comprendía. Allí se reencontró con sus compañeros de la Escuela de Cadetes de Policía ‘General Francisco de Paula Santander’, Elkin Clavijo y Deiber Ramos. En Manizales, Clavijo y Ramos se convirtieron en sus amigos más cercanos. Los tres compañeros rentaron una casa en el barrio La Toscana para compartir los gastos y, gracias a la convivencia y los momentos de la cotidianidad, crearon lazos tan fuertes que llegaron a comportarse como hermanos. *“En las noches salíamos al balcón y conversábamos. Recuerdo que él era un buen consejero. Hablábamos de los proyectos, del trabajo, del día a día, de cómo nos visualizamos. Él quería tener una familia o al menos tener hijos”*, recuerda Clavijo.

En ocasiones, la familia Madrigal Galvis se reunía con los dos jóvenes amigos de Wilfredo, en Manizales, e iban a pasear juntos o a celebrar fechas especiales como una gran familia. Sus sobrinos eran su adoración y con ellos afloraba su parte más sensible. Añoraba las salidas con la “Gordita” y Santiago, el primer hijo de Alexandra, a quien le mandó libros para que estudiara y lo llevó a montarse en parapente. Siempre hablaba de su tierra, de la finca de sus padres y de sus juegos de niño, por la añoranza permanente de volver.

Como rector, *“él era una persona innovadora. Tenía ese don de gente que le caía bien a todo el mundo. Los policías que trabajaban con él también lo querían mucho”*, reconoce Clavijo. Entre sus labores, promovió eventos culturales y científicos para incentivar en niños y jóvenes su gusto por el aprendizaje, procuró fortalecer el colegio al ámbito tecnológico y se involucró mucho con sus alumnos. *“Él era un ser humano que estaba pendiente de lo que necesitábamos, no era la clase de persona que manda, sino de los que se meten en el papel y dicen ‘Vamos a ayudarnos, vamos a hacer tal cosa’”. Siempre era muy participativo en todo”*, recuerda María Fernanda Valencia, una estudiante de Derecho, que en ese momento era alumna de último grado en el Colegio Nusefa de Manizales y admiraba profundamente el trabajo de Madrigal.

A pesar de los años y de sus cambios de rumbo en la Institución, su carácter no se había modificado. *“Cuando él trabajaba en el colegio era alegre, con profesores y estudiantes. Uno lo miraba y los atendía siempre con una sonrisa”*, dice Ramos quien, por su trabajo como carabinero, a veces iba al colegio a cumplir labores diversas con la comunidad. En la institución educativa, Wilfredo procuró cuidar el plantel en todos sus aspectos y varias veces lo vieron, con estudiantes

y docentes, embelleciendo la escuela y pintando, porque para él, todo era parte de su labor.

Esas mismas características lo hicieron foco de otros afectos. Durante su vida, pocas veces estuvo realmente solo, porque el amor siempre lo encontró en los lugares que visitaba. Había crecido rodeado de mujeres, tenía facilidad para demostrar lo que sentía y estaba consciente de las desigualdades en que muchas se encuentran inmersas; de manera que nunca faltó en su círculo una que otra admiradora que quedó flechada por su sonrisa y sus atenciones. A sus compañeras de institución les decía: *“Yo a ustedes las trato muy bien, porque yo espero que a mis hermanas me las traten igualmente. Sé que es muy difícil ser policía y ser mujer”*, recuerda Alexandra.

Nunca le perdió el gusto a enamorarse, aunque se vio en problemas cuando el romance se cruzó con otros aspectos de su vida. Pero, contrario a lo que se podría pensar, en las cuestiones del corazón Wilfredo no siempre fue de armas tomar, pues, a pesar de su facilidad para el amor, al comienzo no era muy abierto. Mariana³, quien pudo conocerlo en esas circunstancias, recuerda que al principio siempre mantenía una timidez que parecía no coincidir con su corazón abierto, y esto, en lugar de disminuir la atracción que ella sentía, la incentivaba a conquistarlo.

Ella vivió gracias a él su primera gran historia de amor, por eso todavía lo siente a su lado, a pesar de que el tiempo juntos no fue suficiente y que los dos no se permitieron continuar. Si bien ella ahora tiene una vida distinta, lo piensa a diario y canta para sí la canción “Madrival”, interpretada José Luis Rodríguez que le hace recordar a ese ser amado: *“yo a tu lado no siento las horas que van con el tiempo ni me acuerdo de que llevo en mi pecho una herida mortal. Yo contigo no siento el sonar de la lluvia y el viento, porque llevo tu amor en mi pecho como un madrival”*.

La vocación

Las ansias de Wilfredo por saltar a la acción despertaron de su letargo, una vez le dieron la noticia de su traslado al Cauca. La

³ Nombre cambiado, a petición de la entrevistada.

decisión de enviarlo allí nunca fue compartida por su familia; debido a sus estudios y a la posibilidad que tenía de trabajar en otras unidades. Al final él fue enviado para liderar a un grupo de policías en Construcción de Unidades Básicas de Carabineros (UBICAR) de Miranda, que hacía parte de la Unidad Policial para la Edificación de la Paz, UNIPEP. Esta unidad especializada de la Policía Nacional fue fundada visionariamente antes de la firma del Acuerdo de Paz en La Habana, el 22 de abril del 2016; se creó para llevar a cabo acciones interinstitucionales encaminadas a la construcción de paz, y por lo tanto, una rama de la Policía que se caracteriza por su rostro más cercano, más allá de la presencia del Estado, pues se encarga de acompañar a la comunidad; especialmente en los territorios más vulnerables a los que, por las dinámicas mismas del conflicto, la Policía no había llegado antes. La presencia de esta unidad en las 26 iniciales Zonas Veredales Transitorias de Normalización, ZVTN, fue y ha sido recibida con esperanza y gran afecto por los pobladores de estas apartadas regiones del país. De tal forma, Wilfredo vio en la UNIPEP una alternativa para trabajar más cerca de la ciudadanía.

Sin embargo, Ayche y Alexandra, hermanas de Wilfredo, vivían preocupadas por él. A pesar de que él siempre estaba comunicándose con su familia, tenía temporadas en las que prefería evitar las videollamadas. *“Yo le decía: usted no nos había querido decir nada para que no nos preocupemos, ¿cierto que usted dónde está eso es maluco?”*, recuerda Alexandra.

En una oportunidad, mientras Madrigal cumplía con su labor en Cauca, realizó junto a Clavijo y Ramos el curso para el grado de Capitán en la Escuela de Posgrados de Policía “Miguel Antonio Lleras Pizarro”, en Bogotá; allí se apoyaron mutuamente. En ese entonces, Ramos tuvo la oportunidad de aconsejarle que reconsiderara la decisión de seguir en ese lugar: *“Le dije ‘usted no debería desperdiciar los conocimientos que tiene, debería darlos a conocer en otra unidad’, sin embargo, él me dijo que no, que se encontraba muy a gusto de trabajar allá”*. No mentía, pero el peligro también era una constante en su vida y él estaba consciente de eso. En ocasiones llamaba a los suyos y antes de colgar siempre les decía: *“Oren por mí”*.

El 30 de septiembre de 2017, Madrigal ordenó a sus 35 hombres desplegar el servicio de policía, para hacer actividades comunitarias, que garantizaran el desarrollo de los procesos de prevención,

disuasión, control de los delitos, tal como hace más de un año lo venían llevando a cabo. Según dice un archivo de memoria de la UNIPEP, *“el grupo de uniformados realizó acompañamiento y participación en actividades recreodeportivas y jornadas de vacunación dirigidas a la comunidad y a exintegrantes de las FARC, actividad que se realizó en el parque principal de Miranda y el otro, en la vereda de Monterredondo”*.

Ese día le envió una foto a Daniela Chica, su amiga de siempre, en la cual le estaban poniendo una vacuna. Al culminar las actividades programadas, el teniente Wilfredo Madrigal Galvis y los patrulleros Carlos Alfredo Lara Márquez y Juan Gabriel Narváz Cabrera, se movilizaron al sector de Monterredondo para recoger a sus compañeros que aún se encontraban en ese lugar finalizando su labor, pero en su desplazamiento por la vereda el Caraqueño y Potrerito del municipio Miranda, Cauca, fueron sorprendidos por una carga explosiva que hizo desviar de la carretera el automóvil. Antes de que ellos pudieran reaccionar, unas ráfagas de fusil de origen desconocido enmudecieron sus voces para siempre.

Según la información recolectada por el Área Víctimas y Memoria Histórica de la Unidad Policial para la Edificación de la Paz, *“El vehículo rodó por un precipicio con sus cuerpos en el interior y desde la parte alta de la montaña, corrían los victimarios para confirmar la efectividad del ataque terrorista y, sin sobresalto alguno ni respeto por la humanidad de estos colombianos, saquearon sus bolsillos robándoles objetos personales, fusiles y pistolas que tenían para su protección”*⁴.

El rumor de la tragedia tardó en llegar a la familia Madrigal, porque la identidad de los uniformados fue incierta durante los momentos posteriores al ataque. La primera en enterarse de la emboscada fue Alexandra: *“Yo estaba descansando en mi casa con mis dos hijos, sola, y recibí una llamada de la novia de él, quien me dijo: Alexandra, lo llamé y no contesta”*. Ella no insistió por tratarse de un tema de pareja, pero pronto comenzaron a circular fragmentos de la historia por el WhatsApp de su grupo de trabajo, medio en el que aún no se conocía la identidad de los sujetos ni su estado.

⁴ Fuente: <https://policia.edu.co/memoria/> ¡Una convicción que nunca morirá!

Ya que ella también es uniformada, llamó al Comando de Policía de la Metropolitana de Neiva y preguntó qué posibilidades había de que, desde la sala de radio, se pudieran comunicar con el Comando de Policía del departamento del Cauca, para preguntar el estado de su hermano. Un funcionario de esa unidad le dijo que ellos iban a comunicarse inmediatamente y que no colgara; entonces, Alexandra en altavoz pudo escuchar todo, del otro lado del teléfono. Ahí alcanzó a oír que alguien dijo *“Está 901 (código que utiliza la Policía Nacional para confirmar que una persona ha fallecido), no hemos podido rescatarlo”*.

Al colgar la llamada gritó de dolor, como si le hubieran arrancado de pronto una parte de sí misma.

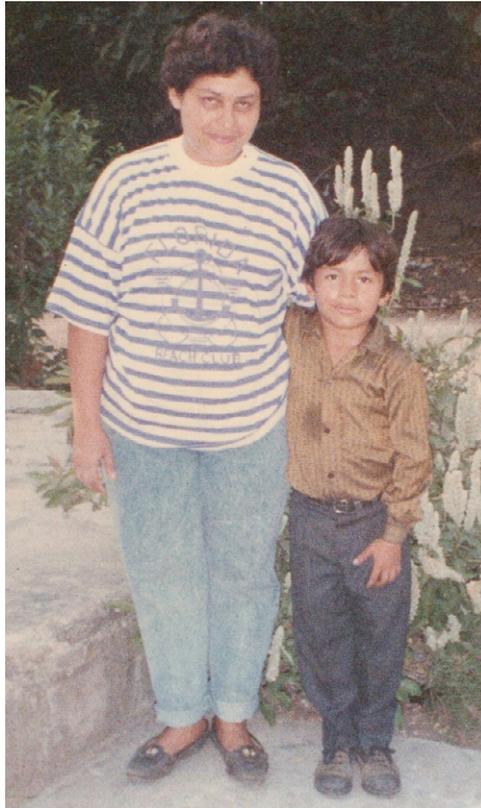
Un dolor paralizante le desgarraba las entrañas, mientras hacía un repaso mental de la última vez que Wilfredo almorzó en su casa y que ella lo vio contento. No tuvo el corazón de avisarle a su madre, pero le contó a su hermana Aychel por teléfono, puesto que ella vivía en Ibagué, más cerca de la casa familiar en Rovira, Tolima. Guardaron la esperanza de que solo estuviera herido hasta la confirmación de los noticieros, que constituyó el final de su ilusión. Ninguno supo cómo debían contarles a sus padres lo que había sucedido. Al día siguiente, los dos llegaron a Ibagué, inocentes de la situación, y al enterarse, la madre solo pudo decir entre lágrimas *“me quitaron mi vida”*.

Al sepelio del uniformado asistieron tantas personas que no había lugar en la iglesia para recibirlos. Allí estuvieron presentes amores de tiempos distintos y amigos de todas las edades, que lo esperaban para despedirlo en un abrazo multitudinario.

Desde entonces, el dolor que se sembró ese día en la familia Madrigal Galvis se mantiene intacto. Alexandra sigue portando el uniforme y a veces lo confunde con otros policías o se acuerda de él cuando escucha las canciones que oían juntos en las fiestas; Aychel, que también continúa ejerciendo la misma profesión, lo extraña tanto como al vínculo familiar que se perdió con su ausencia, puesto que Wilfredo hacía de puente para unirlos cuando había que resolver los conflictos o limar asperezas con su ánimo alegre. A su hermano Yeison, hoy estudiante en el exterior, le hace falta un confidente, y a su padre,

Wilfredo Madrigal Pulido, no hay quien lo saque de la melancolía permanente de añorar un pasado con sus hijos completos.

Aun cuando todos han buscado honrar su memoria y apartarse del dolor, quien todavía no abandona el desconsuelo es la madre de Wilfredo, una mujer de carácter fuerte que, a pesar de su temple, se doblega ante la mención por su hijo y rompe en un llanto que no ha parado de brotar desde que supo el destino de él; tanto es así que, en una de las habitaciones de la finca, ella tiene dispuesto un lugar donde guarda las cosas que quedaron de él y que constituyen el último vínculo que tiene con su historia. Ese cuarto hace las veces de memoria viva, de escenario donde no transcurre el tiempo, y allí se mantienen libres las reminiscencias del hombre que nunca dejó de ser su niño.





"Él siempre fue un héroe anónimo
en cada una de sus obras"



Un héroe

DEL DÍA A DÍA



Por: Michelle Tenjo Infante

El verbo “recordar” en Colombia, más que una acción, es un sentimiento, y prácticamente un estilo de vida que se ha aferrado a una cantidad notable de familias a lo largo de más de 50 años de conflicto armado. De hecho, en este país, se ha resignificado lo que es recordar, pues tiene tantos matices como verdes que cubren lo largo y ancho de esta tierra. Recordar en medio de un conflicto abre heridas, todas diferentes, en la que se confronta la belleza de la vida con la impotencia de un “¿Por qué a él?”, transformándose en una tarea titánica en la que quien rememora debe sobrepasar una muralla de violencia y dolor que le dejó la pérdida de su ser querido, al que, por sobre todo, sigue amando y extrañando.

El amor trasciende la vida y la muerte, como se refleja en cada palabra con la que Martha Cabrera se refiere a su hijo. Dicen que no hay amor más grande que el de una madre y, desafortunadamente, el dolor es directamente proporcional a lo vivido. Una voz entrecortada da cuenta de la impotencia y el dolor que le persiguen los pasos del que fuera algún día su hijo. Lo recuerda en Venadillo, Tolima, el municipio que lo vio crecer y caminar en un salón de clases, sentado en un pupitre y rodeado por jóvenes; al igual que él, ellos iban en busca del título de bachiller. Juan Gabriel Narváez Cabrera, así firmaba este joven las evaluaciones que hacía con facilidad, pese a que poco le gustaba tomar apuntes. *“Hijo, haga tareas”*, le decía Martha; él poco caso le hacía, pues su alma espontánea y amable, con tintes de “picaflor”, le encontraba más gusto al juego y al amor, el mismo que le permitía convencer a sus amigas para que le ayudaran con sus tareas y responsabilidades académicas.

Allí, en las aulas de clase, Juan conoció a su mejor amigo de toda la vida, y entre chiste y chascarrillos, se les pasó 17 años de amistad, una amistad sincera que nunca fue protagonista de una pelea, y que más bien se fortaleció con el tiempo, viendo crecer a dos muchachos jugando fútbol después del colegio, montando motocicleta de vez en cuando y corriendo en las calles de Venadillo; para luego ver cómo cada uno se despedía de esa época de juventud y afrontaba una vida adulta que, desafortunadamente, no era un juego para ninguno. Jorge Armando Sierra Chávez se convirtió en ese amigo incondicional con el que Juan construyó una amistad sincera. Con los años, Juan se incorporó a la Policía Nacional y cada que podía llegar de visita a su pueblo, no perdía tiempo para encontrarse con su amigo Jorge, tomarse algo y hablar un buen rato. *“Era un gran amigo, pero, sobre todo, era una excelente persona”*, recuerda.

La charla y las bromas eran propias de Juan Gabriel, a donde él llegaba traía alegría, lograba un ambiente familiar con el que fuera. Son muchas las anécdotas que tienen de él las personas que lo conocieron, así lo asegura su hermana menor Xiomara Victoria Narváez: *“A toda hora se le veía feliz, a él nunca se le veía ni bravo ni amargado”*; como hermanos, se la pasaban juntos siempre que podían. La relación con ella, su hermana menor, fue de mucha confianza, se contaban todo, y a medida que fueron creciendo, él se convirtió en un padre para ella, la aconsejaba y la cuidaba, y aunque él no era de mal genio, se molestaba cuando Xiomara no llegaba

a tiempo a casa. La preocupación de Juan era el bienestar de su hermana y de su madre, la razón de su existencia.

La relación de Juan y Martha se tejió desde un principio con hilos de amor y confianza, que se entrelazaron con fuerza durante muchos años y que se volvieron inmunes a todo lo malo que pasaba a su alrededor. Martha recuerda que *“no pasaba un día en el que Juan no me llamara y me preguntara: ¿Cómo estaba?, ¿cómo me sentía y si ya había comido?, eran preguntas cotidianas y simples, pero ahora hacen parte de una ausencia que pesa todos los días. Nadie lo puede reemplazar, era un ser humano único. No he visto al primero que se le parezca”*.

Este hijo, nacido un 24 de junio de 1989, en zona veredal del departamento del Tolima, les demostró su amor incondicional a todos sus familiares. A pesar de haber pasado por momentos complejos, como la muerte de su padre en un accidente automovilístico, todos se mantenían unidos y rodeados de confianza. Con escasos 15 años de edad, Juan ya había experimentado la angustia de perder a un ser querido. Él y sus dos hermanos, Xiomara y Cristian Camilo, el mayor, sabían que debían acompañar y proteger a su mamá. Fue un golpe duro para todos, una ausencia que los marcó y les dejó ese sinsabor de no poder experimentar una palabra de aliento o de cariño de un padre, o un abrazo o una palmada en la espalda para generar tranquilidad ante los problemas.

Después de este suceso que marcó la vida de la familia Narváez Cabrera, todos sacaron fuerza de donde no la había para no dejar que el dolor los consumiera, y más bien, honrar a su padre con la palabra de “salir adelante”. Martha hizo lo propio, trabajó muy duro haciendo distintos productos para vender, como los famosos tamales; estos se convirtieron en el sustento de la familia y les permitieron a todos pagar una educación y tener una estabilidad sin lujos ni pretensiones. Juan Gabriel soñaba con recompensar y devolver todo ese esfuerzo a su madre, quería que su trabajo fuera digno y permitiera, con los años, regalarle una casa en la que pudiera estar cómoda y tranquila.

Por eso Juan entró a la Policía Nacional, para alcanzar su sueño y materializar sus planes. Siempre tuvo muy claro el camino: luego de graduarse como bachiller, prestar el servicio militar obligatorio

en el Ejército Nacional y trabajar en una petrolera; decidió que su vida estaba detrás del uniforme verde aceituna. En el año 2010 logró ingresar a la Escuela de la Policía “Gabriel González”, en el municipio de El Espinal, Tolima.

“Estas escuelas forman y capacitan profesional y humanamente a los protectores de la Patria”, dicen muchos, pero la convicción de servir al otro no la enseña nadie, se nace con ella, y esa era una virtud que Juan Gabriel alimentó y construyó durante muchos años. Sus compañeros de colegio lo recuerdan como un joven noble y humanitario, que siempre pensaba en el otro más que en sí mismo; “a veces no se comía lo que le mandaba en la lonchera, por tener que regalarle ese alimento a otro. O no se ponía su ropa, para dársela a otra que la necesitaba más”, explica Martha. “Él siempre fue un héroe anónimo en cada una de sus obras”, dice una de sus amigas de infancia, y en la Policía Nacional encontró el camino para ejercer lo que a él le nacía con naturalidad: ayudar al más frágil.

Su trabajo como policía comenzó muy pronto, cuando lo integraron al grupo de Escuadrones Móviles de Carabineros de la Policía Nacional, EMCAR, un equipo especial encargado de contribuir a la tranquilidad y seguridad de las zonas rurales en distintos municipios del país; esa misión es realizada por medio de actividades especializadas como patrullaje, y su finalidad es la recuperación y consolidación de la seguridad en estas zonas del territorio nacional.

Las labores en el grupo de los EMCAR obligaban a Juan a estar lejos de las personas que amaba por varios días, pues debía cumplir extensas jornadas de patrullaje en diferentes zonas rurales apartadas de Venadillo. A pesar de la distancia, Juan le hacía saber constantemente a su familia que eran lo más importante para él y que, apenas podía salir de permiso, lo primero que haría es llegar a visitarlos. En casa anhelaban ese encuentro, pues en los pasillos y cuartos del hogar resonaba el eco de la risa de Juan, los pasos que lo conducían a abrazar a su mamá y el olor de la comida favorita de él; esta muchas veces era preparada por las manos de su abuela materna, que no desaprovecha espacios para hablar con sus nietos del buen trabajo que hacía Juan en la Policía.



Sin embargo, no solo en la casa familiar lo esperaban. En Lérida, un municipio aledaño a Venadillo, la mirada que lo conquistó años atrás aguardaba también por su encuentro. Adriana Castaño Torres veía cómo pasaban los días y Juan no estaba allí para consentirla. Tenían una bonita relación sentimental en la que el respeto y el cariño permanecían, a pesar del tiempo y la distancia.

Ese añorado momento de encuentro ocurría, casi siempre, después de cincuenta días de duro trabajo en la Policía; estos hacían acreedor a Juan de diez días para llenarse de energía y descansar en brazos de su familia, de su amada y de sus dos "hijos". Daniela y Jéferson,

así se llamaban las personas que Juan juró amar y proteger como si fueran sus propios hijos. Cuando Juan conoció a Adriana, supo que esas personas le podían entregar el calor y el amor de una familia. Nunca, mientras estuvo en vida, les falló. Juan sabía lo que significaba para un menor crecer sin la figura paterna, no quería que Daniela ni Jéferson pasaran por eso. Lo entendía muy bien. *“Fue como un papá para ellos”*, confesó alguna vez un amigo de la familia.

Cuando no pasaba sus días en Lérida ni en casa de su mamá, buscaba momentos de esparcimiento en la pesca artesanal, esa era la actividad que más disfrutaba. Le apasionaba mucho tomar una canoa, un chinchorro o una caña de pesca y algunos anzuelos y se iba por los principales ríos de su departamento. En esas actividades se le iba el tiempo; era como si navegando la vida se le pasara más lenta, como si las heridas y los dolores le sanaran al vaivén de las olas y de las corrientes de los ríos, era realmente feliz en eso.

Esos días de descanso le daban la fuerza y lo recargaban para continuar con sus labores en la Policía, que en el 2017, habían tomado un nuevo rumbo: Ya no pertenecía únicamente a los Carabineros; ahora prestaba sus servicios a la naciente Unidad Policial para la Edificación de la Paz, UNIPEP.

Ese 2017 fue un año relativamente tranquilo para Juan. A mediados de junio, en uno de esos días de descanso, Juan llegó a su casa y tomó una motocicleta para hacer varias diligencias que tenía pendientes. Contó con muy mala suerte, pues en un cruce vehicular sufrió un accidente que lo tuvo en incapacidad por varios meses. Ese tiempo lo aprovechó para afianzar más los lazos afectivos con propios y extraños, pero una vez terminó, regresó a sus labores como policía.

La señora Martha no estaba del todo tranquila por la salud de su hijo. *“Hijo, yo siento que usted aún no camina bien, debería quedarse un poco más”*, le aconsejó. *“Madre, ya es tiempo y tengo la responsabilidad de mi trabajo”*, le contestó. La señora Martha presentía algo y quería que su hijo no se fuera todavía, pero el compromiso de Juan con su Institución era grande, el “deber” de la profesión lo llamaba a retomar sus labores.

Dos días antes de regresar, pasó tiempo con su novia Adriana. Una tarde, la llevó a tomar un bus hacia la ciudad de Ibagué, pues ella debía cumplir con unos pendientes. Ese día, recuerda Adriana, estaban discutiendo por alguna bobada. *“Yo salí brava de la casa. Entonces él me agarró en la puerta y me dio un beso”*, que Adriana le respondió. Juan intentó convencerla de que reprogramara su viaje a Ibagué, pero ella se abstuvo y terminó haciendo lo que tenía que hacer. *“Póngase brava, en algún momento se le tiene que pasar”*, fueron las palabras que, con una sonrisa en el rostro, Juan le terminó diciendo.

Al día siguiente, exactamente un jueves, Juan alistaba las maletas, pues salía a las siete de la noche con rumbo a Miranda, Cauca, donde debía presentarse el viernes ante sus superiores. El Teniente Wilfredo Madrigal Pulido había recibido órdenes de hacer acompañamiento el día sábado con todo su equipo, en el que se encontraba Juan. El plan era apoyar en una jornada de vacunación e integración en el Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación, ETCR de Miranda, una zona destinada para los firmantes de la paz de las antiguas FARC, que habían entregado sus armas y se preparaban para su incorporación a la sociedad.

Antes de partir, Juan le hizo saber a su mamá que no tenía muchas ganas de ir. Ella intentó convencerlo, pero ambos comprendían que el deber lo llamaba y era imposible faltar a su palabra. Carne, plátano y ensalada fueron los ingredientes del último almuerzo que Martha le cocinó a su hijo antes de volver a su trabajo.

El tiempo siguió su curso inevitable, hasta que de pronto sonó el teléfono en la casa de Venadillo. Fue la misma Martha quien contestó. Todo se detuvo y desde allí para nadie la vida volvió a ser igual. Juan Gabriel había sido asesinado. La confusión reinó y el llanto se tornó inmortal. Ninguno entendía por qué la vida era tan injusta.

Adriana, por ejemplo, recuerda, como si estuviera en una película, muchas de sus escenas y experiencias con Juan en cámara lenta. Por su memoria pasan nueve años de una relación a prueba de todo. “Era un caballero. Recuerdo que siempre que yo llegaba del trabajo, con tacones y esas cosas, él corría a llevarme zapatos cómodos y me decía que me los cambiara”; reconoce ahora Adriana: *“Me decía de*

cariño, ´muñeca´. Muchas veces tomaba un cepillo de peinar y se quedaba minutos cepillando mi cabello”.

Martha, por otro lado, recuerda que siempre tuvo un mal presentimiento por la profesión que habían elegido sus dos hijos: Cristian Camilo y Juan Gabriel. A ella se le cruzaban por la cabeza malos pensamientos de vez en cuando, pero le pedía fervientemente a Dios que los apartara, pues no quería caer en supersticiones; sin embargo, esta vez la vida o el destino le darían un golpe de realidad del que todavía no se repone. Hoy espera que a su otro hijo policía, Cristian, la suerte esta vez le sonría. “Fuera aquí o allá, cualquiera de nosotros puede morir, mamá, pues Dios ya tiene un día para cada uno de nosotros”, le solían responder.

Las investigaciones y algunos medios publicaron que ese día sábado, alrededor de las cuatro de la tarde, iban el Teniente Wilfredo Madrigal Galvis, los patrulleros Juan Gabriel Narváez Cabrera y Carlos Alfredo Lara Márquez, camino a una zona veredal en Monterredondo, Miranda, para acompañar y recoger a unos compañeros que estaban cumpliendo labores de vacunación e integración con las personas en proceso de reincorporación.

En su desplazamiento, por el sector Caraqueño y Potrerito, la patrulla que manejaba Juan Gabriel fue atacada violentamente con artefactos explosivos y ráfagas de fusil, lo que les ocasionó la muerte inmediata a sus tres ocupantes. Ante la mirada de los pobladores de la región, el vehículo rodó por un abismo y, así, se cegó la vida del teniente y de ambos patrulleros.

Después de ese lamentable hecho y tras las investigaciones pertinentes, fue capturado el cabecilla de la compañía Milton Hernández, del Frente Manuel Vásquez del ELN, que delinquía en la zona norte del departamento del Cauca; ese individuo sería el responsable por el asesinato de Wilfredo Madrigal, Carlos Lara y Juan Narváez, hombres que murieron convencidos de que la paz es la única forma en la que los colombianos merecemos vivir y, por ello, arriesgaron y perdieron su vida.

Recordar no es fácil, y más cuando se ama a esa persona que ya no está, pero a través de esas bellas memorias, es posible conocer

a héroes como Juan. Personas sencillas y cordiales, que con risas e historias llenaron la vida de muchos que encontraron en sus actos motivos de inspiración o de ejemplo. Que el recuerdo y memoria de este pescador nunca se apaguen y llenen de luz los corazones; desafortunadamente, mucha gente todavía cree que la solución a los problemas sociales de Colombia se arreglan empuñando las armas.





Carlos Alfredo logró cumplir a cabalidad dicha hazaña, soltando, tuerca por tuerca, cada parte del carro y empezando a tejer lo que más adelante se convertiría en uno de sus mayores sueños; estudiar mecánica automotriz o mecánica aeronáutica.



Por: Angie Garay Hernández

A

sí como el vallenato de antaño, los primeros versos de la vida de Carlos Alfredo Lara Márquez también se empezaron a escribir en las cercanías de un río ubicado en la región Caribe colombiana. El 12 de diciembre de 1990, en Montelíbano, Córdoba, un municipio situado a orillas del río San Jorge, nació Carlos Lara. Aquel día el suelo cordobés presenció el primer encuentro entre Mónica Márquez y quien sería su ayuda incondicional: su primogénito.

Con tan solo dieciocho años, Mónica preparó todo lo necesario para la llegada de Carlos, trabajando en casas de familia a fin de sortear las dificultades durante su embarazo; de esta forma, ella buscaba garantizar que su hijo pudiera crecer en un entorno apropiado, alejado de todas las incomodidades que ella misma tuvo que vivir a temprana edad, debido a la ausencia de su padre y a la adelantada muerte de su madre.

Córdoba, la tierra del folclore, las bandas pelayeras y las corralejas, fue testigo de los primeros cinco años de vida de un pequeño niño de gran sonrisa; presencié también su inicio en el jardín infantil y en la escuela de básica primaria, pero, sobre todo, lo vio descubrir un mundo con sus manos, esas mismas manos que, años más tarde, serían el reflejo de sus talentos.

Mónica Márquez recuerda con alegría los primeros asomos de todos los dones que Dios puso en las manos de su hijo. Afirma que, con tan solo ocho meses de edad, Carlos disfrutaba jugar con un pequeño carro desarmable en su totalidad, con el fin de ir desarrollando la motricidad fina de los niños; sin embargo, esta actividad no estaba pensada para ser ejecutada a tan temprana edad. Para sorpresa de todos, Carlos Alfredo logró cumplir a cabalidad dicha hazaña, soltando, tuerca por tuerca, cada parte del carro y empezando a tejer lo que más adelante se convertiría en uno de sus mayores sueños: estudiar mecánica automotriz o mecánica aeronáutica.

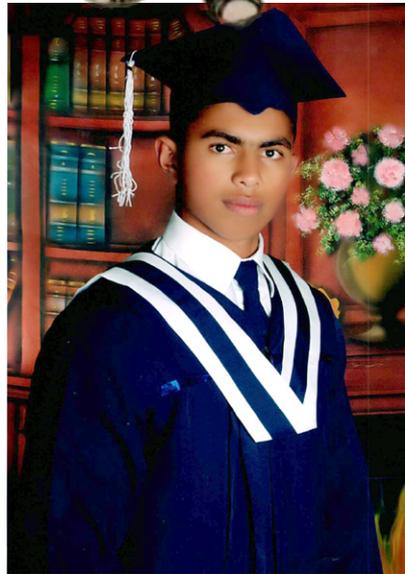
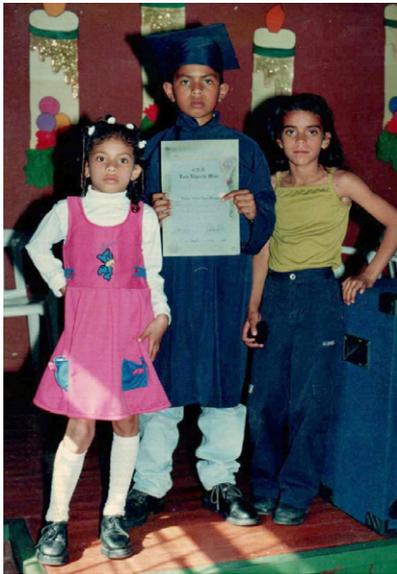
Carlos Lara creció para convertirse en el hermano mayor de dos pequeñas, Karina y Jéssica, quienes, sin importar los años que les llevaba o la gran estatura y porte que él poseía, hasta el día de hoy lo continúan llamando “mi hermanito”. En el año 2000, los hermanos Márquez llegaron a la capital del país, donde su madre buscó asegurar un futuro estable para ellos y el acceso a una educación de calidad, ya que Mónica siempre inculcó en sus hijos la importancia del aprendizaje, pues, tal como ella afirma, *“ellos eran niños y tenían que estudiar, y con lo poco o mucho que yo tuviera, con eso les di educación”*.

“De prisa como el viento, van pasando los días y las noches de la infancia”.

Los hermanos Márquez tuvieron, desde muy temprana edad, que ser independientes. Esto debido a que su madre trabajaba como vigilante en la cadena de supermercados Carrefour, y sus turnos iban desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde. Jéssica y Karina resaltan la responsabilidad de su madre, que trabajó arduamente por sus hijos, con *“tantos esfuerzos y desvelos, para que no les faltara nunca nada, para que cuando crecieran llegaran lejos y pudieran alcanzar esa felicidad tan anhelada”.*

Mónica debía salir de la casa a las cuatro de la mañana, con muchos temores y preocupaciones porque dejaba a sus pequeños hijos exclusivamente con la compañía de Dios. Por esta razón, Carlos, con nueve años, Karina de siete y Jéssica de cinco, emprendieron juntos la aventura de asumir con responsabilidad la independencia que su madre les dio. A la par, emprendieron la travesía de crecer, descubrir y cometer muchas travesuras en el camino. Con certeza y una gran sonrisa, Jéssica evoca que haber compartido su niñez con Carlos fue toda una aventura, un viaje que les dejó muchas risas e historias que conserva como el tesoro más valioso en su vida.

Entre dichas travesuras, Mónica, Karina y Jéssica coinciden con una que les dibuja automáticamente una gran sonrisa y, a su vez, las sonroja un poco de la pena. En aquel entonces, sin importar que su madre dejara los alimentos preparados o adelantados desde la mañana, la inocencia, la picardía y la glotonería se apoderaban de este trío de hermanos y, ante ello, la creatividad de Carlos salía a la luz. Los hermanos Márquez buscaban la ropa más desgastada que tuvieran a la mano, se vestían y emprendían camino por cada panadería del sector diciendo que eran niños desplazados y pidiendo algo de comer. Al final de la jornada, los hermanos y otros amigos del barrio se reunían en cualquier andén y se disponían a disfrutar del festín. Leche, panes, galletas y tortas conformaban las onces que, en su inocencia, estos niños recolectaban y disfrutaban bocado a bocado.



En la familia Márquez siempre ha existido el gusto y el talento por la cocina; por esta razón, uno de los juegos favoritos de infancia de los tres hermanos era el de simular ser chef. Producto de este juego, un 23 de febrero surgió la iniciativa de tener un detalle con su madre, quien se encontraba de cumpleaños y llegaba tarde y agotada de su rutina laboral. Karina, Jéssica y Carlos reunieron sus ahorros y decidieron llevar su juego a la realidad haciendo una torta de cumpleaños para Mónica. Los hermanos Márquez pusieron total empeño en un pastel de celebración, aplicando todas las recomendaciones que conocían, incluida la particular forma de partir los huevos con una sola mano que Carlos intentaba imitar, sin contar que, en la intención, las cáscaras también empezarían a ser parte de la receta.

El don para la cocina de los genes Márquez no falló, según recuerda Karina; la torta quedó de un sabor delicioso. Sin embargo, un detalle no menor faltó en la preparación: ninguno de los hermanos sabía usar correctamente el horno; por lo tanto, la torta quedó cocida en el exterior y totalmente cruda en su interior. La sorpresa que Mónica se llevó al enterrar el cuchillo y darse cuenta de la consistencia aguada que tenía la torta, no logró opacar el asombro y la alegría que generó en ella el detalle de sus pequeños hijos. Dicha felicidad se reforzó al escuchar a Carlos entonar en su guitarra la canción *El camino de la vida*, de *'El Trío de América'*, que tanto le gusta a Mónica y que, incluso, sus hijos volvieron a dedicarle el día de su boda en el año 2010. Aquella serenata de cumpleaños a su madre reforzó el amor profundo que Carlos sentía por la música y su inquietud por aprender a interpretar diversos instrumentos, otra de las habilidades que las manos de Carlos poseían.

Después llegaron los años juveniles, los juegos, los amigos, el colegio

Las calles de los barrios Bosa La Amistad y Bosa La Alameda vieron al pequeño niño de tez morena y gran sonrisa, convertirse en un joven de contextura atlética, alto, simpático, alegre, humilde y respetuoso; así lo afirma su tía Margarita Márquez. Esas mismas calles vieron fortalecer la amistad entre cinco jóvenes —el Gordillo, el Chavo, Tatán, el Jhommy y Lara— que paseaban en sus bicicletas y cuyo disfrute era comer empanadas o arepas en alguna cafetería del barrio. Fray

Hernández, mejor amigo de Carlos, imita con cariño su acento de la Costa Caribe, recordando la frase que acompañaba las tardes de meriendas con amigos: *“Hey, Chavo, mándate las empanadas”*.

En el año 2004, en el Colegio Luis López de Mesa, gracias a que la profesora los hizo coincidir en el mismo pupitre y en puestos cercanos, nació la amistad entre Carlos y los cuatro jóvenes que se convertirían en mucho más que sus amigos, también en sus hermanos. Cristian Alejandro Hernández, el Gordillo, reconoce que gran parte de las risas de su niñez se las deben a Carlos; afirma también que *“no había día en el que no nos hiciera reír, no había persona que no se riera con los apuntes y ocurrencias de Carlos, incluso los profesores”*. Aquellas risas y bromas se convirtieron en el escape de este grupo de amigos ante un entorno donde era habitual tomar malos pasos. Justamente, Cristian sostiene que, gracias al ambiente de alegría, risas y cosas sanas, ninguno de ellos tomó un camino equivocado, y por ello, hasta el día de hoy, le agradece a Carlos.

No solo las risas fueron ese foco de esperanza ante un entorno desalentador; también el estudio y la música marcaron ese punto diferenciador en la vida de Carlos. Fray, el Chavo, recuerda el momento en el que les entregaron la sede nueva del colegio, especialmente se acuerda de la cara de alegría de Carlos cuando le mencionaron que les empezarían a impartir clases de música. Su emoción fue aún mayor al saber que el colegio contaría con un acordeón; en ese momento empezó a gestar un sueño: poder interpretar alguno de esos vallenatos de antaño que tanto disfrutaba, como los temas de Juancho Polo; anhelaba poder imitar las melodías que maestros como *Alejo Durán* emitían al recoger y estirar el fuelle de aquel mágico instrumento. Ese gusto musical particular hace que Karina recalque que su hermano era un alma vieja con cuerpo joven y corazón de niño, pues no saben cómo surgió en él el gusto por el vallenato clásico.

En esta época se reforzó también la amistad con Fray, hasta convertirse en una hermandad, puesto que la señora Luz Dary Galvis, mamá de Fray, fungía también como la acudiente de Carlos, ya que las arduas jornadas laborales de Mónica no le permitían asistir periódicamente al colegio de su hijo. Fray recuerda que, en el momento en el que la profesora llamaba a Luz Dary para pasar el reporte de notas de

los dos jóvenes, la expresión que usaba era: “Mamá de Fray y mamá de Carlos”. Según recuerda Fray, su madre siempre se dispuso para recibir las llamadas de atención que le hacían a Fray y las felicitaciones a Carlos, gracias a sus buenas calificaciones y su conducta ejemplar, para, posteriormente, extenderlas a Mónica.

Luz Dary no puede evitar recordar con cariño cuando su otro hijo, Carlos, le decía con su cálido acento: *“Señora Luz Dary, yo quiero el cucayo, usted sabe que lo que a mí me gusta es el cucayo”*, haciendo referencia a que él gustaba que le sirvieran la pega del arroz.

Gracias a su nobleza y colaboración, Carlos entró profundamente a los corazones de la familia Hernández Galvis y, para hablar de ello, Fray recuerda la popular frase de la canción “Amigos”, de Álex Campos, que dice: *“Desde chicos aprendimos a querernos como hermanos”*.



Por otra parte, Luz Dary atesora, como un valioso detalle, la nota escrita a puño y letra en la que Carlos le manifestó su gratitud: *“Por la presente, quiero expresar mis más sinceros agradecimientos por toda esa ayuda que me brindó en todo este tiempo. Por ese papel de madre cariñosa y comprensible que solo alguien como usted podría brindar a un muchacho como yo. Muchas gracias, estaré siempre agradecido. Atte: Carlos Lara”*.

Fray y Carlos compartían un gusto por la electrónica y todo lo que tuviera que ver con los componentes eléctricos. Ambos se aventuraron a armar y desarmar una lavadora completa y, aunque quedaron partes sobrando, siempre funcionó bien. En otra oportunidad, con segueta en mano, cortaron dos bicicletas para hacer una cicla doble. Esa vez el experimento falló y, tras intentar montarla, la cicla y los inventores se fueron al piso; sin embargo, aquel golpe no logró opacar las risas que ese momento suscitó.

Familiares y amigos recuerdan a Carlos con un don especial para la reparación y la invención en torno al tema de la electrónica. Luz Dary evoca que Carlos arreglaba todo lo que se dañaba en su casa. Jéssica afirma que este talento surgió de la nada, como un don de Dios, pero, gracias a la curiosidad de Carlos y sus deseos de seguir aprendiendo, él fue mejorando cada vez más. Por su parte, Mónica cuenta que su hijo “clonó” su primer computador, ya que le colaboraba a un señor que tenía un taller de reparación y él le pagaba con las partes que quedaban sobrando; así, pieza por pieza, Carlos logró construir un computador funcional. Karina rememora que su hermano disfrutaba armar y desarmar, pero en el proceso, no todos los tornillos y partes quedaban nuevamente en su lugar, razón por la cual ella le decía que lo mejor era volver a revisar y mirar en qué había fallado.

Carlos no solo dejó huella en su familia y en sus amigos; también impactó profundamente en la vida de sus demás compañeros de clase, pues, a pesar de ser reservado y de pocos amigos, según recuerda Sonia Ríos, quien fue directora de curso de Carlos desde grado octavo hasta el día de su graduación, él siempre se distinguió por su carácter afable, respetuoso y caballeroso con todo aquel que lo rodeara.

La profesora Sonia recuerda uno de los momentos que más la ha impactado en los aspectos personal y profesional durante sus años

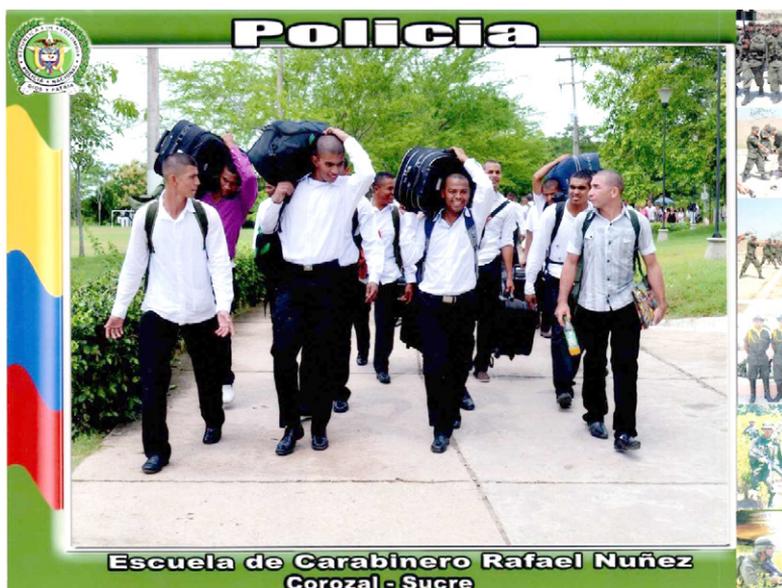
de docencia; este ocurrió en el año 2006, cuando un papá de un compañero de curso de Carlos falleció debido a una afectación cardíaca. La idea era que los estudiantes asistieran a la iglesia; sin embargo, no recuerda en qué instante terminó todo el salón en un bus camino al cementerio. Cuando llegó el momento de clausurar la bóveda, el hijo del fallecido se sentó desconsolado en un andén y agachó su cabeza, Carlos se posó a su lado y otros compañeros de repente hicieron lo mismo. Sonia guarda en su memoria la imagen de cuarenta jóvenes, en uniforme de diario, llorando en silencio ante el dolor de su compañero. Esa figura indeleble resume la grandeza y bondad del corazón de Carlos, que Cristian menciona al recordar a su amigo.

El alma ya definía sus perfiles y empezaba el corazón a cultivar un sueño

Durante los años escolares se fortaleció el sueño de hacer todo lo posible por retribuir algo de lo mucho que recibió de parte de su madre. Su mayor anhelo siempre fue comprarle una casa propia a la Doña —apodo que Carlos usaba de cariño al referirse a su madre—, donde pudiera poner también un restaurante o un local de comida rápida, en atención a su gran talento para la cocina.

Al salir del colegio, Carlos emprendió algunos cursos en el SENA, tales como: Manejo de herramientas Microsoft Office y Formación en Arquitectura y Mantenimiento de Computadores, encaminado por la habilidad de reparación que poseía y el deseo de poder materializar el sueño de dedicarse a la mecánica en alguno de sus enfoques.

No obstante, Karina recuerda que las palabras de su hermano fueron: *“Esto me gusta, pero no me va a dar para comprarle una casa a mi mamá. Me voy a meter a la Policía, porque lo único que me va a asegurar un futuro mejor es esa institución”*. Karina recuerda también que su hermano veía por los ojos de su mamá y, si tenía que quitarse el pan de la boca por ella, lo hacía sin ningún problema. Fray también resalta la entrega de Carlos como hijo, recordando la canción “Los caminos de la vida”, de Los Diablitos, pieza musical que le gustaba mucho a Carlos y que deseaba interpretar en el acordeón, especialmente por la siguiente frase: *“Mi viejecita buena se*



esmeraba por darme todo lo que necesitaba, y hoy me doy cuenta de que tan fácil no es. Mi viejita ya está cansada de trabajar pa' mi hermano y pa' mí, y ahora con gusto me toca ayudarla, y por mi vieja lucharé hasta el fin".

En el año 2012, la familia Márquez regresó a su natal Córdoba; esa vez se radicó en Montería. En aquel año, Carlos tenía la convicción de entrar a la Policía Nacional y decidió comenzar su proceso de incorporación en la Institución; compró la carpeta y reunió todos los documentos para vincularse a la Escuela de Carabineros "Rafael Núñez", en Corozal, Sucre. Mónica recuerda que en su primera entrevista le fue muy bien. Sin embargo, los exámenes de cardiología dejaron en evidencia una pequeña falencia; por esta razón no pudo cumplir su sueño.

Carlos siguió luchando disciplinadamente por alcanzar lo que quería, tal y como su madre le enseñó. Se levantaba a diario a las cuatro de la mañana y trotaba al frente del lugar donde vivían, todo con el fin de mejorar su capacidad cardiovascular. Adicionalmente, tuvo que extraer sus cuatro cordales con el fin de poder realizarse

un tratamiento de ortodoncia; sumado a esto, por un problema en algunas uñas de sus pies, tuvo que optar por retirarlas y que volvieran a crecer, con el fin de que no interfirieran en sus entrenamientos dentro de la Escuela.

Después de tantos esfuerzos personales y familiares, el 24 de junio de 2013, Carlos Alfredo Lara Márquez ingresó a la Policía Nacional. A pesar de que a Mónica no le gustaba mucho la idea de que su hijo se vinculara a la Fuerza Pública, recuerda que incluso ella buscaba la forma de brindarle apoyo en todo lo que pudiera necesitar no solo económica, también anímicamente, para que continuara construyendo ese anhelado sueño. Al momento de acompañarlo para que él iniciara su formación en la Policía Nacional, Mónica, entre lágrimas, elevó al cielo la siguiente oración: *“Señor, en tus manos pongo a mi hijo para que Tú lo guardes, porque, independientemente de que haya 10.000 policías a su lado, si tú no lo proteges, nadie lo hará”*; asegura, además, que sintió que ese día se le había desgarrado el alma. Karina menciona que, según su madre cuenta, ese día presintió que se desprendió de su hijo ¿A dónde o a qué?, no lo sabe, pero su sentimiento de mamá le indicaba que lo estaba entregando, que se alejaba de su amado retoño.

Después de cinco meses, el 30 de noviembre del 2013, Carlos Lara Márquez recibió su grado como patrullero; su padre, Salvador Lara, recuerda aquel instante como el más feliz al lado de su hijo. Carlos se mentalizó, desde ese momento, con la idea de hacer el curso de tecnología en mantenimiento aeronáutico, el técnico laboral por competencia en abastecimiento aeronáutico o el curso de artillero aeronáutico; así lo recuerda el patrullero Jhon Jairo Siades Reyes, quien lo conoció en el año 2014 en Armenia, Quindío. Jhon resalta la fascinación del compañero Lara por los aviones y helicópteros, pues le bastaba un vistazo para contarle dónde lo fabricaban o qué modelo era, ya que indagaba constantemente sobre el tema.

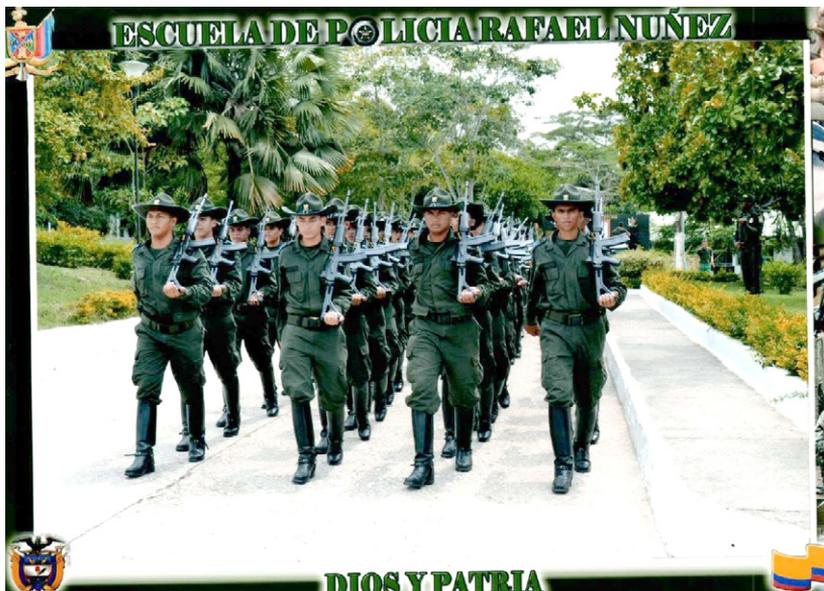
Jhon menciona que, en su rol como patrullero, Carlos Lara destacaba por su proactividad, por su nobleza y su iniciativa de ayudar siempre y de reparar todo lo que se dañaba o, como lo menciona el patrullero Siades: “Cacharrear a todo”. Recuerda también que siempre se levantaba de buen ánimo y con iniciativa de hacer algo productivo cada día, desde cortar leña en adelante; eso motivaba mucho a Jhon,

pues *“lo veía más joven y más nuevo, y no se podía quedar atrás”*. En la Institución, Carlos destacaba por ser un adolescente atlético, amante del deporte y la salud, incluso, fabricaba pesas con tarros de pintura y cemento. Además, Lara se destacaba entre sus compañeros por su altura de 1.87 metros, por lo que era siempre el más alto de todos.

En su paso por la Policía, Carlos logró afianzar sus conocimientos en la interpretación del acordeón; sin embargo, aunque dominaba la melodía de varias canciones, muy pocas veces lograba tocar alguna por completo, lo que lo hizo merecedor del apodo: *Parranda mocha*, según afirma su madre. El patrullero Siades también evoca que un domingo, en sus tiempos libres, crearon un grupo vallenato; de esta forma, disfrutaban un rato de esparcimiento con los compañeros.

Luego cuando ellos se van, algunos sin decir adiós, el frío de la soledad golpea el corazón

Jéssica, su hermana, recuerda que Carlos siempre fue reservado; sin embargo, con sus asuntos laborales lo era aún más, pues solo les daba información puntual sobre su ubicación o labores generales,



sin entrar en detalles. Su madre menciona que, incluso, no le gustaba contar cuándo sería su periodo de permiso; simplemente algún día a ella le entraba una llamada que decía: *“Doña, ábrame la puerta que tiene pasador y estoy abajo”*.

El 15 de julio del 2017, la llamada entró; Carlos salió de permiso y llegó a su hogar. Como de costumbre, se deleitó con alguna de las especialidades de la casa, tal vez con un pollo en salsa de champiñones o con una mojarra frita. Ese corto tiempo en familia fue mágico; soñaba con sacar un préstamo para empezar a materializar aquel sueño que se había cultivado desde su niñez, tener una casa propia y un restaurante. Deseaba poder reunir a sus seres queridos en un solo lugar. Ya que sus hermanas estaban en Medellín y su padre en San Carlos, Antioquia, Carlos decidió arrendar un apartamento en Medellín para su madre. Invirtió la mayor parte del tiempo de sus vacaciones en buscarlo; cuando lo encontró, no dudó en firmar el contrato de arrendamiento, hizo la mudanza y no descansó hasta dejar instalada a su madre en esa ciudad.

En un abrir y cerrar de ojos el periodo de permiso finalizó, y Carlos regresó a el ETCR⁵, ubicado en el municipio de Miranda del departamento del Cauca, a continuar con sus labores en la UBICAR de la Unidad Policial para la Edificación de la Paz, UNIPEP. Mónica recuerda que su hijo aquel día no quería irse; quizás era un presentimiento. Además, no quiso llevar comida para el camino, lo cual era costumbre.

Los días transcurrieron con normalidad. Mónica recuerda que el 18 de septiembre del 2017 empezó a trabajar con un carro de comidas rápidas, regalo que Carlos le obsequió cuando vivían aún en Bogotá. *“En un principio la idea era preparar hamburguesas o perros calientes, pero me aventé con los fritos: empanadas, arepas y carimañolas”*; ella estaba feliz de tener su negocio propio. Diez días después, llamó a Carlos para comentarle que, a pesar de que trabajó arduamente con la venta de comidas, todas las ganancias se habían ido en el arriendo y, amablemente, le pidió dinero prestado para

5 En los ETCR se realizan actividades de capacitación y reincorporación temprana, con las cuales se pretende facilitar las fases iniciales de adaptación de los miembros de las Farc-Ep a la vida civil.

comprar nuevamente los productos necesarios para continuar con la venta de la comida; su hijo le respondió con un gesto de amor. Fue así que Carlos reunió el dinero y el 30 de septiembre, a las 10:55 de la mañana, Mónica recuerda que le dejó un audio vía WhatsApp *“me dijo que me había hecho un giro por Servientrega, por \$ 600.000 mil pesos, le agradecí profundamente y me despedí de él diciendo, mijo, que te vaya bien, que Dios te bendiga y que la sangre de Cristo te cubra de todo mal y peligro”*, a lo que él respondió: *“Bueno, Doña. Chao, chao, estoy ocupado”*, sin saber que esas serían las últimas palabras que escucharía de su hijo.

Mónica tiene un recuerdo indeleble de ese día plasmado en su memoria: *“Finalicé temprano gracias al dinero recibido, fui a comprar todo lo que necesitaba para abastecer nuevamente el negocio, regresé a mi casa a las tres de la tarde, me sentía agotada y muy cansada, por lo que decidí tomar una siesta”*, en medio de un día gris y lluvioso en la capital antioqueña.

Eran las cinco de la tarde aproximadamente, Mónica recuerda que recibió una llamada que la despertó de un sueño del cual nunca hubiera querido despertar. No quiso responder la llamada; asumió que se trataba de la respuesta a unas hojas de vida que había enviado días atrás. Sin embargo, volvió a sonar el celular, y en esta ocasión era una amiga que había conocido años atrás que también pertenecía a la Institución; sus palabras fueron *“Doña Mónica, ¿usted no sabe? Me acaban de decir que pasó algo grave con Carlos”*. Ellas provocaron que su mundo se detuviera ante sus ojos por completo. Inmediatamente Mónica devolvió la llamada al número que, con anterioridad, se había intentado comunicar con ella. La voz, al otro lado de la línea, se identificó como psicóloga de la Policía Nacional quien, en medio de palabras de aliento le daría la noticia más desgarradora de toda su vida *“Carlos Lara fue asesinado”*. Hubiese preferido escuchar que su hijo estaba herido en la clínica o que lo estaban reanimando, pero no aquellas palabras que, a la par que las escuchaba, sentía que su vida entera se derrumbaba. Aun así, mantuvo en su corazón la esperanza de que todo fuera producto de una confusión, que su amado hijo estuviera con vida, que todo fuera un error. Sin embargo, sus hijas Jéssica y Karina confirmaron la funesta noticia, al escucharla en el noticiero nocturno y al ver cómo las imágenes de ese hecho empezaron a reproducirse en las redes sociales.



El 30 de septiembre de 2017, Carlos Alfredo Lara Márquez despertó, como de costumbre, a las cinco de la mañana para iniciar las labores en la UNIPPEP. A principios de ese mes, el comandante de la UBICAR de Miranda, Cauca, teniente Wilfredo Madrigal Galvis, había recibido un requerimiento por parte de la Secretaría Municipal de Salud de Miranda, en el cual le solicitaba apoyo de sus hombres en la jornada de vacunación del “Plan Ampliado de Inmunización”, que se llevaría a cabo desde las ocho de la mañana en el parque Julio Fernández Medina y en el Hospital Local del municipio.

Según indican medios nacionales, sobre las cuatro de la tarde, el teniente Wilfredo Madrigal Galvis, el patrullero Juan Gabriel Narváez Cabrera y el patrullero Carlos Lara Márquez emprendieron camino en un vehículo policial desde la vereda Monterredondo, Cauca, con destino a la cabecera municipal de Miranda, Cauca. La tarea era recoger a los compañeros que estaban acompañando la jornada de vacunación. Cuando la patrulla se encontraba pasando por la vía de la vereda El Caraqueño, fue blanco de ataques con explosivos, los cuales generaron que el patrullero Narváez perdiera el control del vehículo, que rodó por un precipicio con sus ocupantes malheridos en el interior. En total indefensión, fueron objetivo de innumerables ráfagas de fusil que cobraron la vida de los tres policías. Según diferentes comunicados de prensa, la zona en cuestión tenía presencia del 6° disidente Frente de las FARC, así como de guerrilleros del ELN. La masacre se presentó exactamente siete horas y media antes de la entrada en vigencia del acuerdo del cese del fuego bilateral con el ELN.

Mónica sostiene que no puede entender cómo alguien es capaz de causar tanto daño a una madre y a una familia, de arrebatar los sueños e ilusiones que tenían juntos y de pasar por encima de todo el esfuerzo que se tuvo que hacer para sacar adelante a esa persona. Afirma con voz entrecortada *“Carlos, mi muchacho, no se merecía morir así; ni él ni ninguno”*. En medio de tan dolorosa pérdida, la familia Márquez encontró en los caminos de Dios el consuelo que sus corazones necesitaban. Mónica y Jéssica llegaron a la iglesia un año antes del fallecimiento de Carlos, y Karina ese 30 de septiembre, justo antes de recibir dicha noticia. Karina afirma que ella sintió tanta paz durante ese momento y tiene la certeza de que Dios la estaba preparando para la noticia que recibiría justo al salir de la iglesia.

Mónica y sus hijas coinciden en que Dios fue misericordioso, incluso en la muerte de Carlos, ya que fue instantánea; su cuerpo quedó intacto y completo. Las hermanas Márquez tienen la certeza de que su hermano se fue tranquilo, tras dejar a su madre acompañada y cercana a sus hijas, y, paradójicamente, a tan solo dos cuadras del cementerio donde el cuerpo de él reposaría en el descanso eterno. Además, Mónica agradece el regalo que Dios le dio al permitirle ser madre de una persona que la acompañó durante muchos años, que le trajo inmensas felicidades y que la llenó de orgullo en cada meta que alcanzaba.

Dios se ha encargado de fortalecer a la familia Márquez y a la familia Lara, de sanar sus corazones y de permitirles saber que el legado de Carlos sigue vivo; permanece en las oraciones de su madre y en las iniciativas que juntos gestaron, en los recuerdos de sus hermanas y en las sonrisas que, tan solo con escuchar su nombre, se materializan en sus rostros; en las vidas de sus sobrinas y en las veces que la mayor, quien lo conoció, pregunta cuándo podrán tocar de nuevo su acordeón; en los recuerdos que sus amigos conservan con cariño y, en un futuro, en la piel de Fray, quien asegura que así como se tatuó el nombre de sus padres, esposa e hija, quiere llevar presente, para siempre, el rostro de su hermano. Su vida y su legado permanecen en sus risas, en sus abrazos, en cada nota del acordeón que con regocijo entonaba, en cada artefacto que pudo reparar, cada comida que preparó y disfrutó; en cada persona que gozó con la alegría que transmitía y de la huella imborrable que dejó en sus vidas. Semejante recuerdo solo puede ser suscitado por un hombre con huellas de oro.



"le formaron con los principios que caracterizan a un buen hombre, sobre todo el de la humildad".

Señor PARA VIVIR



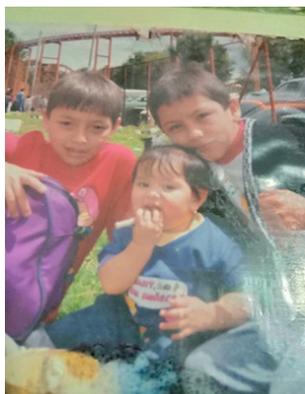
Por: Karen Forero Páez

En el año 2005 el panorama del conflicto armado en Colombia no era el más alentador, se encontraba en uno de sus períodos de violencia más intensos, marcado por los constantes enfrentamientos entre las Fuerzas del Estado y grupos alzados en armas. Los titulares de prensa por esos días solían utilizar palabras como combate, ofensiva, asesinato, enfrentamiento, bombardeo, atentado o secuestro; ese era el pan de cada día. Esta realidad no le era ajena a César Real; sin embargo, esto cambió el 29 de abril de 2005, cuando la vida, la casualidad, el destino o la divina providencia lo pusieron en Ricaurte, Nariño.

César Augusto Real Parra, ese fue el nombre que le dieron sus padres al protagonista de esta historia. Nació el 9 diciembre de 1982, y según su madre, Clara Inés Parra Fernández, *“fue un bebé enorme y hermoso”*. Creció bajo la tutela de su progenitora y la de su abuela paterna, después de que su padre, Ricardo Parra Zárate, decidiera *“no apoyar”* la educación de César y de su hermano William. La señora Idaly Zárate de Real, abuela de César, acompañó incansablemente a Clara Inés en su labor de madre, de manera que César y su hermano tuvieron la oportunidad de criarse junto a dos madres que, según palabras del patrullero, *“le formaron con los principios que caracterizan a un buen hombre, sobre todo el de la humildad”*. Nunca les faltó algo, se criaron en los mejores jardines e incluso colegios, gracias al apoyo de sus dos “madres”. Quienes lo conocen coinciden en que siempre ha sido un hombre muy positivo, que no se deja vencer por las múltiples adversidades que se le han presentado. Temperamento noble, gran sonrisa, en ocasiones seriedad, y en otras jocosidad y picardía, esas son las cualidades que, según sus amigos y familiares, lo definían.

“Siempre deseó estudiar en una universidad y tener una profesión, pero a nosotros no nos alcanzaba el dinero, y para entonces entrar a una universidad era muy costoso”, afirma Clara Inés, madre de César, mientras rememora la historia de su vida y de sus hijos en compañía de la mujer que le brindó ayuda y un trabajo cuando más lo necesitaba, la señora Idaly. Clara Inés era de familia de ascendencia militar; recuerda que su padre, hermanos y hasta primos pertenecieron a las filas del Ejército. Clara considera que esa fue la razón por la que motivó a su hijo a formarse, como él deseaba: *“Mijo, la institución es agradecida, es buena, ellos ayudan con la vivienda y subsidios”,* fueron algunas de las insistencias de Inés para que César hiciera parte de la Policía Nacional.

Aconsejado por amigos y con el fin de adquirir su libreta militar, decidió prestar servicio militar en la Policía Nacional en el año 2001; durante este periodo de formación, comprendió y desarrolló empatía por la labor comunitaria y de ayuda, una de las razones por las que al finalizar su tiempo en servicio decidió continuar formando parte de la institución. Se presentó en la Escuela de Cadetes de Policía “General Francisco de Paula Santander”, como aspirante a la carrera de oficial. Motivado por su familia y algunos conocidos, inició su proceso de selección en la institución apoyado por su abuela paterna y su madre,



quien manifiesta que durante el ingreso fueron auxiliados por varias personas que *“se aparecieron por el camino”*; no obstante, no fue posible continuar con el proceso, porque, como ella lo menciona, *“les faltó el centavo para el peso”*.

Real no perdió la motivación y su familia tampoco lo permitió; su madre decidió hacer parte de su nuevo propósito, y empezar junto con él y su abuela un nuevo proceso de incorporación. De ese modo, César inició su formación; tomó la maleta en la que empacó la voluntad, la motivación y las enseñanzas de su hogar, para empezar a hacer parte de la Policía y formarse como patrullero. En Bogotá, comenzó su proceso de selección. La casualidad nuevamente hizo de las suyas y permitió que César encontrara allí más que una vocación,

pues conoció a quien sería su compañero de profesión y su amigo para la vida, Wilman Romero.

Cincuenta hombres, entre ellos César y Wilman, tuvieron la oportunidad de continuar formándose en la Escuela de Carabineros “Eduardo Cuevas García”, ubicada en Villavicencio, Meta, lejos del frío concreto de la capital. Cincuenta ilusiones emprendieron un viaje hacia una tierra, hasta entonces desconocida, el 14 de agosto de 2003. Once meses y quince días después, el verde aceituno dejó de ser temporal y se volvió el vestuario que usarían de por vida César y quienes resistieron y se mantuvieron en pie durante el proceso de formación. Sin embargo, el destino tenía para César otros planes junto con Wilman, pues empezaron nuevamente un viaje, esta vez, para formarse en una especialización que para entonces era conocida como Comando de Operaciones Rurales (COR), comúnmente reconocidos por la gente como *“grupos contraguerrilla”*. Motivados por aprender más sobre la labor y defender a la comunidad, llegaron al municipio de Espinal, Tolima, más exactamente a la Escuela Nacional de Entrenamiento Policial, CENOP. Allí adquirieron el conocimiento necesario para enfrentarse a lo que sería su diario vivir, desde primeros auxilios, hasta planeación y ejecución de tácticas y estrategias, para así fortalecer las habilidades aprendidas.



El aprendizaje se consolidó y dotó con las destrezas necesarias para enfrentar *“la verdadera realidad”*, aseveraba el patrullero Real. Entonces, el 15 de agosto de 2004, César, Wilman y los compañeros que se formaron con ellos adquirieron no solo su título de patrulleros, pues ya eran especialistas en otras actividades, un distintivo que llenó su pecho de orgullo y les dotó de motivación para empezar su carrera como integrantes de la Policía Nacional. Su paso por las escuelas solo fue el inicio de lo que definiría su actuar por el resto de la vida. Ahí no terminó el camino, pues debían iniciar lo que sería la rutina de sus carreras como policías, así que fueron transferidos al Departamento de Policía de Nariño; allí, según César, transcurrieron varios días en los que debían recorrer el territorio y entender la magnitud de sus responsabilidades. *“Hacíamos caminatas largas, más que todo en la noche, así fue como aprendimos a conocer el territorio”*, rememora Real mientras sonríe. En el camino hizo nuevas alianzas con sus compañeros, entre ellos Jaime Ardila, otro patrullero que se formó en los mismos grupos que César y que por suerte también arribó a Nariño. *“Cuando llegó el momento de dividir en unidades el equipo de nuevos patrulleros, quedamos César Real, Jaime Ardila y yo en el mismo lugar, que era en el municipio de Ricaurte, Nariño”*, recuerda Wilman con algo de alegría, además de sorpresa por las decisiones del destino.



Pasó alrededor de un año, en el que César no solo se familiarizó con sus compañeros de unidad, pues se encargó de propiciar nuevos lazos con el equipo de carabineros y la comunidad rural, campesina e indígena que se encontraba en la zona. Se enamoró de los atardeceres, amaneceres y paisajes que podía vislumbrar tras las peñas durante la vigilancia y los patrullajes, y aunque vivía con la incertidumbre del mañana, se encargó de dar lo mejor de él en cada monitoreo de zona, búsqueda y acción que su labor le permitía.

Mientras tanto, Clara Inés se encontraba en Bogotá; no imaginaba siquiera un cuarto de lo que enfrentaba a diario su hijo. Haciendo memoria, recuerda que César siempre llamaba y decía: *“¡Mami!, es que no estoy en una base, estoy en un pueblo haciendo patrullajes todo el tiempo, ¡no puedo llamarla todos los días!”*. Siempre manifestó estar bien y fuera de peligro ante los oídos de su madre y, así, lograba engañarlos. La realidad era otra, pues César se levantaba cada mañana con la angustia de no volver a hablar con su madre o sus hermanos; con la desilusión de no volver a ver el rostro de su abuela Idaly una de las mujeres que más amaba, e incluso a su abuelo, el hombre que hasta entonces se había portado como un padre para él. No se dejaba sugestionar de los malos pensamientos, así que a diario se llenaba de valentía y emprendía labores antes de que el sol asomara sus rayos sobre las montañas de Ricaurte.

Dieciséis años después de vivir en Nariño, César rememora algunas de las labores y sucesos que más le marcaron durante su paso por esos pueblos y montañas, además de las planadas de camino al mar. Una de las anécdotas que más recuerda fue una liberación que logró efectuarse en compañía del Ejército Nacional y el Grupo de Carabineros de la Policía Nacional, con quienes compartía labores. En esa ocasión se trataba de un ganadero muy adinerado de la zona, el cual había sido secuestrado por grupos armados y liberado después gracias a la labor conjunta de las fuerzas militares y policiales en la zona. La operación requirió horas de tránsito en medio de la trocha y la selva. *“Recuerdo mucho que algunos compañeros nos decían que cerca había influencia de los frentes 48° y 24° de las FARC, además de la columna Daniel Aldana, que para entonces era dirigida por alias “El Paisa”, uno de los guerrilleros más sanguinarios de esa guerrilla. Se decía que en su poder estaban Ingrid Betancourt y otras personalidades secuestradas en Altaquer, un corregimiento de la vereda Las Vegas, en el departamento de Nariño”*, recuerda



Wilman. En la zona no solo había presencia de las FARC; se tenía conocimiento de grupos armados como el ELN y las Águilas Negras, que, con el uso de artefactos explosivos improvisados, elaborados con utensilios propios de la labor campesina e indígena, pasaban desapercibidos ante los ojos de la población, la policía, los carabineros y el ejército.

Los días en Ricaurte traían novedades a diario, y con el paso del tiempo, el grupo que inicialmente llegó a la zona se redujo, producto de los hostigamientos, ataques y frecuentes agresiones a la Policía. En el año 2005 el número de emboscadas y de ataques de los grupos guerrilleros contra la Fuerza Pública fue muy alto. Fue entonces cuando las novedades hicieron parte de la bitácora del patrullero César Real, pues desconocía que su labor en Ricaurte estaba por

terminar, y no precisamente por una decisión o un cambio de rutina, sino por otra vuelta más del destino.

“Todo comenzó dos días antes, cuando nos pidieron movilizar al alcalde de Ricaurte hacia Ipiales, la capital. Ese día nos sorprendieron y cegaron la vida del agente Jimmy Cáceres Meneses⁶”, afirma César, mientras indaga sus recuerdos sobre lo sucedido días antes del momento que le cambió la vida. Cuando se movilizaban de camino a su destino, se encontraron con un bloqueo sobre la vía principal, el cual era efectuado por un vehículo que César recuerda como una camioneta color amarillo. Este vehículo no solo bloqueaba el paso a particulares, pues se rumoraba que se encontraba cargado de explosivos; por tal razón, llamaron al equipo de antiexplosivos, con el fin de que se adelantaran las labores de prevención necesarias. Lamentablemente, cuando el agente especializado en esta área se acercó al vehículo a desactivar el artefacto, este fue activado de manera remota y acabó con la vida del agente; ese hecho era solo un abre bocas de lo que sucedería dos días más tarde.

La madrugada del 29 de abril de 2005, el Comando de la Policía de Ricaurte fue alertado por habitantes sobre un bloqueo en la vía principal o vía al mar, en el sector de El Palmar o el “Cerro de la Cruz”. Al parecer, varios vehículos calcinados se encontraban represados alrededor de la vía, y debían ser removidos con el fin de recuperar la movilidad de la carretera, de manera que se solicitó el apoyo de las unidades de Chucunés y Corcuer, municipios aledaños a Ricaurte. Sobre las cinco de la mañana más de cincuenta uniformados se encontraban esperando órdenes para dar continuidad al operativo y llegar al sitio; así, “La Escorpión II, EMCAR 21”, nombre del grupo en el que se encontraban César Real, Wilman Romero y Jaime Ardila, fue destinada a encabezar la caravana que daría inicio a las labores de despeje de la vía. *“En total éramos seis unidades al mando de un Intendente de apellido Ramírez, quien dio la orden de que Real se fuera en el frente y yo me movilizara al cerro junto con una*

6 El agente Jimmy Cáceres Meneses 1969-2005, de 36 años, era padre de dos niños (de 11 años y de 8 meses) cuando ocurrieron los hechos. El 27 de abril del 2005, Jimmy estaba desactivando un “taxi bomba” en el municipio de Ricaurte, departamento de Nariño, pero durante la tarea no logro salir con vida; desde ese momento sus actos se transformaron en recuerdos inolvidables para la familia. Historia documentada en el libro “Un Segundo para la Eternidad”, Policía Nacional. (2019).

ametralladora que se pretendía usar, o por lo menos llevar de reserva”, relata Wilman. Tras las nuevas órdenes del Intendente para el entonces Patrullero Romero, él decidió cambiar con el Patrullero César un sombrero que portaba por un casco blindado de Wilman, una acción que resultó definitiva para su supervivencia.

César se movilizó en una patrulla policial junto con Wilman y otros patrulleros hacia la zona conocida como El Palmar; al llegar, en la lejanía pudieron notar que dos hombres se encontraban detenidos en medio de la vía, así que por órdenes de los comandantes del dispositivo policial, un kilómetro antes, los uniformados empezaron a dispersarse hacia puntos altos y bajos en inmediaciones de la vía, mientras que el vehículo en donde se encontraban César y Jaime avanzaba con cautela en medio de los vehículos incinerados. Bastaron tres minutos más en el asfalto para terminar con la tranquilidad del operativo, pues al acercarse a uno de los vehículos que estaba en medio de la vía, fue activado, de manera remota, un carro con explosivos. Su onda expansiva tuvo tal impacto que causó un cráter en el pavimento y terminó con la fauna del lugar; las esquilas y desechos a muy alta velocidad hirieron a todas las personas que se encontraban en el lugar, César y quienes abordaban la patrulla corrieron con la misma suerte. Sin misericordia alguna ni respeto por las personas ni por la naturaleza del entorno, los guerrilleros de inmediato dispararon sus ráfagas de fusil y atacaron cobarde y violentamente a quienes aún luchaban por su vida.

La vista era oscura; el asfalto y la tierra no eran diferenciables. Inmóvil y sin posibilidad de auxiliar a quienes se encontraban a su alrededor, estaba Jaime Ardila; se sentía impotente por no poder hacer algo por sus compañeros, los mismos con los que se había formado y con los que compartía desde su formación, conocía sus preocupaciones y en algunos casos a sus familiares. En medio de la confusión, logró ver durante unos minutos sobre la espesa nube gris que cubría sus cuerpos a César, y observó que se encontraban en medio de fuego cruzado. Entre tanto, rememora Wilman *“Iba de camino al cerro con la ametralladora, concentrado, cuando de repente escuché un estruendo; corrí lo más rápido que pude a la peña, con el fin de ver qué había sucedido, pero nada podía ver, la nube negra lo cubría todo”*. La comunicación vía radio resultó ser una aliada y una voz de esperanza para Wilman y para quienes se encontraban en la lejanía viendo lo que sucedía, pues los que estaban aún con vida

en medio del ataque informaban que había muertos, pero también heridos a quienes aún podían salvar.

“Como pude, me arrastré hacia las cunetas de la vía, para protegerme del cruce de fuego, y arrastré a Real. Él estaba lleno de sangre; no le veía el hombro derecho, y me decía con mucha insistencia que le diera agua, que tenía sed”, recuerda Jaime. El cruce de fuego se mantuvo alrededor de tres horas continuas, en las que con ayuda e ingenio de militares y policías lograron evacuar a quienes aún se encontraban heridos. El Patrullero César Real fue uno de ellos. Wilman Romero recuerda que lo movilizaron en un Renault 9 rojo, que como pudieron lo acomodaron en la parte trasera y lo llevaron hacia Tumaco; le esperaba un avión en el que se encontraba el Vicepresidente de la República de ese entonces, Francisco Santos, que por fortuna estaba en la zona adelantando labores diplomáticas y permitió que ese avión lo transportara al hospital Reina Sofía de Cali. Ahí la prensa esperaba con cámaras y micrófonos a los heridos de Ricarte. Sin embargo, esta no fue la misma suerte para el Patrullero Marcos Aldana, quien, en razón de sus heridas, falleció de tres infartos cuando se encontraba de camino a la clínica.

Clara Inés laboraba, tal cual lo demandaba su rutina diaria, en la clínica. Todo iba como de costumbre, hasta que por casualidad miró las noticias del mediodía, y, como si fuera, una película de no creer, logró ver el rostro de su hijo moribundo en un titular de noticias: *“Me enloquecí, gritaba, quería ver a mi hijo a como diera lugar; me lo llevaban a pedazos, casi muerto”*, rememora Clara Parra con algunas lágrimas que no logra contener.

Con el auxilio del personal médico y de sus familiares, Clara emprendió un viaje de camino a Cali con la intención de ver y ayudar a su hijo. Sin embargo, producto del estrés, su estado de salud se vio afectado y debió internarse durante unos días en el mismo hospital en el que su hijo se encontraba. *“Teníamos un ángel en Cali, era el entonces Capitán Eliécer Camacho; él y su esposa nos devolvieron a mí y a mi familia a César”*. El patrullero Real logró recuperarse de la circunstancia, tras ser trasladado al Hospital Central de la Policía en Bogotá; allí, con algunas cirugías y terapias, recuperó de manera parcial y progresiva la movilidad de sus extremidades. No fue la misma suerte para algunos de sus compañeros, como el



Patrullero Édgar Enrique Bermúdez, quien producto de las partículas explosivas, perdió la visión; otros de sus compañeros, la movilidad de extremidades, e incluso sufrieron desfiguraciones faciales producto del impacto del explosivo y los tiros de fusil.

Pasaron dieciocho largos meses de recuperación. Al llegar nuevamente a la Institución, César fue reubicado y ahora tendría que prestar sus servicios al Hospital Central de la Policía Nacional, HOCEN, pues tras una junta médica, se determinó que no podría volver a ejecutar sus labores de patrullaje, debido a sus lesiones en hombro derecho y cadera, producidos por el atentado. Entonces, su vida dio un giro de 180 grados; pasó de estar en diferentes zonas complejas del territorio nacional a ser secretario de la Oficina de Contratación del HOCEN. Al respecto, asevera *“Fue duro. Al principio no sabía usar el computador; todo era nuevo, pero con el paso del tiempo aprendí, e incluso mejoré”*. Gracias a su buen desempeño en ese cargo, posteriormente fue designado a ser secretario de la Subdirección del Hospital Central. La aspiración era ayudar a

compañeros y amigos afectados por el conflicto armado; ese fue uno de los principales impulsos. Según sus propios relatos, desde su cargo ha podido apoyar y motivar a compañeros como Wilman Romero, el cual también fue reubicado en el año 2009, o a Jaime Ardila, quien también llegó al hospital en el año 2010 a causa de las heridas de la violencia; él recuerda que recibió orientación y ayuda por parte de César, al que califican Wilman y Jaime como *“leal, fiel, alegre y positivo”*.

La vida de César Real cambió del cielo a la tierra con su traslado a las dependencias administrativas de la Policía Nacional; ahora el verde aceituno ocupa su vestimenta de manera ocasional y sólo en actos protocolarios, pues de forma diaria se encuentra apoyando labores logísticas y operativas, propias del quehacer de un hospital. Con el tiempo se permitió conocer el amor y contrajo matrimonio en junio del año 2006, cuando se enamoró de Liliana Patricia



Valencia. Recuerda Clara Inés, madre de César Real, con algo de risas, *“Me avisó una semana antes que iba a casarse; yo la odiaba, porque sentía que me había robado a mi hijo”*. Pero no fue el único momento en el que la casualidad o la divina Providencia le enseñó a César lo buena que puede ser, pues para el año 2009, a su matrimonio llegó el nacimiento de su primogénita, Estefanía; la pequeña que le demostró la complejidad y dimensión del amor, por quien se desviven no solo él y su esposa, sino también Clara Inés y sus hermanos: *“Es la alegría de la casa; mi niña es muy hermosa”*.

Fue así como la vida decidió darle otra oportunidad al Patrullero César Real, quien, en la actualidad, motivado por las ganas de servir a la sociedad en la medida de lo posible, trabaja en el Hospital Central de la Policía, brindando ayuda desde el área logística con la gestión de vacunas para enfrentar, por ejemplo, la crisis provocada por la COVID-19. Por ello, tiene muy clara la importancia del servicio a la comunidad y a los suyos. Actualmente se encuentra formándose en las áreas necesarias para ascender al grado de Intendente, un logro que ya tienen sus colegas y amigos Jaime Ardila y Wilman Romero, con quienes aún mantiene contacto, pues el conflicto armado interno les hizo hermanos, creyentes en que la paz se puede lograr si todos aprendemos a perdonar. También es consciente de su responsabilidad con la sociedad para seguir haciendo desde sus actuales y futuros cargos, acciones que lo hagan merecedor de llamarse: *“Edificador por y para la paz”*.



"Nosotros siempre hemos sido unidos
y desde muy pequeños creamos
un lazo muy fuerte; por eso nuestra
infancia fue tranquila y muy feliz"



Por Vocación

LUCHA Y AMOR

Por: Karen Zapata

"Nunca desistas de un sueño. Solo trata de ver las señales que te lleven a él"

Paulo Coelho.

A

Adolfo nació el 25 septiembre de 1986, en el Hospital San Vicente de Paúl del municipio de San Carlos, Antioquia. Fue un niño muy esperado, pues fue el fruto del amor de sus padres, personas que toda la vida han luchado por tener a sus cuatro hijos bien, por sacarlos adelante.

Adolfo es el tercero y el único varón; él y sus tres hermanas son los hijos de esta familia paisa que, por alguna circunstancia, ha tenido que vivir dificultades, y hasta el día de hoy, su corazón pende de un hilo, pues ven a este miembro de la familia como un héroe, pero saben que también corre mucho riesgo. Estar en la Policía Nacional

es un privilegio; mostrar el valor que se tiene y la vocación, defender y velar a una sociedad que hasta el día de hoy vive la barbarie de la violencia, esto hace que él entregue día tras día su vida, pero también que se lleve consigo la tranquilidad de sus padres y de sus hermanas. Muchos ven y sienten que ser policía es fácil; sin embargo, no es así, ya que ser policía es entregar hasta la vida, es demostrar de qué se está hecho.

“Toda la vida hemos sido familia pobre pero llena de sueños, y aún más porque tenemos hijos, y así estén grandes, queremos siempre lo mejor para ellos”, dice Martha, madre de Adolfo. Su familia es de un corregimiento de Medellín llamado El Jordán, un pueblo muy calmado y con personas que te acogen como si pertenecieras a su familia, pues todos te abren las puertas de su casa. Este pueblo es pequeño, pero se compone por los paisajes maravillosos que tiene, por su iglesia colonial en el centro del parque y, como recuerda Adolfo, por aquella cafetería en donde todas las tardes los vecinos se reúnen a conversar en medio del aroma de una taza de café.

Martha menciona que su esposo siempre fue el que llevó el sustento; ella estuvo unos meses trabajando en una empresa, pero decidió retirarse para dedicarse a una de las labores que más la hacía feliz, cuidar y estar junto a sus hijos. Ella quería ver crecer a sus niños y acompañarlos en sus alegrías y tristezas. Ella dice que, aunque tenían muy poco, eran muy felices; pudieron darles a sus cuatro hijos el estudio de primaria y de bachillerato, que en ese tiempo era lo primordial. Como todo niño, Adolfo era un poco hiperactivo, pero también tenía una característica que resaltaba particularmente en él, su mal genio, pues esto se debe a que siempre fue uno de los más consentidos, y más por su padre, ya que era el único varón. Su hermana Martha recuerda que Adolfo deseaba que le hicieran todo, pues quería que las hermanas le trajeran, le llevaran, le pusieran, pero eran solo cosas de niños. Martha narra una de tantas anécdotas que tiene con su Adolfo, *“recuerdo cuando él me dejaba por fuera de la casa, y no era solo a mí, sino a todas mis hermanas; le encantaba molestarnos, y en ese tiempo gritamos y gritamos porque mi mamá llegaba más o menos a la hora que Leo como le dicen de cariño nos dejaba por fuera, y nosotras angustiadas pues no habíamos hecho lo que ella nos pedía, y Leo riendo dentro de la casa”*.



Yolanda, su hermana, es menor que Adolfo por tres años; comenta con mucho entusiasmo cómo era la vida de ellos en la niñez: *“Nosotros siempre hemos sido unidos y desde muy pequeños creamos un lazo muy fuerte; por eso nuestra infancia fue tranquila y muy feliz”*. Para ella toda su familia es importante, pero su hermano ocupa un lugar muy especial en su corazón; entre ellos dos ha existido una unión inigualable, traducida en recuerdos buenos y otros no tan buenos. Nunca pensaron que la vida los acercaría aún más. Una de las anécdotas que más tiene presente de su niñez la emociona y le causa gracia, pues cuando eran pequeños iban mucho a visitar a sus abuelos, que vivían en una vereda cercana a la casa donde ellos se criaron. Recuerda que la vía se caracterizaba por sus caminos destapados y de difícil acceso; la ruta no era muy favorable para los vehículos ni para las personas. Las piedras y la geografía del lugar eran los culpables de causar accidentes. Entre risas relata que un día consiguieron una bicicleta tipo paletera con Adolfo; sin importar la poca experiencia en la conducción y, mucho menos, las condiciones extremas de la carretera, decidieron subirse en su nuevo transporte. Como era de esperarse, minutos más tarde perdieron el control de la cicla y cayeron a un hueco que estaba en la vía, la menor logró salir



un poco raspada y aturdida por el impacto, pero el susto hizo que sus dolores pasaran a segundo plano, preocupada por Leo. Corrió hasta la casa de los abuelos y, entre llantos y dolencias, les contó a sus hermanas lo que había sucedido. Aterrorizadas, salieron todas corriendo a socorrer al supuesto herido, pero Leo no paraba de reír con sus nuevos morados.

Adolfo siempre se ha caracterizado por estar rodeado de muchas amistades, en el colegio fue uno de los niños que más amigos tenía; comenzó sus estudios a temprana edad y se graduó con todos sus compañeros de infancia, como familia. Sus hermanas resaltan su camaradería y su alegría que desbordaba con cada palabra y las ganas de siempre estar molestándolas para hacerlas pasar un buen rato. Leo era un niño muy inteligente y dedicado. Sus profesoras estaban muy orgullosas de él; ellas lo elegían para que en los actos cívicos declamara poesía, pues era uno de los mejores. Siempre fue aplicado y dedicado; toda su familia estaba muy orgullosa de él. *“A Leo lo movía mucho el tema de prestar el servicio militar; recuerdo que él, cuando tenía ocho años, vio una foto de mi papá uniformado, pues él también lo hizo; recuerdo que a Adolfo le brillaban los ojos*

cuando cada vez que veía esa foto y él decía que quería verse igual que su papá”, con risas recuerda Yolanda, pero no fue sencillo para la familia que él tomara esa decisión.

Alfonso, su padre, siempre quiso tener un hijo hombre, y cuando nació Adolfo, se sintió muy feliz, soñaba con que a él le gustara todo lo relacionado con el Ejército o la Policía, pues allí veía una oportunidad muy grande para que su hijo aprendiera a ver la vida de una manera diferente y también que trabajara y ayudara a los demás. Pasaron los años maravillosos de la infancia y Adolfo se graduó del colegio; tuvo, entonces, el tiempo suficiente, para tomar la decisión que le cambiaría la vida por completo: prestar el servicio militar en la Policía Nacional. Comenzó su proceso de selección e incorporación en esa Institución y a los pocos meses se fue a seguir su sueño, algo que verdaderamente quería y soñaba. Su hermana Yolanda, feliz lo apoyó y no veía la hora de que su hermano estuviera uniformado trabajando por lo que le gustaba. Ella, como todos los miembros de su familia, nunca se imaginaban que iban a pasar por angustias que recordarían toda su vida, y tampoco lo que el destino tenía preparado para Adolfo.

Martha, su madre, menciona que su hijo, con tan solo ocho años de edad, mostraba su ferviente anhelo de pertenecer a la Policía Nacional; ella también inmortalizó en su corazón el año 2004, cuando, unos meses después de salir del colegio, Adolfo maduró su decisión y la materializó: prestó el servicio militar en esa Institución. Aún conserva en su memoria el miedo que corrió por su cuerpo, al enterarse de que su hijo había sido designado para trabajar en un sitio que históricamente ha vivido la violencia y de que su amado hijo ya hacía parte de los objetivos de aquellos grupos al margen de la ley que acechaban esa zona.

Ya en la Policía Nacional, fue destinado a ser parte de una estrategia que se basaba en llegar a aquellos sitios donde la Fuerza Pública nunca había estado en el departamento de Antioquia; aquella se denominó “Plan choque”. Adolfo recuerda que su objetivo principal era proteger y cuidar a las personas del corregimiento de San Marino, Antioquia. Primero, recuperaron el territorio que durante muchos años no tuvo presencia estatal; él y sus compañeros fueron los primeros policías que inauguraron la Estación de Policía en San Marino.



En este sector había una ley impuesta por los grupos alzados en armas, según informes de prensa, ellos eran los “dueños de todo”, entraban abruptamente a todos los establecimientos públicos o privados, a las casas, fincas de las personas, y se apropiaban de lo que quisieran, tomaban todos los bienes de la comunidad sin pagar un precio a cambio.

Adolfo, junto con sus compañeros, eran el primer grupo de Auxiliares de Policía en llegar a este sitio tan apartado y tan golpeado por la violencia. Recuerda que pronto la presencia de la Policía Nacional en esa zona comenzó a suscitar malestar en esos grupos guerrilleros; las amenazas de muerte en contra de los uniformados de la Institución no se hicieron esperar. El hecho de la creación de la Estación de Policía frenaba todas las ambiciones criminales que los delincuentes tenían en mente; la incertidumbre se convirtió en la compañera permanente de todos los policías.

Aquel 17 de diciembre de 2005, ocurrió lo que muchos de ellos presentían: las antiguas guerrillas de Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), junto con el Ejército de Liberación Nacional (ELN), atacaron violentamente el corregimiento de San Marino, a través de la Estación de Policía ubicada en la zona rural de Bagadó (Chocó). Según medios de prensa, el hecho fue perpetuado entre las FARC, el ELN y el Ejército de Revolución Guevarista, ERG.

En el Puesto de Policía trabajaban 57 uniformados; la mayoría eran Patrulleros y Auxiliares de Policía, *“una de las casas que encontraba allí nos servía a nosotros como base, pues nosotros teníamos que defender el cerro que estaba cerca del pueblo; era un punto estratégico que debíamos que proteger”*, describe Adolfo. En ese lugar siempre prestaban el servicio día a día 20 policías entre Patrulleros y Auxiliares de Policía y mandos del nivel ejecutivo conformados por Subintendentes. Adolfo, con la voz un poco entrecortada, comenta que ese día comenzó el ataque a las 02:00 de la mañana y terminó seis largas horas después, *“los guerrilleros, con su gran poder bélico, empezaron lanzando pipetas y morteros desde los cerros; nos atacaron violentamente, sin mediar palabra. Recuerdo que había compañeros heridos, muertos y la munición se estaba acabando. Y, después de seis horas, fuimos acorralados y sometidos por ellos; con insultos y amedrentamientos, nos*

hicieron entregarles todas las armas, los chalecos, radios, todo. Aún recuerdo que tuvimos que dejar a algunos compañeros malheridos en ese sitio, a su suerte. A los que aún estábamos en condiciones de caminar nos obligaron a bajar del cerro; no sabíamos lo que iba a pasar. Estábamos a merced de la voluntad de nuestros secuestradores”, menciona Adolfo.

Como suele suceder, las malas noticias se difunden con mayor rapidez que las buenas; su madre y hermanas se enteraron inmediatamente de lo que estaba sucediendo. *“Recuerdo tanto que estaban presentando las noticias y mencionaron algo sobre el ataque a San Marino; a mí casi se me sale el corazón. Corrí a la casa de una vecina y llamé al esposo de mi hija para que averiguara lo que había pasado”,* dice su madre. Ese yerno, Fernando, recuerda que, durante la madrugada del día en el que ocurrieron los hechos, él y su esposa tuvieron muchas pesadillas; después de que se despertaban, no podían conciliar el sueño y se sentían extraños. Verdaderamente no sabían lo que pasaba. Tomaron el incidente como una pesadilla más y trataron de descansar, hasta que se enteraron de lo que sucedía en San Marino.

Mientras bajaban del cerro, los policías secuestrados eran custodiados por un grupo de guerrilleros; poco a poco fueron encontrando los sobrevivientes. Los verdugos los organizaron en fila india que les permitía a tener control total de la situación; en la hilera iba un policía y detrás un guerrillero, y así sucesivamente. Comenzó la travesía hacia el interior de la selva y poco a poco se fueron alejando de lo que en algún momento fue su guarida. Después de una exhausta caminata nocturna, los rayos solares anunciaron el nuevo día. La ofensiva por rescatar a ese puñado de hombres no se hizo esperar por parte de la Policía Nacional y del Ejército Nacional; la presión obligó a que los captores dividieran a sus retenidos por caminos diferentes, para evitar que en las confrontaciones se lograra rescatar a todos los secuestrados.

Las largas caminatas, las angustias y el miedo fueron parte del paisaje de aquellos jóvenes policías; esos cuatro días en lo inhóspito de la selva colombiana fueron eternos. Ese día los captores decidieron que no continuaban más con los policías secuestrados; les mencionaron que tenían que devolverse a un caserío por el cual habían pasado el día anterior, pero que ya les tocaba solos, y así fue. *“Para mí lo más difícil de estar secuestrado era no saber el tiempo, pues vives solo*

por vivir, piensas en qué puede llegar a pasar: si mañana vas a amanecer o si no. Y claramente en esa época el país pasaba por una ola de violencia grandísima; no sabía si mi destino era estar más de tres días secuestrado. La presión psicológica lo desestabiliza totalmente a uno”, recuerda Adolfo con lágrimas en los ojos.

¡Libertad! era algo que esperaba desde lo profundo de su corazón; lo único que quería era volver a ver a su familia. Adolfo hace un recuento de lo que vivió en esos días de cautiverio; no se imaginó que la vida con ellos sería tan diferente de lo que se mostraba en la televisión. Quizá corrió con suerte; menciona que no fue maltratado físicamente por ningún guerrillero. Lo único que le correspondía hacer era no hablar; permanecer en total silencio, ya que su vida y la de sus compañeros dependía de ello. La orden que tenían sus captores era asesinar a todos los secuestrados, si las Fuerza Pública intentaba rescatarlos.

El cuarto día del secuestro, las FARC los hicieron caminar por la espesa selva desde las cinco de la mañana. Cuatro horas después decidieron parar, para contarlos y decirles que tienen que regresar al caserío de indígenas que habían pasado la tarde anterior, pues ahí iba a estar el Comité Internacional de la Cruz Roja, CICR, esperándolos para rescatarlos y llevarlos a sus casas. La única advertencia que le hicieron a este grupo de policías era no alejarse del sitio indicado.

Al otro lado se encontraban los del ELN y tenían la orden de asesinarlos, y si seguían detrás de sus actuales captores iban a correr con la misma suerte. Ante las limitadas elecciones de supervivencia, pero con la esperanza de poder salir de esa pesadilla, los cansados retenidos deciden regresar a la zona ordenada.

Tras permanecer una noche en el caserío indígena, Adolfo y sus compañeros pensaron que solo había sido una mentira; sentían que se tenían que preparar para estar más días secuestrados. Sin poder conciliar el sueño, pronto llegó amaneció. Recuerda que vieron cómo los indígenas corrían hacia su resguardo. Sin entender qué pasaba, en esos momentos de tensión se piensa lo peor, y más cuando uno de los compañeros de Adolfo se percató de que se estaban acercando al caserío personas uniformadas. De nuevo el sentimiento de ver sus vidas llegar a su final apareció, hasta que escucharon decir:

“Somos de la Cruz Roja y venimos por ustedes. ¡Bienvenidos a la libertad!”, sintieron felicidad y muchos de ellos empezaron a llorar, pues podrían retornar a sus vidas, a ver a sus familias.

Adolfo fue llevado a su casa y sus familiares sintieron ese respiro que les retornó el alma al cuerpo. Una de las personas más afectadas fue su madre, quien vivió con tristeza y desespero esos cuatro días: *“Duré los cuatro días sin dormir y sin comer; sentía que mi niño no iba a volver. Para una madre es muy difícil que sus hijos pasen por cualquier situación negativa, pero en esos cuatro días a mí me quitaron la vida; me hicieron sentir la persona más triste del mundo”*, relata llorando la señora Martha.

Cuando Adolfo retornó a su casa, llorando le contaba a su mamá cómo había visto morir a sus compañeros; él recuerda tanto a un amigo que agonizando le decía, *“Morales, no me deje aquí, Morales, Morales”*. Para él, esa escena nunca podrá olvidarla; se encontró contra la espada y la pared: quería socorrer a su compañero herido, pero los guerrilleros lo amenazaron de muerte si se quedaba con él. Ante esa difícil situación, tuvo que dejarlo mientras agonizaba. La madre de Adolfo sentía que su vida iba a volver a ser como antes, pero no fue así. Nunca se imaginaron que él quedaría con un gusto mayor de seguir vistiendo el uniforme de la Institución; tal vez la vocación siempre llama a la persona correcta o la vida te entrega lo mejor que sabes y puedes hacer. *“Adolfo volvió de su servicio, y fue como si eso lo llamara más a ser policía, nadie se imaginó eso. Quisimos que estuviera en otra cosa, no tuviera una profesión así, pero ese gusto de ayudar a las personas y de defender al país nunca se le salió de la mente ni del corazón”*, menciona su hermana mayor. Así es, Adolfo sentía que debía pertenecer a la Policía Nacional; ese suceso que él vivió no le quitó su sueño de portar un uniforme y de ser un héroe.

La canción *“Ojalá”*, del cantante cubano Silvio Rodríguez, hace parte de esas melodías que transportan a Alfonso a ese momento trágico de su vida; le recuerda esa terrible sensación, esa incertidumbre y el dolor de sentir su final. Ese episodio creó un lazo más cercano hacia un ser supremo y le hizo comprender que, con la ayuda de Dios, salió adelante y que ese suceso lo hizo más fuerte.

En junio de 2006, finalmente se graduó como Patrullero de la Policía Nacional; cumplió el sueño que tantas noches lo desveló y logró una

vez más vestir el uniforme de la Institución. Adolfo ha pasado por diferentes sucesos difíciles, pero cree que sobrevivir al hecho ocurrido en el año 2005 le marcó su vida para siempre. Aún desea recibir apoyo psicológico que le ayude a soportar el peso que lleva por más de 10 años cargando solo. Su sueño de pertenecer a la Institución se cumplió, pero siente que también necesita de compañía y más la de su familia. Actualmente se encuentra en Tumaco, Nariño, donde está a más de 23 horas de distancia de los que más ama. Tal vez por cuestiones de amor, de cariño, de espera, eso es lo que le afecta, lo que muchas veces no lo deja dormir tranquilo, saber que está tan lejos y que no tener claro cuándo va a volver.

“Leo es como mi hermano. Me siento muy orgulloso de lo que es ahora, pues a pesar de lo que vivió es una persona muy responsable que trabaja día a día por su hija. Aquí en mi casa tenemos un cuarto para él; cuando tiene descanso se queda acá y lo acogemos porque todos somos muy unidos a él. Tratamos de estar siempre que nos necesita”, declara Fernando, cuñado de Adolfo.

Su madre afirma que Adolfo, después de todo lo que le sucedió, cambió mucho: se volvió una persona muy callada y reservada; algo que ellos esperaron en algún momento, porque pasar por un secuestro te cambia la vida totalmente. Su madre vive atormentada todos los días; teme que algún día la llamen y le digan que a su hijo le volvió a pasar algo, llora y sufre al pensar en eso. Dice que lo más difícil de ser madre de un policía es imaginar en qué momento su



hijo no va a volver. Lo ve como un héroe que lucha por su hija, por sus padres, por su familia y, muy importante, por un país.

“Mi hijo tiene muchas virtudes y cualidades, pero lo que más lo representa es la fuerza interior y la vocación por su trabajo; en mi vida he conocido a pocas personas así de dedicadas. Verlo me hace sentir la mamá más orgullosa del mundo, y claro que me gustaría tenerlo a mi lado”, dice la madre con tristeza en sus ojos.

Leo no solo ha logrado superar el suceso del secuestro. Su profesión ha hecho que su vida esté en constante riesgo; para él esas circunstancias hacen parte de su vocación, pero para su familia son situaciones muy preocupantes que no pueden pasar por alto.

En 2012 fue seleccionado en la Institución para recibir una capacitación y poder graduarse con el título de “Técnico Profesional en Identificación de Automotores”, en Bogotá; algo que lo apasionó y le enseñó muchas cosas que no sabía. Después de 19 meses de estudio, en el año 2013, terminó su formación y volvió a la ciudad de Medellín a desempeñarse en lo ya ha aprendido. Pero su deseo de instruirse no paró; tal vez la experiencia de su secuestro o de tener nuevas capacidades lo atrajeron a estudiar psicología. Cumplió su meta nuevamente y se graduó como psicólogo en 2017, en la Institución Universitaria de Envigado.

Su cuñado, Fernando, recuerda varias anécdotas que Adolfo ha tenido en la Policía Nacional, pero una que siempre le ha llamado la atención es cuando tuvo que perseguir a unos delincuentes que habían hurtado una camioneta. Para él fue como de película, porque hubo disparos, pero Adolfo y el compañero que iba con él lograron capturar a los asaltantes. Fernando siempre ha sentido un orgullo muy grande por Leo.

Lo más difícil para Leo fue su traslado a Nariño; en esa época la mamá de su hija estaba embarazada y él añoró muchísimo ser papá, y, más, de una niña. Fue un golpe duro; sabía que iba a ser muy difícil ver a distancia a su hija crecer, no poder tenerla en sus brazos ni cuidar de ella; es lo que muchas veces lo entristece. Nunca ha estado presente en los cumpleaños de su hija, Julieta, que tan solo tiene tres años. Su aliciente de seguir en la Institución es sin duda su vocación por

brindar ayuda a las personas que más lo necesitan y por defender al inocente del engaño, a los débiles de la opresión y la intimidación.

“Lo que más me gusta de estar en la Policía Nacional es tener la posibilidad de poder ayudar al que busca al policía como amigo, pues eso fue lo que a mí me motivó para pertenecer a esta preciada Institución. Cada día me enamoro de la vocación que tengo; lo que más me gusta es ayudar”, dice Adolfo con una sonrisa en su rostro.





"era un muchacho juicioso, con
buenas intenciones"



Por: María Fernanda Ramírez

El conflicto armado en Colombia ha pasado por varias etapas de recrudescimiento, pero en 1998 inició la que sería la más fuerte del país, por cuanto los actores armados ilegales vieron en el narcotráfico, la minería ilegal, los secuestros, entre otras actividades delictivas, formas de financiación y métodos de presión para el Gobierno de turno. Si bien se respiró cierto aire de optimismo, luego de que el candidato a la Presidencia de la República Andrés Pastrana obtuviera la victoria después de reunirse con el máximo líder de las antiguas Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC, Manuel Marulanda Vélez, más conocido como “Tirofijo”, la realidad en muchas regiones del país era adversa y dramática.

El máximo cabecilla de ese grupo guerrillero condicionó los diálogos de paz, entre muchas otras peticiones, a un intercambio entre policías, militares y civiles secuestrados, por miembros de esa organización que estaban privados de su libertad pagando alguna condena carcelaria. Esa acción fue conocida en el país como “el canje”, un acuerdo humanitario que buscaba destrabar un acuerdo final al conflicto. Este canje le devolvió la esperanza a un grupo de personas cautivas, pero también se la quitó a otro más en el que estaba James Andrés Burbano, un patrullero de la Policía Nacional de Colombia, que fue secuestrado el 14 de octubre de 1998, cuatro años después de haber ingresado a la Institución.

James nació y creció en La Unión, un municipio al norte del departamento de Nariño; con el paso de los años, el municipio ha conservado la esencia del altruismo de la gente y su actividad económica mayormente proviene del campo. Quien conoce el municipio de La Unión puede describirlo como un pueblo cuyo medio de transporte predilecto sigue siendo la motocicleta, y, lejos de alguna preocupación por un comparendo, quienes tienen este vehículo deciden andar en ella con o sin casco. De casas de una planta y una que otra de dos, es un pueblo vecino de la cordillera de los Andes, con un clima templado y cálido, cuyas calles son en subida, y las puertas abiertas de cada hogar dan la bienvenida a quien quiera conocer a sus habitantes.

James Andrés es el hijo menor de cuatro hermanos de una familia humilde y *“el único que quiso salir de aquí (La Unión) para ayudar a nuestros papás”*; así lo asevera su hermana Rosa Elena Burbano, pues desde pequeño siempre supo que quedarse en su pueblo natal no era una opción para él. En 1994 la principal fuente de economía del municipio era el café; en ese año, James cursaba su último grado de colegio. James trabajaba de día en el campo, como su padre, en los cultivos de café, y, en la jornada nocturna, estudiaba en el colegio Juanambú. Sobresalía como un estudiante íntegro; iba tramitando lo necesario para ser parte de alguna fuerza armada en Colombia, *“la que primero me saliera; si me aceptaban en el Ejército primero, me iba para allá, o, si me aceptaban primero en la Policía, no tenía problemas”*, cuenta James.

Tras convencer a su vecino y amigo de infancia, Heriberto Burbano, de incorporarse a la Policía Nacional, rememora Heriberto: *“Duramos*



aproximadamente dos meses en ese proceso. Allí teníamos que presentarnos en Pasto, para los exámenes pertinentes, que terminamos haciendo en diferentes fechas". James estaba más cerca de cumplir con la predicción que unos policías de La Unión le hacían a diario a su mamá, doña Saturia, cada vez que ella iba a recoger o a entregar la ropa de ellos, pues era la encargada de lavarla. "Su hijo va a terminar aquí", decían, "porque todos los policías son de familia humilde y las mamás han trabajado aquí", recuerda doña Saturia; palabras que la llenaba de emoción pues al final sí quería que él entrara a la Institución, porque "era un muchacho juicioso, con buenas intenciones", añade Rosa asintiendo con la cabeza.

Quince días después de graduarse, el 8 de julio de 1994, James estaba llevando a cabo el proceso de incorporación igualmente en el Ejército Nacional, en el Batallón de Infantería número 9 *“Batalla de Boyacá”*, en Pasto, de modo que fue notificado por esa Institución para terminar su proceso en Bogotá. Listo en el asiento de un bus y luego de esperar todo el día, a las ocho de la noche, el vehículo inició su camino rumbo a la capital. Sin embargo, no había pasado ni cinco minutos, cuando el destino de James cambiaría para siempre. Un Suboficial de la Policía paró el vehículo en la salida de la guardia, y dirigiéndose a quienes estaban haciendo los trámites para entrar a la Policía Nacional, advirtió a los pasajeros que se debían quedar, ya que era obligatorio que el proceso de incorporación en esa Institución terminara; dicha advertencia lo alentó a bajarse del transporte y continuar con el proceso que adelantaba con la Policía Nacional.

Pasados los días, le notificaron a James Andrés que era apto para entrar a la Policía Nacional, y el primero de septiembre de 1994 se presentó en la Escuela de Policía “Simón Bolívar”, ESBOL, en Tuluá. Después de un año preparándose logró obtener el título de Patrullero. Inmediatamente fue destinado por la Institución para prestar su servicio en el Departamento de Policía de Cundinamarca, DECUN. Allí, James fue seleccionado entre 25 patrulleros para hacer parte de un grupo élite de la Policía Nacional, que fue creado como una estrategia para frenar a la insurgencia en ese departamento. El conflicto armado colombiano estaba muy álgido, los grupos armados ilegales habían planeado dos años atrás propiciar las condiciones políticas y militares para rodear, bloquear y obtener dominio de las principales ciudades de Colombia Bogotá, Medellín y Cali, luego de la VIII Conferencia de las FARC⁷ realizada en el año 1993 en el departamento del Guaviare.

Hasta 1994 los atentados por parte de la guerrilla se ejecutaron con armas de corto alcance y no contaron con estrategias militares de daño masivo, pero un año más adelante, en 1995, comenzaron todo

7 Estrategia de guerra puesta en marcha entre el 11 y el 18 abril de 1993. “La implementación de la lucha por todos los medios 1993-2001”. Para analizar el cambio en el discurso de las Farc en este punto, se deben tomar en cuenta prácticas como el narcotráfico y el secuestro, utilizadas por esta guerrilla, y con las cuales se distanciaron de las masas, que habían sido desde el punto de vista ideológico la base de su causa, debido a la percepción distante de la lucha por el pueblo visualizada contra el pueblo (Jaramillo, E., Mora, L., y Cubides, F., 1989).

tipo de vejámenes en contra de la humanidad. Según informes de prensa, *“un balón de fútbol tirado en una cancha o un carrito de perros calientes estacionado en una esquina dejaron de ser objetos cotidianos y se convirtieron en armas trampa”*, que sin lugar a duda pretendía asesinar o causar graves daños a niños, niñas y a toda la población en general.

De acuerdo con el Derecho Internacional Humanitario (DIH), un arma trampa es *“todo artefacto o material concebido para matar o herir y que funcione inesperadamente, cuando una persona toque un objeto en apariencia inofensivo o se aproxime a él, o realice un acto que, aparentemente no entrañe riesgo alguno”*. Por esa razón, las pipetas de gas se convirtieron en cilindros bomba, las personas asesinadas en cadáveres bomba, los animales y objetos no se escaparon de la estrategia “bomba”. Ese mismo año, James entró a hacer parte del grupo Cóndor Ocho.

La apreciación de situación documento que recopila información de la situación de orden público y factores que inciden en el mismo, realizada por miembros de la Dirección de Investigación Criminal e INTERPOL de la Policía Nacional, DIJÍN, y la Dirección de Inteligencia Policial de la Policía Nacional, DIPOL, no era alentadora: “La apreciación de la situación que nos dieron fue que las FARC tenían rodeada a Bogotá por los límites terrestres; con decirle que la Policía en el departamento de Cundinamarca para esa época soló contaba con 13 Distritos de Policía, y las guerrillas tenían entre 20 y 23 frentes”, explica Burbano.

Un mes antes de comenzar su nuevo trabajo, Andrés fue enviado a entrenamiento junto con sus compañeros a la CENOP, ubicada en el municipio de El Espinal, Tolima. Ahí, gracias a la formación y la capacitación para afrontar situaciones extremas, pudo aprender nuevos conocimientos que agradecería de por vida. *“Todo lo que estudié sirvió claramente para todo el desenlace que tuvo después mi vida”*, la misma que caminó a lo largo de dos años por las superficies montañosas o altas del relieve cundinamarqués. De allí lo trasladaron para el distrito regional de Cáqueza, en municipios como Fosca, Chipaque, Choachí y Gutiérrez, que en la historia se han caracterizado por ser unos de los municipios más afectados por el conflicto, pues su geografía permitía la creación de un corredor

estratégico para el libre tránsito de tropas guerrilleras entre los departamentos de Meta, Cundinamarca, Tolima y Huila. Todavía se recuerdan los ataques en 1992 o los tres ataques en contra de la población a través de su servicio de policía, efectuadas el 7 de noviembre de 1991, el 8 de julio de 1996 y el 8 de marzo de 1997.

Cuando sucedió este último atentado al municipio de Gutiérrez, James había salido diez horas antes de vacaciones, y, rumbo a su pueblo natal, se enteró de lo sucedido. *“Yo venía por las carreteras del Cauca, y me parecía como un sueño, cuando entre despierto y dormido, escuché que la guerrilla estaba atacando el municipio de Gutiérrez, Cundinamarca; que había un muerto, otros heridos y también nombraban a unos compañeros que se encontraban muy delicados de salud por las lesiones recibidas. Eran las cinco de la mañana; yo seguía muy angustiado en el bus, y de repente los noticieros empezaron a confirmar la devastadora noticia, no era un sueño”, recuerda Burbano. Ese ataque fue titulado por el diario El Tiempo en una de sus páginas de esta manera, “Las FARC atacan nuevamente a Cundinamarca”.*

Esa no sería la única vez en la que le hizo el quite a la muerte. Gracias a que una noche se quedara dormido más tiempo de lo habitual, James Andrés no se encontró de frente a un par de guerrilleros que lo estaban buscando. Ese día, por cosas del destino, se levantó mucho más tarde de lo habitual; se vistió con una sudadera y se dirigió a la casa de Ruby, una mujer que les vendía los alimentos a algunos policías que trabajaban en la Estación. Al llegar a la vivienda de la señora, ella lo estaba esperando con una cara que le advertía que algo andaba mal y, sin darle tiempo de hablar o preguntar, lo despidió con voz temblorosa diciéndole: “Váyase para la Estación; yo ahorita le llevo el almuerzo o se lo mando con alguien. Pero váyase, Jamesito, váyase por lo que más quiera”, recuerda Burbano. Sin entender lo que estaba pasando, él terminó regresando por donde había venido. Después se enteraría de que un par de guerrilleros, vestidos con ruana y armados de fusiles, lo estuvieron esperando en la casa de Ruby.

Desde esta escena, James cambió su rutina; ya no iba a tomar los alimentos solo y tampoco frecuentaba la casa de doña Ruby. No obstante, él seguía en el radar de los guerrilleros. Otro día, cuando

terminaba la misa de la noche de domingo, salió en compañía del Comandante de la Estación de Policía, y, al pasar por la puerta de la iglesia, un grupo de feligreses los empezó a rodear. Posteriormente sabría que esas personas arriesgaron sus vidas para evitar que los policías fueran asesinados, luego de un comentario que nunca olvidará, *“Se salvaron de la matada, agradezcan a toda esa gente se les metió en medio y los protegió”*.

Después de haber sorteado todos estos incidentes, Burbano solicitó el traslado a su departamento, que se destacó por muchos años por ser un *“remanso de paz”* hasta 1998, pero lastimosamente y por cuestiones de las dinámicas de la violencia causada por los grupos armados ilegales, las cosas cambiaron en ese territorio y terminaría como uno de los departamentos más golpeados por el conflicto armado, según un análisis de la conflictividad elaborado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Ese mismo año, en la fecha en la que se conmemora en Colombia el “Día de la Independencia”, el traslado de James fue aprobado; en consecuencia, él fue a la capital nariñense.

Ya en su tierra natal, recuerda que le ordenaron apoyar las fiestas que se desarrollaban en el municipio de San Bernardo, Nariño. Al finalizar ese servicio, fue designado a laborar al nororiente del departamento de Nariño a 90 kilómetros de Pasto, en un municipio pequeño de nombre Belén; allí se había presentado una extorsión a la dueña de una popular tienda de abarrotes. Por tal motivo, la Policía hizo un operativo que, entre fuego cruzado, dejó muerto a un comandante guerrillero. Sin tener conocimiento de esos hechos, James Andrés se presentó, lo recibió un Intendente que estaba a cargo, le dio las consignas generales y en seguida lo puso al servicio.

Se llegó el 14 de octubre de 1998, el Gobierno colombiano expidió la Resolución número 85, *“por la cual se declara la iniciación de un Proceso de Paz, se reconoce el carácter político de una organización armada y se señala una zona de distensión”*, y como una premonición para ese día el norte del departamento de Nariño se había quedado sin servicio de luz toda la tarde. En la Estación de Policía, *“transcurrían normalmente los turnos de patrullaje, el servicio de convivencia y seguridad ciudadana, nada fuera de lo común”*, recuerda Carlos Gómez, compañero de Burbano y



para entonces Agente de la Policía de ese lugar. Esa noche James iba de regreso a su trabajo después de haber cenado junto a otro compañero, cuando se percató de la presencia de una fogata en una de las esquinas del parque, suceso que no era extraño pues a falta de luz la comunidad realizaba este tipo de acciones.

Las manecillas del reloj marcaron las siete de la noche. Burbano iba entrando al comando, cuando percibió los pasos de personas como si corrieran por sus vidas. La primera explosión fue en la Estación de Policía. Los medios de comunicación anunciaron del ataque simultáneo de la guerrilla a cinco poblaciones del norte de Nariño (Belén, Génova, La Cruz, San Bernardo y San José de Albán). Empezó el fuego cruzado, el sonido de la lluvia orquestaba con el ruido de la ráfaga de balas que iban y venían; la casa de adobe, en donde estaba la Estación, se iba derrumbando producto del impacto de las granadas, *rockets* y disparos. La guerrilla pedía a gritos e insultos las cabezas de los policías; querían asesinarlos a todos, pero los uniformados contestaban sus reclamos con ráfaga de fusil.

El tiempo esa noche se hizo eterno; la Estación de Policía fue destruida totalmente, y James, ante un intento desesperado por salvar su vida, se metió debajo de un vehículo tipo campero que se encontraba cerca

de los escombros. Miró aterrorizado cómo la muerte se personificó en botas de caucho que se fueron acercando sigilosamente a las ruinas de la Estación; ante la inminente amenaza contra su vida, decidió arrastrarse hasta debajo de otro carro cercano. Aún susurra en sus oídos la voz de la persona que dio la orden de quemar todo, de rociar gasolina y quemar todo lo que quedaba en ese lugar. Ante esa fatal advertencia, fue obligado a buscar un nuevo escondite que le permitiera salvarse de una posible incineración. *“Yo me salí del carro y me metí debajo de los escombros de una caseta, me eché las latas encima”*; describe James Andrés.

Pensó por un momento que pronto terminaría todo; las luces de las linternas se encendieron cuando un guerrillero gritó: *“Muchachos, vengan que aquí hay comida y aguardiente”*, señalando los trozos de lata de una caseta que había sido destruida. Cada vez que removían los escombros iban destapando paulatinamente a Burbano, que optó por quedarse inmóvil para dar la impresión de que estaba muerto, hasta que una mujer de contextura gruesa dijo con voz amenazante: *“Rematen a ese patiamarrado”*. En ese momento, se jugó su última carta, decidió moverse, y suplicar por su vida: “venga, venga, yo estoy herido y estoy desarmando”, recuerda James, mientras se desangraba poco a poco por las lesiones que le producían siete esquirlas de explosivos en todo su cuerpo. En medio de la confusión, un subversivo dijo: *“¿Para qué van a matar a este huevón, si ya está desarmado y está herido? Llénenlo para donde el patrón a ver qué dice”*; aquellas palabras lograron evitar que su vida terminara en medio de los disparos. La guerrilla lo esposó y lo llevó a un bus que estaba a la espera de ellos.

Según informes de prensa, en Belén y San Bernardo fueron saqueadas las sucursales de la Caja Agraria y se supo de las afectaciones a viviendas, vehículos y casas; todo ello se traduce en pérdidas millonarias. El enfrentamiento en Belén duró aproximadamente nueve horas, hasta las cuatro de la mañana. *“Después de la retirada, los habitantes del pueblo de Belén nos informaron que se habían llevado al patrullero James Burbano a un sector conocido como Plazuelas”*, comenta Carlos Gómez, y añade que se pusieron algunos avisos de desaparecido.

Rápidamente la noticia retumbó en los oídos de doña Saturia que, sin pensarlo dos veces, le dijo a un yerno: *“Vamos para Belén”*. Al llegar, la imagen era aterradora; el pueblo se encontraba destruido. Entre tanto, James iba rumbo a Tajumbina, un corregimiento del municipio de La Cruz que queda a una hora de Belén; en ese punto, los guerrilleros se reagruparon y emprendieron un desplazamiento, a pie, hacia el volcán de Doña Juana. En este cerro se encontró con dos policías más, Francisco Chimachaná y Luis Eduardo Morán, que también habían sido secuestrados durante un otro ataque guerrillero, pero en San Bernardo.

El 16 de octubre de 1998, dos días después del secuestro, el diario *El Tiempo* tituló *“Guerrilla atacó cinco poblaciones de Nariño”*, mientras que James, bajo el mando de alias “Mauricio Caballo”, escuchó que alguien le hablaba: *“¿Entonces ¿qué, polochó?, ¿se salvó de que lo mataran?!”*, fueron las palabras que le decía a Burbano el mismo guerrillero que la noche anterior evitó que lo asesinaran. Al día siguiente, nuevamente fueron obligados a caminar sin descanso por senderos desconocidos. Arribaron a un punto lejano de aquel territorio, y él se percató que unas chivas (buses escaleras) y un camión los estaban esperando. De allí viajaron aproximadamente nueve horas, hasta su nuevo destino, “Santa Rosa”, que hacía parte de los ocho municipios del Cauca que no contaban con presencia de la Fuerza Pública; se asentaron una noche y al otro día ya estaban en la montaña.

El mes de noviembre del año de 1998, Colombia transitó por varios hechos impactantes que marcaron la historia del país. En la madrugada del domingo 1ro de noviembre, la antigua guerrilla de las FARC atacó violentamente el municipio de Mitú (Vaupés); ese día, cerca de 1.500 guerrilleros del Bloque Oriental se tomaron durante 72 horas este municipio, en la llamada Operación Marquetalia que

8 Fuente: El Tiempo. Tres personas muertas entre ellas dos agentes, dos policías heridos y tres más desaparecidos fue el saldo de un ataque simultáneo de la guerrilla a cinco poblaciones del norte de Nariño, en límites con el departamento del Cauca. Las incursiones subversivas se registraron en las localidades de San Bernardo, Belén, La Cruz, San José de Albán y Génova. En las acciones participaron miembros de la columna Che Guevara del segundo frente de las Farc.

El Espectador, JUEVES, 13 DE JULIO DE 1997

La odisea del patrullero de la Policía James Burbano

“A diario pensaba en escapar”

Permaneció nueve meses en poder de las Farc y se fugó hace dos semanas

Bogotá

“Yo tenía esa idea fija en la cabeza: tenía que volarme a la guerrilla fuera como fuera. Siempre, desde el 14 de octubre del año pasado, cuando me cogieron en la toma al municipio de Belén (Cauca), había planeado cómo era que me iba a escapar, pero durante el cautiverio me vivían vigilado muy bien, a mí y a los otros dos policías que estaban secuestrados por las Farc.”

El día del ataque yo sólo escuché un estallido y salí volando por los aires. Cuando caí estaba aturdido, pero en seguida me mandé la mano a la pistola. Sólo tenía seis balas. Había empezado la toma y yo hasta ahora llegaba a cumplir el turno, eran las 7 de la noche.

Conmigo estaba Gallego, otro patrullero. Nos metimos debajo de un carro que estaba aparcado al frente de la plaza y escuchábamos disparos por todos los lados. Gallego estaba herido y yo tenía la cara ensangrentada, porque las escopetas de la explosión me abrieron la cabeza. Empezamos a disparar cuidando que no se nos acabara la munición.

Cuando terminó la toma, como a media noche, salí corriendo a esconderme en las ruinas de una casa que estaba al frente. Gallego sí se quedó ahí.

Me metí debajo de los escombros y empecé a rezar. Luego llegaron varios guerrilleros a la casa buscando comida. Uno de ellos me vio una bota y dijo: ‘Aquí hay uno muerto’. Yo me moví y entonces él dijo: ‘Este p. todavía está vivo’. Otro guerrillo se acercó y dijo: ‘Remátelo, pero yo me paré y le dije que estaba desarmado.’

Me llevaron donde el comandante y me pusieron un fusil en la nuca, pero no me mataron. Me esposaron y me llevaron loma arriba, hacia el páramo. Caminamos como cinco horas y allí me reunieron con Morán y Chimichamá, otros dos policías que habían secuestrado esa misma noche en San Bernardo.

Esa noche no dormí. Nos hicieron un tendido en el piso con ramas y plásticos. Al otro día nos levantaron temprano y nos hicieron caminar hasta una carretera porque había llegado a Belén hacia poco.

Llegamos a un campamento que tenía planta eléctrica, televisión y equipo de sonido. Nos dieron cobijas, botas pantaneras, ropa y un cepillo de dientes. Ahí nos tuvieron dos meses. Me acordaba todos los días de mis viejos y de mi



James Burbano fue secuestrado hace nueve meses en una toma guerrillera de las Farc en Belén (Cauca).



El patrullero James Burbano

“Un héroe”

En menos de dos semanas, el patrullero James Burbano pasó de ser un secuestrado de la guerrilla para convertirse en un héroe reconocido plenamente en la Policía nacional.

A sus 25 años, de los cuales ha dedicado cinco a la Policía, Burbano se convirtió en uno de los símbolos de esa institución, pues como asegurar sus compañeros, si fue capaz de ser valiente para huir de la subversión, “será un luchador incansable por el país”.

novia, y seguía pensando en escapar. Morán y Chimichamá también pensaban en eso, y empezamos a planear la fuga.

En diciembre nos llevaron más abajo. Todo eso era la bota caucana, en límites con el Putumayo. Los días pasaban y nosotros nos aburríamos mucho porque no hacíamos nada. Un guerrillero nos había dicho que no nos iban a matar sino que nos iban a soltar cuando saliera la ley de canje.

El 31 de diciembre unos guerrilleros se emborracharon, otros pusieron música y nosotros nos pusimos a escuchar los mensajes que mandaban para los secuestrados, pero nunca escuché ninguno para mí.

Los días siguieron comunes y corrientes. Los guerrilleros se levantaban a las 4:30 de la mañana y se ponían a hacer gimnasia. Nosotros nos levantábamos a las seis, y a las ocho de la noche ya no podía haber nadie levantado. A veces les enseñábamos a leer, a escribir y algunas palabras en inglés. Es que ellos eran campesinos y había muchos palabras de 13, 14 años, que no conocían nada aparte de la guerrilla.

El 6 de enero nos acordamos de las fiestas de Pasto y armamos una rechaca y nos echamos talco en la cabeza. Ése fue nuestro pequeño carnaval de blancos y negros.

La comida era común y corriente: frijoles, arroz, carne. Una vez nos dieron mico frito, pero yo no comí, pensaba que me iba a caer en el baño. La segunda vez, sí lo probé y me gustó.

Una noche, el 26 de junio, un guerrillero desertó, pero sólo se dieron cuenta al otro día. Ellos pensaron que los iba a *sapitar* con

el Ejército y salimos corriendo del campamento. Cuando vieron que la cosa estaba calmada nos dejaron a nosotros con dos guerrilleros y dos guerrilleras. Ellos se pusieron a armar una hornilla para cocinar y dejaron los fusiles a un lado. Ahí fue el *papanazo*. Cogimos las armas y los encañamos. Tres se volaron pero pudimos coger a uno.

Le dimos: ‘Fresco que no lo vamos a matar, sólo queremos que nos saque de aquí’. Él dijo claro, yo le ayudé, pero el *hijumadre* nos puso a caminar en círculos y llegamos casi a la misma parte desde donde nos habíamos volado. Ahí nos volvimos a encontrar con los guerrilleros y nos dimos bala, pero como eran muchos nos

perdimos por miedo.

Cuando empecé a caminar me caí en un barranco y empecé a subir una loma. Caminé seis días sin comer nada, sólo pasto, cogollos y hasta guisano. A los 11 días llegué a una casa y ahí me dieron comida y me dieron por donde llegar a la carretera que iba pa’ Mocoa. Cuando llegué a la carretera escuché el fusil que llevaba terciado a la espalda junto con la munición. Le hice el pare a un carro y me llevo hasta la plaza principal de Mocoa, donde busqué el comando de Policía. Sentí que había vuelto a la vida.”

“Soy el patrullero James Burbano de la estación de Belén y me le escape a la guerrilla”, les dije, pero al principio creyeron que era subversivo. Luego sí, dieron cuenta que era verdad, el comandante se me acercó, me abrazó y me dijo: “Bienvenido compañero.”

dejó a 61 secuestrados y 56 muertos, según un informe del Centro Nacional de Memoria Histórica.

El 7 del mismo mes, comenzó el despeje formal por parte de la Fuerza Pública de la llamada Zona de Distensión; tenía como principal escenario una zona de despeje comprendida por los municipios de Mesetas, La Uribe, La Macarena, Villahermosa y San Vicente del Caguán, con una dimensión de 47.000 kilómetros cuadrados. Por esos días, un compañero que también estaba privado de su libertad le advirtió a James Andrés que tuviera cuidado con los fusiles que sus captores “descuidaban” sin aparente protección, porque los estaban dejando como carnada, a la espera de que un secuestrado intentara cogerlos, para poder tener la excusa perfecta de asesinar.

El tiempo pasó lentamente ante sus ojos. En enero, las calles de Pasto, se adornaron para dar paso a los desfiles de “*las murgas*”, un grupo formado de 8 a 22 personas disfrazadas, que interpretan melodías nariñenses en el carnaval de Negros y Blancos. Al tiempo que Burbano, Chimachaná y Morán, a motivo de nostalgia, decidieron coger los talcos de los pies y hacer un acto simbólico de celebración, que permitiera sacar su mente de ese momento trágico, aun así, los guerrilleros los acechaban con sus miradas. Todas estas anécdotas, James Andrés las anotaba en un cuaderno que sus mismos verdugos le facilitaron, con órdenes estrictas de no arrancar ni una sola hoja. Escribir para James se volvió parte de su rutina.

La esperanza de vivir, de estar libre y con su familia, se convirtió en una estrategia de generar confianza en sus secuestradores, que poco a poco fue dando frutos; recolectó información valiosa para su escape. Consiguió un mapa de Colombia que extrajo de una revista *Semana*; también, con la excusa de cortar algo, le pidió prestada a una guerrillera una pequeña navaja que tenía en uno de sus extremos una brújula. Con ambas herramientas, empezó a construir su plan de fuga. Mientras tanto, su madre, desesperada, iba a cada pueblo en el que sabía que estaba la guerrilla, con la intención de poder interceder y conocer del paradero de su hijo. Pero, por las dificultades del transporte en ese territorio, siempre llegaba tarde. *“Fui a San Bernardo, fui al Milagro, fui a San José, pero no los pude encontrar; yo preguntaba y me decían: ayer estuvieron, hoy ya se fueron”*, recuerda doña Sauria.

Un televisor llegó al campamento. Burbano se ofreció de ponerlo a funcionar, y pudo dejarlo en dirección que le facilitará ver y escuchar el noticiero desde su celda. Por aquel tiempo, todos los medios de comunicación cubrían la noticia de lo que ocurría en la llamada “zona de distensión”. A diario, se hablaba paradójicamente de las listas de policías que estaban secuestrados y eran “canjeables” por guerrilleros que se encontraban pagando una pena por un delito en un centro carcelario. Pero James nunca vio su nombre y la esperanza comenzaba a fracturarse.

Ya era mayo del año de 1999, y a pesar de las expectativas y esperanzas puestas en este Proceso de Paz, el contexto en el que se desarrollaron las conversaciones en San Vicente del Caguán siempre fue muy complejo y tenso. El 6 de ese mes, el Gobierno del Expresidente Andrés Pastrana y el secretariado de las FARC firmaron la “*Agenda común por el cambio hacia una nueva Colombia*”, y lastimosamente un mes después, la guerrilla congeló el diálogo por estar en desacuerdo con la creación de una “*comisión de verificación*”. Del 19 al 23 de junio, se llevó a cabo la “batalla del Nudo de Paramillo”, donde según fuentes oficiales el Ejército Nacional lideró la recuperación de una extensa zona selvática: el Nudo de Paramillo (ubicado al sur del departamento de Córdoba), donde las FARC y las autodenominadas Autodefensas Unidas de Colombia se refugiaban. James Andrés recuerda que el 26 de junio, los hicieron levantar de prisa y empacar sus pocas pertenencias; la orden era moverse de lugar inmediatamente y la razón fue la fuga de dos guerrilleros.

Luego de caminar por el espeso bosque, el guerrillero que daba las órdenes, mandó a una de sus compañeras devolverse con otros subversivos al campamento que habían dejado, para recoger las pertenencias abandonadas en ese lugar. Gracias a ese movimiento repentino, solo cuatro guerrilleros se encargarían de vigilar a los secuestrados. Se establecieron en lo alto de una montaña, y tres de sus captores empezaron a construir una cocina improvisada en la mitad de la selva. James Andrés recuerda que alias “Mauricio Caballo” les dijo: *“Esta noche nos toca pasarla aquí. Mientras nosotros hacemos la comida; voy a confiar en ustedes y les voy a entregar un machete para que limpien allá y hagan el cambuche para que duerman”*. Los guerrilleros procedieron a quitarse los chalecos con las municiones, los pusieron junto a los fusiles y se fueron a seguir en sus labores. Los policías empezaron a limpiar la zona para hacer el cambuche, mientras “Sandra” los vigilaba.

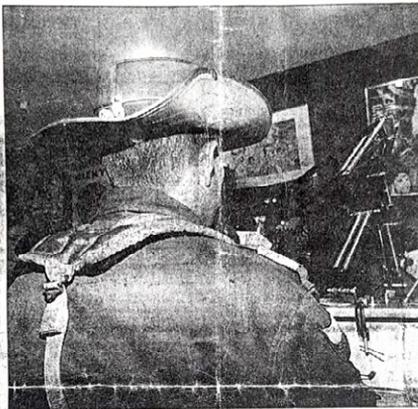
James Burbano permaneció ocho meses en poder de las Farc

“Sabía que tenía que volarme”

Bogotá
 “Ese día habían dado la orden de que nos movieran hasta la zona de distensión, porque un guerrillero se había escapado y ellos les daba miedo que los *sapeara*. Nos pararon bien temprano, alistamos las cositas y caminamos hartito hasta que llegamos a un sitio donde hicieron un cambuche para pasar la noche. Luego nos dejaron solamente con dos guerrilleras y dos guerrilleros. Ellos pusieron los fusiles en el piso y empezaron a montar una hornilla pa' cocinar algo. Vi eso de papayita, me eché la bendición y con otros dos compañeros cogimos las armas y los encañonamos”.

Así narró ayer James Burbano Madroñero el momento en que logró escaparse de los guerrilleros de las Farc que desde hacía ocho meses lo tenían secuestrado y que, según cuenta, siempre fueron claros en asegurar que sólo liberarían a los policías y soldados retenidos con la ley de canje.

“Es que en ese momento no tenía otra opción: me volaba o me volaba, porque de la zona de despeje no sale es nadie. Yo ya estaba desesperado y no aguantaba más pensarlo todos los días en que de pronto no iba a volver a ver a mis viejitos, porque es que ellos ya son bien mayores y les puede pasar al-



El policía James Burbano fue secuestrado por las Farc en la estación de Belén (Nariño). Dice que al fugarse los llevaban hacia el despeje.

go. Uno no sabe si lo van a matar”, comentó el patrullero Burbano, mientras no dejaba de agradecerle a Dios por su libertad.

“Tres de los cuatro guerrilleros se escaparon, pero pudimos coger a uno de ellos para que nos sacara de allí. Pero ese hiju madre lo que

hizo fue ponernos a caminar en círculos y nos encontramos con los otros guerrilleros. Ahí nos dispararon y nosotros también”, continuó el patrullero.

“A lo último salimos corriendo por esa selva y me caí en un barranco, en una cañada. Entonces empecé a subir por una loma y no volvía vera a mis compañeros. Duré seis días sin comer nada, sólo pepas, cogollos y gusanos”, narró Burbano.

“Como a los 11 días encontré una casa y ahí me dieron algo de comer y me dijeron dónde estaba la carretera para Mocoa. Le dije a un tipo de un carro que me llevara al punto de Policía y llegué a la libertad”.

Secuestrados en Puerto Rico

Ayer se confirmó de manera oficial la información que decía que 27 de los 40 policías que se encontraban en la población de Puerto Rico, durante la incursión armada de un grupo de las Farc, fueron secuestrados por ese grupo insurgente luego de terminada la toma.

El Espectador presenta a continuación la lista de uniformados que fueron secuestrados durante esa incursión, ocurrida el domingo pasado.

Cabo José Libardo Forero; subintendentes Carlos José Duarte, Wilson Medina Rojas, Jorge Trujillo Sualte, Jorge Romero; carabiniere Andrés Agudelo Castro; patrulleros Luis Gerardo Agudelo, Juan Carlos Alipio, Wilson Harvey Angel, Jairo Cárdenas López, Julián Andrés Cubillos, Luis Alfonso Díaz, Pedro Eberto González y Óscar Ladino.

Carabineros Edgar Murcia Canencio, Julio Emigdio Rico Moreno, Heiber Alfonso Ruiz, Frank Giovanny Trejos Mariño; agentes Salvador Amaya Roso, Jesús Trinidad Amaya Vela, Haminson Arana Alaba, Freddy Bastidas Silva, John Oswaldo Correa, Alvar Cruz Cardona, Orlando Ladino Agudelo, José Arnulfo Ramírez, Luis Alfonso Rodríguez y Edilbrando Tamayo Medina.

Minutos después, y ante el descuido de todos los guerrilleros, los tres policías cautivos se vieron de frente a los chalecos, las municiones y el armamento. *“Mire, yo le soy sincero, yo era de las personas que más tenía la visión de escapar, y siempre la mantuve viva, pero en ese momentico a mí me dio miedo”*, cuenta James Andrés. Aun así, unos segundos más tarde, se echó la bendición y dijo: *“A la buena de Dios”*. Con sus corazones latiendo al máximo, los secuestrados se acercaron lentamente al armamento que reposaba descuidado sobre la corteza de un árbol; lo tomaron sin titubear y, pronto tenían en sus manos, el pase de salida. El único pensamiento que estaba presente era la libertad. Respetaron la vida de sus captores y se escaparon de las garras del secuestro.

Dos días de mucho caminar sin parar y de comer solo cogollos y hojas de matas y árboles. Llegaron a un potrero extenso, en el que estaba un grupo guerrillero. Hubo entonces fuego cruzado, James Andrés se deslizó por una ladera para salvar su vida, y desde ese momento, se separó de sus compañeros y no supo más de ellos. A los once días de caminar por ríos y quebradas para no dejar huella, la fatiga, el hambre y la frustración entraron a ser parte de sus pensamientos constantes; también pensó en terminar de un sólo disparo con su largo sufrimiento. Pero el destino de James Andrés esta vez jugó a su favor, llegó a una vieja casa, pidió desesperadamente ayuda, y la encontró. Una familia humilde le abrió las puertas de su morada, aun sabiendo las consecuencias que eso podía causarles. Le brindaron comida, le curaron las heridas y le indicaron por dónde encontrar la carretera, previniéndolo de que la guerrilla frecuentaba esa zona. Luego de cinco días y de enterrar bajo tierra el fusil que le otorgó la libertad, logró subirse en un automóvil que le hizo la parada.

El temor por ser nuevamente privado de su libertad o ser asesinado por su conducta hizo que el tiempo se le detuviera; los minutos se hicieron horas. En la vía que conduce a Mocoa, observó un “puesto de control” de la Policía Nacional. Su corazón se quería salir de su pecho; los sentimientos encontrados estallaron. Bajó del vehículo, se identificó y con lágrimas en sus ojos relato a sus compañeros su historia. Allí lo protegieron inmediatamente y le informaron que a uno de los policías que estaba con él en cautiverio volvieron a secuestrarlo.

Evoca que lo llevaron escoltado a la Estación de Policía y lo subieron al último piso, donde estaban los dormitorios para que pudiera descansar. En La Unión, doña Saturia continuaba con la búsqueda de su hijo; en ocho días viajaba a San Vicente del Caguán, en compañía de otras madres de secuestrados, cuando los rumores de la libertad de James Andrés empezaron a rondar las calles del municipio. James Andrés se reunió con el Comandante del Departamento de Policía de Mocoa, y, una vez más, contó su historia. Recuerda que vio una cara familiar, un conocido de la Institución fue a saludarlo, y, en ese justo momento, sintió que por fin estaba en absoluta libertad.

Luego de los exámenes médicos, James Andrés narra que el 14 de julio fue enviado a Bogotá; los medios de comunicación, aglomerados, lo esperaban con muchas preguntas en la Dirección General de la Policía. Su madre, que para entonces ya había hablado un par de veces con su hijo por teléfono, y un sobrino estaban en primera fila; fue un momento mágico poder estar juntos nuevamente. La Institución exaltó y estimuló su valor y heroísmo; le otorgó el Distintivo Especial “Medalla al Valor”. Así mismo, empezó tratamiento psiquiátrico. Duró dos años trabajando en una oficina de la Policía en Bogotá; posteriormente fue trasladado al municipio de El Encano, Nariño, donde presenció nuevamente una emboscada, y, luego de otros once meses en Sotomayor, Nariño, se salvó una vez más de haber sido asesinado.

Lejos de querer retirarse de su trabajo, siguió al servicio de los ciudadanos; construyó una familia y escaló hasta convertirse en Intendente Jefe de la Policía Nacional; siempre sigue los valores de responsabilidad, entrega por su patria, compromiso y humildad, como lo describe su esposa, Yuseli.

Hoy en día, años después de obtener su asignación de retiro de la Policía Nacional, su cotidianidad consiste en cuidar a sus dos hijos y encargarse de los arreglos de la casa, mientras su esposa trabaja. Nunca perdió el amor por su profesión o por el uniforme que por muchos años portó con gallardía; siente que fue un motivo de esperanza. Aun cuando en un principio entró a la Policía porque fue la única Institución que le abrió las puertas, paso a paso fue dándose cuenta de que estaba hecho para esa noble misión. Sus anécdotas demuestran que su destino estaba escrito para servir al país.





Ser policía se convirtió para él en un sueño cumplido, que duró 39 años, cargados de empatía hacia la comunidad, un legado invaluable para sus hijos y nietos que se sienten orgullosos de él.



Un amor INQUEBRANTABLE



Por: Lina María Herman

La brisa acariciaba el rostro de Alba Lucía Barrera. Ella iba una vez más a reunirse con su compañero de aventuras, en Campo Dos, ubicado en la jurisdicción del municipio de Tibú, Norte de Santander.

Ese día se dirigía a recoger las pertenencias de su esposo, que ya había recibido una orden de traslado a la Estación de Policía de Chinácota, ubicada en el mismo departamento.

La ilusión que tenía Alba, de ver a su esposo, luego de tanto tiempo, le hizo olvidar el movimiento brusco del carro, a consecuencia de las vías de difícil acceso. La carretera que conducía de Cúcuta a Campo Dos estaba más solitaria de lo habitual; al llegar al corregimiento no observó un alma por las calles y notó que las tiendas estaban cerradas. Le restó atención a eso y lo olvidó cuando a lo lejos vio la figura del Sargento Viceprimero Raúl Montaña Carvajalino, su esposo.

En la entrada de la Estación, la esperaba el Sargento con algunas de sus pertenencias; él no la dejó mediar palabra y encajó lo que pudo en la parte trasera del taxi de su hermano Rafael Montaña Carvajalino. Rafael se bajó tan rápido como pudo y ayudó a situar las pertenencias de su hermano; no les dio tiempo de decir algo. Lo único que escucharon con un tono inquieto y afanado fue *“Lo mejor es que se vayan rápido”*.

Rafael encendió su taxi, lo dejó calentar un poco y arrancó. Simultáneamente, Alba y su cuñado observaron durante varios segundos por el espejo retrovisor cómo dejaban atrás aquella Estación de Policía; el regreso a Cúcuta estuvo acompañado por el atardecer y el canto de las aves.

La madrugada transcurría con normalidad en Campo Dos. Con la llegada del alba, finalizaba el primer turno (de 10 p. m. del día anterior hasta las 06:00 a. m. del siguiente día) del agente Luis Jacinto Cáceres, que luego de su patrullaje, descansó hasta el mediodía de aquel 24 de abril de 1999. Cáceres relata que tomó gaseosa en una tienda conjunta a la unidad policial; las horas pasaron con rapidez, y al percatarse, las golondrinas anunciaban una leve llovizna. El sol tenue y opaco despedía así el día y daba la bienvenida a la noche.

Entrada la noche, la llovizna se convirtió en una incesante lluvia; las gotas golpeaban con fuerza las tejas del cuartel. El Sargento se despojó de sus botas y se acomodó en su cama para ver la emisión central de noticias en un televisor pequeño que tenía en la habitación, y como un presagio de lo que ocurriría aquella noche, puso su fusil y algunos cartuchos cerca de su morada. A las siete menos cuarto empezó el ataque.

La voz de Raúl Montaña Carvajalino se escucha enérgica y llena de vitalidad, cuando habla de su Policía Nacional. La experiencia en la



Institución lo lleva a contar historias apasionantes de lugares donde entregó los mejores años de su vida al servicio de la comunidad. En este viaje siempre estuvo acompañado de su esposa, Alba, y a medida que sus hijos llegaron al mundo, se fueron uniendo a la travesía de sus padres.

Cuenta con una numerosa familia; ellos lo describen como un hombre responsable, carismático y humanitario, que a pesar de los momentos en los que estuvo ausente por cumplir con su deber y su sueño de ser policía, ha estado de corazón y siempre dispuesto a tenderles la mano en los momentos más complejos, aún en las dificultades de la distancia.

Como si hubiese sido ayer, recuerda con regocijo cuando retozaba en su natal Ocaña, en el barrio Torcoroma, con sus vecinos de cuadra. Soñaba despierto, mientras jugaba a policías y ladrones, con portar el uniforme de la Institución policial. Luego, a la edad de diecisiete años, se despidió de su tierra, y junto con su familia, se radicaron en Cúcuta en busca de mejores oportunidades.

Al terminar el grado once, veía con admiración la vocación del agente Wilson Arias, un vecino en Cúcuta, quien junto con el agente Belisario Torres lo impulsaron a seguir una carrera en la Policía Nacional. Su



aspiración siempre fue servir a la comunidad, estar presente como una mano amiga y atender a la población cada vez que se lo solicitara; para él, el objetivo de un buen policía es hacer obras humanitarias.

Con la bendición de sus padres, Eliza María Carvajalino de Montaña y Pedro Pascacio Montaña, en 1981, a principios de enero, Raúl comenzó su formación en la “Escuela de Suboficiales y Nivel Ejecutivo Gonzalo Jiménez de Quesada, ESJIM”, ubicada en Sibaté, un municipio asentado en el departamento de Cundinamarca. El inicio fue duro: él, un ocañero criado en clima cálido, aún recuerda cómo aquel frío terminó por agrietar los labios y las orejas. Fue cuestión de tiempo para aclimatarse física y emocionalmente; también echaba de menos el seno de su hogar.

Con la resiliencia que en su voz se percibe, ese mismo año logró graduarse como Cabo Segundo; solo 84 alumnos contaron con la misma suerte. Fue trasladado a Montería, capital del departamento de Córdoba, donde más tarde conocería a su cónyuge y compañera de vida, Alba Lucía Barrera.

Recuerda aquel día en Campo Dos: los estruendos de las ametralladoras se confundían con las gotas que pegaban en las tejas de zinc. Afanados, llegaron dos agentes a reportarle el ataque al Sargento Viceprimero, ambos con la voz temblorosa. Raúl, con la serenidad que lo caracterizaba, se quedó inmóvil en su cama, volteó hacia su fusil y tranquilizó a sus compañeros.

El desasosiego se apoderó de la Estación, el Sargento tomó un suspiro profundo. Luego de unos segundos, se calzó, empuñó el fusil, que conscientemente había dejado cerca, conociendo la situación que atravesaba el país. Dio instrucciones precisas a cada uno de los policías de ahorrar municiones, pues carecían de ellas, tras sobrevivir a tres ataques previos consumados por la guerrilla del ELN.

Raúl se llenó de valor y, antes de salir a la trinchera, dijo en un tono alto – *“Que sea lo que Dios quiera, pero no nos vamos a dejar llevar”*. El atentado perpetrado por aproximadamente 220 hombres del ELN no los tomó por sorpresa; sin embargo, la experiencia les decía que el asalto sería pronto, y así fue, pero sucedió antes de lo esperado.

En medio del enfrentamiento por salvar sus vidas, un proyectil impactó sin aviso la pierna del patrullero Dorian Moncada Mogollón, de tan solo 25 años de edad, y justo en ese mismo instante se escuchó un pitido incesante en los oídos de todos los que se encontraban allí: El estallido de una granada y su onda explosiva, como en una película traída de cine, alzarían al Sargento por los aires, hasta lanzarlo con fuerza contra la pared.

En cuestión de minutos, vio en cámara lenta que aquel lugar estaba nublado por el polvo. El pitido en los oídos desaparecía poco a poco. Sintió un fuerte ardor en la cabeza, se la tocó con manos temblorosas, observando cómo lentamente en sus dedos había un fluido caliente, y entró en pánico al ver el escandaloso color de la sangre rodar entre sus falanges. En ese momento, dos tiros irrumpieron la escena e ingresaron por su pierna derecha. Moncada, como pudo, se arrastró también herido para auxiliar al Sargento, pero al llegar allí, se desgonzó ante la mirada atemorizada de Raúl.

¡No cesó la horrible noche! La munición se agotó rápido y con ella la esperanza de salir con vida; todos pensaron que la muerte había llegado. Ante la desesperante situación, hacer bolas de barro del tamaño de una granada de mano, y lanzarlas por los aires simulando que eran reales, fue una alternativa que sólo retrasó lo inevitable: los guerrilleros se percataron del engaño y empezaron a secuestrar a los primeros policías, pasadas las cuatro de la mañana.

Las heridas del Sargento Viceprimero no daban tregua y la sangre se le escapaba ante sus ojos. Raúl, junto con los agentes Eduardo Ariza y Jaime Moyano, pretendían llegar a un búnker (refugio blindado); infortunadamente, cuando estaban saliendo de la Estación, fueron sorprendidos por dos guerrilleros que con iracunda mirada les apuntaban. A pesar de la gravedad de las heridas de Montaño, fue secuestrado; la razón, según el cabecilla del ELN: el Sargento Viceprimero era su "as de oros" y que por ningún motivo debían dejarlo libre ni asesinarlo.

La noticia de la barbarie a la *Estación de Policía de Campos Dos* llegó rápido a la familia Montaño Barrera; todos empezaron a orar, suplicando al Todopoderoso que ninguno de los dos asesinados que anunciaban los medios de comunicación fuera su amado padre, esposo, hermano e hijo.



Al escuchar la noticia, Alba se sintió morir y quiso creer que todo era una falsa noticia o un sueño; no obstante, no titubeó en aquel momento. Se acuerda de que tomó sus pertenencias y, en medio de lágrimas y desespero, sacó valor desde muy adentro de su ser y salió de su casa con destino a la Estación de Policía San Mateo, ubicada en Cúcuta; allí pretendía saber el paradero de su esposo, Raúl Montaña Carvajalino.

Al llegar al lugar, Alba vio a mucha gente, se sentía aturdida y, de un momento a otro, vio a la doctora Ángela Teresa, trabajadora social de la Policía Nacional. En silencio se miraron a los ojos, ella con sutileza agarró a Alba y le dio un fuerte abrazo; dejaron caer sus lágrimas, y con su voz entrecortada, la doctora le manifestó que nadie sabía lo que estaba pasando con exactitud en Campo Dos, y que Alba, junto con su familia, debían esperar con paciencia cualquier información.

Alba posee una fuerza inquebrantable en su voz. En ese momento se sintió débil, pero no iba a permitir que nada la derrotara hasta encontrar a su amado; su corazón le dictaba que él estaba vivo. Volvió a su casa, donde la esperaban sus hijos, junto con Rafael, el hermano de su esposo. Allí decidieron valerosamente emprender camino hacia Campo Dos, en busca de respuestas.

Aquel viaje transcurrió en silencio. Alba deseaba con todas las fuerzas de su corazón volver a ver al amor de su vida, pero unos kilómetros después de tomar la vía destapada, se toparon con un retén del Ejército Nacional. Los soldados les manifestaron que era imposible seguir adelante, ya que la vía se encontraba minada. Rafael la miró con resignación y tristeza, y cambiaron su rumbo nuevamente hacia Cúcuta.

Al llegar a Cúcuta, vieron que toda su familia estaba reunida en la casa Montaña Barrera; aguardaban con fe alguna noticia. El anuncio llegó horas después; brilló una luz de esperanza al saber que Raúl estaba con vida, pero no todo fue color de rosa, el Sargento fue herido de gravedad en su pierna derecha, abdomen y tenía algunas esquirlas de granada incrustadas en su cabeza.

Todos en aquel momento pensaron que por la complejidad de las heridas lo liberarían; se equivocaron al enterarse de que 11 policías habían emprendido un largo camino a lo que sería una muerte en vida. Por más de 15 días recorrieron las selvas colombianas. A pesar de estar herido de gravedad, Raúl siempre fue la esperanza para sus compañeros de cautiverio.

Cada noche que transcurría, se convertía en un portal místico que llevaba a Alba hasta el pasado; al no poder conciliar el sueño, ella recordaba con ternura y amor inquebrantable toda aquella historia de afecto que la hizo dejar a su amada Montería, que la llevó a incontables rincones de Colombia y le dio a sus tres hijos: Raúl, Angélica y Dany, que son su tesoro más preciado.

Cada noche recordó, como si fuesen los capítulos de un libro cuya letra se desvanecía ante los ojos de un lector empedernido, los días en que solía recorrer las sofocantes calles de Montería. Su destino era la casa de la señora Claudina, quien se ganaba la vida lavando ropa en la Estación de Policía.

Raúl Montaña, con 21 años, fue enviado para Montería; allí consideró viable que la señora Claudina lavara también sus uniformes, pues la pulcritud lo caracterizaba al hacer buen cumplimiento de su deber.

Una tarde, la señora Claudina tuvo un retraso en la entrega de unos uniformes. Un tono naranja en el cielo anunciaba la llegada de la

noche en Montería. El clima estaba fresco, cuando Raúl emprendió camino hacia la casa de la señora, pues debía recoger los uniformes de sus compañeros. En un momento de suerte, vio a Alba pasar, y desde aquel día, no pudo sacársela de la cabeza.

Las invitaciones y la galantería por parte de Montañó a esta bella mujer aparecieron. El 3 de septiembre de 1983 contrajeron matrimonio, sin saber que ya estaba embarazada del primero de sus hijos, Raúl Montañó Barrera. Desde ese momento, Alba lo ha acompañado en su camino por la Policía Nacional.

A pocos días de estar secuestrados y con la angustia de no tener información sobre sus familias, una madrugada, el agente Jaime Moyano se acercó al Sargento Viceprimero y le confesó que iba a huir. Raúl lo miró aterrado y, al no poder persuadirlo de su decisión, se quedó inmóvil viendo cómo el agente se perdía entre la selva. A la hora del desayuno sobró un pedazo de arepa frita; esta fue la señal que vieron los secuestradores para percatarse del escape.

El ELN no permitía que nadie escapara con vida, así que se dieron a la búsqueda. Más tarde, sus captores llegaron con una camiseta blanca manchada de sangre y les dijeron en tono de amenaza *“Esto les pasa a los que se escapan”*; aterrados, se miraron entre todos. Pasados los días, se enteraron de que Jaime había llegado con vida a un área rural y sí logró su libertad luego de caminar varios días por caminos inhóspitos.

El agente Luis Jacinto Cáceres y el Sargento Viceprimero estrecharon sus lazos de amistad en cautiverio; se volvieron compadres y ambos permanecían pendientes el uno del otro. Al estar entre la selva, debían cuidarse de los diferentes animales que la habitaban sabían que ocupaban un espacio que les pertenecía a ellos y, por supuesto, cuidarse de sus captores.

Sin pensarlo, sus esposas Alba Barrera y Fabiola Alonso también se unieron; iban a las marchas por la liberación de los secuestrados y, en un espacio que les dieron en la emisora “Radio Súper”, que se escuchaba por toda la zona del Catatumbo, lograron enviar varios mensajes de apoyo incondicional y fe a sus esposos. En una de esas tardes de conexión radial, quiso dedicarle una canción compuesta por



Oswaldo Ayala y cantada por Alfredo Gutiérrez que ambos recordaban. Se llama *Anhelos*. Desde lo más profundo de su corazón, ella cantó con voz entrecortada una estrofa en los micrófonos de la emisora:

*"Anhelos tengo de verte, vida mía;
Anhelos de sentirte cerca de mí,
Anhelos de besarte noche y día
Y es que mi amor solo existe para ti".*

Y, a pesar de que las pocas cartas que le llegaron, indicaban que se encontraban bien y sobre todo con vida, hubo un momento en especial en el que duraron ocho meses sin saber algo del paradero de los policías; aun así, estas mujeres nunca dejaron de enviarles mensajes de aliento. El viejo refrán "la esperanza es lo último que se pierde" se convirtió en su aliciente.

Luego de los eternos meses sin noticias, llegaron unas pruebas de supervivencia, con fotos del grupo de secuestrados. En sus rostros se



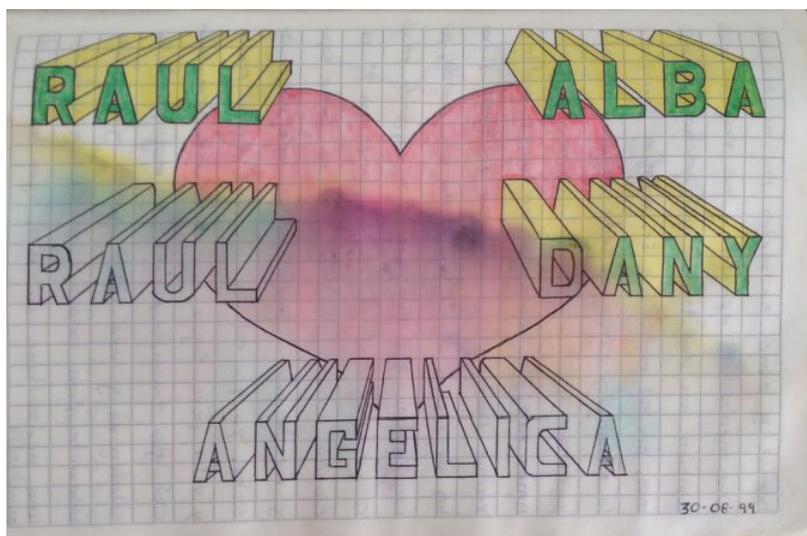
captaba la tristeza de cada uno; ellos se sumían en el cautiverio y en el maltrato psicológico que recibían a diario. Ese dolor efímeramente desaparecía en las tardes, al escuchar el amor de sus seres queridos detrás de una vieja radio.

Angélica Montaña Barrera, su hija del medio, tenía catorce años cumplidos cuando secuestraron a su padre. Ella asumió aquel tiempo con mucha entrega a Dios, dispuso en sus manos todo y siempre pidió con fe para que su padre retornara a casa sano y salvo, y así volver al río donde tenían los mejores recuerdos. Contando con la guía de su padre y por el respeto que él despertaba entre la comunidad, ella quiso seguir sus pasos. Luego de graduarse del colegio, pretendió iniciar su carrera en la Policía Nacional, con tan mala suerte que no contaba con la estatura mínima requerida. Angélica estudió entonces Derecho y le ha devuelto a la comunidad todo lo aprendido; se postuló como la presidenta de la Junta de Acción Comunal de su barrio en Cúcuta. Su padre y gran ejemplo fue quien la impulsó para que atendiera con ética, profesionalismo y empatía este nuevo cargo.

Las horas en cautiverio seguían transcurriendo con algunos kilos de menos y con mucho tiempo libre. Los policías empezaron a cocinar, pedían ingredientes y preparaban diferentes delicias en medio de su sufrimiento. Aprendieron a dibujar y a esculpir figuras en madera, con el ánimo de recuperar aquellos días en los que la cabeza les jugaba una mala pasada. Ocupar el tiempo en otras actividades les devolvería un poco la vida.

Durante aquellos días la salud del agente Luis Jacinto Cáceres se vio afligida, cuando sus síntomas apuntaron a una enfermedad llamada paludismo, como consecuencia de la exposición a la humedad de la selva y de los mosquitos. Su compadre y amigo, Raúl, estuvo en esos días en los que el agente se encontró muy mal de salud; fue su ángel guardián.

Aquel 20 de diciembre del año 2000 sucedió lo inesperado: El máximo cabecilla del ELN, Nicolás Rodríguez Bautista, alias *Gabino*, emitió un comunicado desde La Habana, Cuba, en el que solicitaba al Gobierno del Expresidente Andrés Pastrana una zona de distensión al sur del departamento de Bolívar, con el fin de hacer una convención nacional, una zona de despeje, que permitiera, entre otras cosas, liberar a los secuestrados.



Como un “acto humanitario”, esta guerrilla ordenó la liberación de 42 soldados y policías que tenían en su poder; sin embargo, hubo en principio una negativa por parte de los alcaldes de los cuatro municipios, respaldados por el entonces gobernador del Bolívar, de despejar esas zonas de la Fuerza Pública del Estado. Al final se impuso la sensatez, y las acciones de liberación iniciaron.

La emoción irrumpió en aquel campamento del ELN; el júbilo invadió a cada uno de los policías y soldados privados su libertad. Raúl lo describe como un *resurgimiento de la vida*. En medio de aquel jolgorio, se acercó un guerrillero y le entregó a cada uno de los secuestrados una sudadera, zapatos y un morral.

El camino hacia la libertad comenzó a las 12 de la noche del 23 de diciembre del año 2000. Todos tenían moral para caminar, así que el descanso fue muy poco. Luego de varias horas, los llevaron a un caserío. Muy cerca, había una quebrada en donde les permitieron tomar un baño; posteriormente los subieron a un camión con destino al municipio de Convención, exactamente, al corregimiento de Miraflores, en Norte de Santander.

Al llegar a Miraflores, donde sería la entrega oficial, se encontraba una comitiva del Comité Internacional de la Cruz Roja; el Alto Comisionado para la Paz de ese entonces, más Francisco Galán y Felipe Torres, cabecillas del ELN. La lectura del acta de liberación fue eterna, pero al escuchar el nombre de Raúl Montaña Carvajalino en el acto protocolario, su corazón y alma sintieron paz; aquella que le había sido arrebatada 20 eternos meses atrás.

Un helicóptero, destinado para terminar con esa pesadilla y trasladar a los liberados, rumbo a su entrañable Ocaña los esperaba. Al aterrizar, Montaña salió corriendo; justo vio el puesto de un celador y le pidió un teléfono. Contó con tan buena suerte de que el señor era vecino de su hermana y lo reconoció al instante; se dirigieron de inmediato a una oficina, desde la que llamaría a sus familiares.

Recordó el número de la casa de su hermana Silvia Montaña Carvajalino. Ella, al escuchar la voz de su hermano, se desmayó. Entre todos auxiliaron a Silvia, mientras su esposo Jorge Martínez quedaba

atónito al escuchar que se encontraba en el aeropuerto de Aguas Claras, en Ocaña, rumbo a la ciudad de Cúcuta.

Llegó como un obsequio de Navidad aquel 24 de diciembre, el reencuentro con su adorada madre, Elisa Carvajalino, fue el primero de sus regalos. Esa mujer de 70 años no encontraba consuelo después del secuestro de su hijo; ahora lloraba, pero de la felicidad.

Los cucuteños se abalanzaron a las calles y recibieron a los policías como si fueran estrellas de fútbol; no era para menos. Los ciudadanos se sintieron agradecidos y seguros de que sus policías, unos héroes sin capa, regresaran aquel 24 de diciembre a sus hogares, como si se tratara de un regalo de Dios.

Alba, Raúl, Angélica y Dany vieron al Sargento Viceprimero, y, aún con lágrimas en los ojos, no lograron describir el fervor que sintieron al abrazar a su padre de nuevo, al tenerlo en el seno del hogar. Los días siguientes fueron familiares, de gozo y celebración.

El tiempo transcurrió y, luego de unos meses, Raúl Montaña Carvajalino se encontraba listo y dispuesto para volver a sus labores como policía; no podía esperar más. Ahora su sueño era ser el Sargento Mayor más antiguo de Colombia; finalmente, en el año 2004, se graduó de Sargento Primero y, posteriormente, de Sargento Mayor.

Ser policía se convirtió para él en un sueño cumplido, que duró 39 años, cargados de empatía hacia la comunidad, un legado invaluable para sus hijos y nietos que se sienten orgullosos de él.





"Se distingue por ayudar a los demás, a las familias afectadas y, sin duda, sobresale por su calidez humana"



Los años de angustia

DE UN POLICIA



Por: José David Vasallo

Dios, patria y familia ha sido el lema de Jhon Wilfredo Muñoz, quien ha entregado gran parte de su vida al servicio de la comunidad y al apoyo de las personas menos favorecidas, como lo fue él y su familia. Nació en 1975 en el municipio de El Cerrito, del departamento del Valle del Cauca, sitio conocido por su cultura, turismo y por haber sido el lugar donde sucedieron parte de los hechos de la novela María, del escritor Jorge Isaacs; sin embargo, no fue allí el lugar donde creció.



Su madre, Rosa Ramírez, falleció a los 33 años, cuando Jhon solo tenía dos años de edad. Su padre, quien lleva su mismo nombre, Wilfredo Muñoz, decidió seguir trabajando en la Policía Nacional y dejó a sus cinco hijos, Jesús Alberto, Richard de Jesús, Reina, Mabel y John Wilfredo Muñoz, a cargo de su madre, la señora Mercedes Muñoz. Ella los acogió en su hogar, en una pequeña habitación de adobe en el barrio El Cementerio, en Pasto, departamento de Nariño, que también compartían con tres tías.

Con el tiempo lograron irse a vivir a un lugar más amplio, una casa de una sola planta, un baño, cuatro cuartos, de pisos color café con amarillo, esquinera y de fachada gris, en un barrio popular de la misma ciudad, que aún lleva el nombre de “Emilio Botero”; este era conocido en los años 90 por su alto índice de delincuencia e inseguridad. Aún Wilfredo recuerda que dentro de la vivienda vivían alrededor de 15 personas, tíos, primos y sobrinos.

Jhon cursó su primaria en la “Escuela Número Primero de Pasto”, institución educativa que hace muchos años dejó de funcionar, *“fue difícil, éramos muy pobres y de vez en cuando nos daban para el bus”*, dijo Reina Muñoz, una de las hermanas de Jhon. La situación económica no se prestaba para desplazarse todos los días en bus de la casa a la escuela, pero eso no impedía que asistieran a clases. Fueron largas las caminatas que debían hacer para desplazarse del barrio al centro de la ciudad, y en su caminar compartían tiempo de hermanos entre risas, juegos, lluvia y sol; en últimas, se divertían.

Al ser el menor de sus hermanos, ocupaba un lugar especial en el corazón de su abuela Mercedes, a la que de cariño le decían *“señora Miche”*. Ella y su familia se dedicaban a la creación y venta de bombones, además de hacer empanadas de añejo de maíz y envueltos, tareas en las que Jhon desde muy temprana edad ayudaba. Le gustaba pelar el maíz y salir a vender por todo el vecindario. El *“monito”*, como le decían de pequeño al tener su cabello un poco claro, quería de grande ser zapatero, causa que lo motivó para terminar sus estudios de bachillerato en el colegio INEM (Instituto Nacional de Educación Media Diversificada de Pasto).

Soñaba con entrar a alguna universidad y hacerse profesional, pero debido a su situación económica su deseo se vio frustrado. Al culminar

sus estudios decidió irse de casa y con solo dieciséis años se fue a la ciudad de Cali, del departamento del Valle del Cauca, conocida como la tercera capital más grande de Colombia. Deseaba forjar su futuro. Comenzó cortando caña; también en el centro mayoritario de la ciudad cargó bultos. Sin embargo, la vida no es fácil para un joven con poca experiencia que se encontraba solo en una ciudad desconocida; la situación se volvió compleja y tomó la decisión de regresar a Pasto, junto a su familia. En esta oportunidad, su padre le aconsejó entrar a la Policía Nacional. *“La primera vez que me presenté le dije que no había pasado, jeso no era lo mío!”*, afirma Jhon; no se sentía preparado para entrar a esa Institución. Ser policía no era su primera opción, así que optó por mentirles y decirles que no había pasado las pruebas, pero realmente nunca se presentó.

En enero de 1994 se abrieron las convocatorias nuevamente para ingresar a la Policía Nacional; aprovechó la oportunidad y esta vez sí se presentó. Después de muchos exámenes fue aceptado. *“Jhon era el empuje para salir adelante”*, expresó Jesús Alberto, hermano de Jhon. Su tía Mercedes y su abuela Miche fueron quienes lo apoyaron, aunque temían su ingreso a la Institución, puesto que debía mudarse a la ciudad de la eterna primavera para iniciar sus estudios; para esa época, la capital antioqueña se encontraba sumergida en la violencia, ocasionada por el Cartel de Medellín y otros grupos al margen de la ley.

El 17 de mayo, a sus dieciocho años, viajó a La Estrella, Antioquia, a iniciar sus estudios en la Escuela de Policía “Carlos Eugenio Restrepo”. Para sus amigos fue difícil despedirse de él, *“lo vi dentro del bus con sus ojos aguados, fue muy duro para nosotros, se nos iba un integrante de Los Simpson”*, contó Julio Chávez, uno de los mejores amigos de la infancia de Jhon. “Los Simpson” se autodenominaron Julio, Jaír y Jhon, tres amigos inseparables, pícaros, pero inocentes; crecieron en el entorno de un barrio complejo como era el Emilio Botero, su lugar de crianza que los llevó a coincidir en la vida.

La partida de Jhon a estudiar marcó de forma radical la unión de estos tres amigos; sus condiciones económicas no eran suficientes para comprar un celular que para la época eran escasos y caros, así que el aislamiento hizo de las suyas. Se dividieron en cuerpo, pero sabían que siempre estarían unidos; sus amigos y familiares conocían su estado por medio de cartas que enviaba a su casa.

El curso tuvo una duración de un año y un mes. Durante ese periodo trató de retirarse dos veces; sentía que no era lo que anhelaba para su futuro, pero su familia lo apoyaba y le animaba a seguir, pues entendían que, aunque la profesión escogida era difícil, le permitiría a su hijo lograr muchos éxitos en el futuro. A pesar de todos los obstáculos presentados, se graduó con honores y, debido a su alto rendimiento académico durante su periodo de formación, obtuvo el tercer mejor puntaje de toda la escuela de formación.

Al graduarse como patrullero, fue destinado a trabajar en la Fuerza Disponible de la Policía Metropolitana del Valle de Aburrá, en Medellín. Focalizó su labor en la seguridad y convivencia ciudadana en el marco del control de las manifestaciones, marchas, espectáculos públicos y eventos de carácter masivo. Aún recuerda que el pensamiento de retirarse lo acompañó durante toda su estadía en esa zona; así se lo manifestó a su padre Wilfredo Muñoz, además de comentarle que en ese lugar no se sentía a gusto; él deseaba trabajar en el departamento del Valle del Cauca.

En 1996, en Medellín sufrió su primer atentado, el primero de muchos que vendrían a lo largo de su vida dentro de la Policía Nacional de Colombia. En el parque San Antonio, ubicado en la zona céntrica de la ciudad, donde se encuentran distintas esculturas de maestro Fernando Botero, un pintor, escultor y dibujante paisa de gran reconocimiento, Jhon se encontraba patrullando sobre las siete de la noche en ese el lugar. Al notar que su turno de vigilancia había culminado, se dirigió al “Barrio Triste”, como le llaman al barrio “Corazón de Jesús”. Allí se encuentra ubicada la base de la Fuerza Disponible a la que pertenecía. Él todavía recuerda que, al llegar a la Estación, a tan solo cinco cuadras del parque San Antonio, retumbó en toda la ciudad una fuerte explosión. Debajo de una de las esculturas de Botero, los terroristas habían colocado explosivos.

En su memoria aún permanece indeleble la impactante imagen, al momento de la detonación las esquirlas hirieron gravemente a las personas que se encontraban departiendo en ese concurrido lugar; a otros les cegó la vida. Aún recuerda con tristeza que alrededor del parque quedaron partes de cuerpos producto de aquella explosión. Tan impresionante resultó el impacto para Jhon que fue trasladado al Departamento de Policía Nariño; allí laboró en diferentes unidades

policiales por periodos de tiempo cortos, donde afianzó sus convicciones de servir a la comunidad.

Recuerda con tristeza, cuando trabajó en el municipio el Leiva, Nariño, un pueblo ubicado en el nororiente del departamento. *“No fuimos bien recibidos; la comunidad no podía vendernos alimentos y mucho menos tratarnos”*. Los grupos alzados en armas tomaban retaliaciones en contra de las personas que vendieran productos o atendieran a miembros de la Fuerza Pública. Al no tener qué comer, se sometieron a las pocas personas que accedían a venderles alimento, caldo de gallina de varios días con olor a mortecino y sabor desagradable, *“con el paso de las semanas, algunos de los habitantes se compadecieron de nosotros, y a escondidas nos vendían el alimento necesario para vivir”*.

En octubre de 1998, en ese municipio, tuvo su primer gran “susto” por parte del frente 29º de la antigua guerrilla de las FARC. Jhon y un compañero salieron del pueblo hacia Pasto en una moto. Estaban temerosos porque salir del lugar era aparentemente sencillo; lo difícil era volver a entrar. En el camino a la ciudad de Pasto se detuvieron en Andalucía, un corregimiento que queda a 15 minutos de Leiva, y se percataron de un retén ilegal que había puesto la guerrilla. *“A lo lejos se veían personas con uniformes camuflados, armadas de pies a cabeza y con gran parte de su rostro cubierto; una moto que iba delante de nosotros fue parada y, gracias a la distracción que hizo, logramos pasar desapercibidos”*. Para ese entonces, los integrantes de todas las instituciones del Estado eran blanco de las “pescas milagrosas” cometidas por las guerrillas para hacer retenidos, secuestrados, desaparecidos o asesinados.

Durante seis meses trabajó en el CAI Cementerio, ubicado en el norte del municipio de Leyva, posterior a este tiempo, decidieron enviarlo al Tercer Distrito de la Policía, lo que corresponde a los municipios de La Unión, San Pablo, Génova y San José. En estas zonas la guerrilla tenía la costumbre de hostigar esos municipios y atacar a la policía, por lo menos, una vez a la semana. Dentro de los primeros días en el Tercer Distrito, fue seleccionado para apoyar las fiestas anuales de Villanueva, corregimiento dentro del municipio de Génova.

Al regresar a La Unión, en las horas de la noche, *“notamos que la guerrilla había destruido parte del pueblo; también a San José y*



a San Bernardo. En el lugar se encontraban asesinadas algunas personas conocidas por él, con quienes había compartido en algunos momentos". Jhon y sus compañeros recogieron los cuerpos y los entregaron a sus seres queridos. La tristeza y dolor en esos territorios aún perdura.

Después de La Unión fue remitido a San Pablo. Las esperanzas de que allí le fuera mejor al ser la tierra de su madre se esfumaron al mes de estar en el pueblo, pues tuvo que defenderse nuevamente de los violentos. La guerrilla del ELN intentó destruir a fuego y sangre el pueblo. Jhon, con las manos sudorosas, temblando impulsivamente, entró a su cuarto golpeando su televisor como una forma de manifestar su enojo; recogió su munición, y, con el pensamiento claro de defender su vida, la de sus compañeros y la de la población del municipio, se enfrentó valientemente durante toda la noche, junto con sus compañeros de aquel grupo terrorista. De esta experiencia salió ileso.

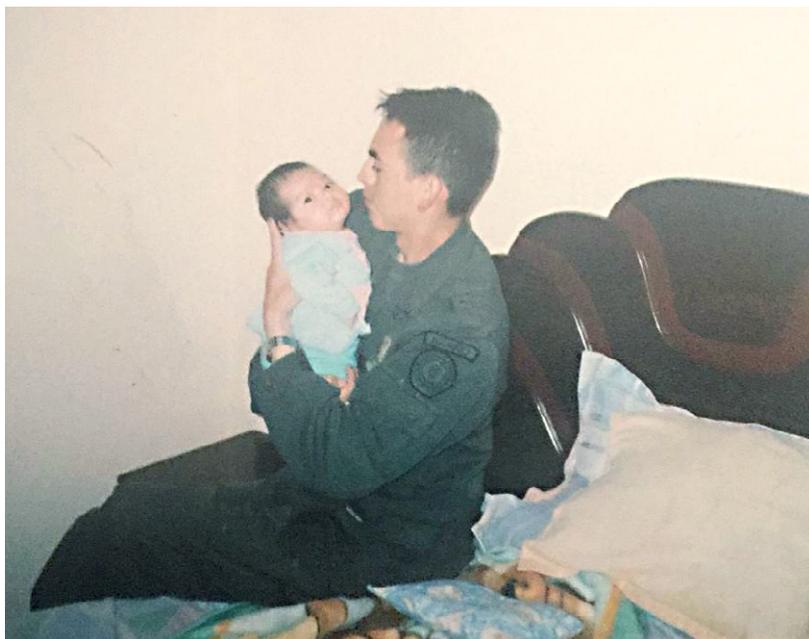
Ocho meses después, en el año 1999, con los ahorros que tenía hasta ese día, compró su primera moto. A pesar de la advertencia de su superior, de estacionar las motos dentro de la Estación de Policía, un día él la dejó parqueada afuera. Sobre las siete de la noche, un

grupo guerrillero atacó la Estación de San Pablo. Cuando Jhon se percató de que su vehículo estaba expuesto al ataque, fue muy tarde para reaccionar; su motocicleta ya había recibido varios impactos. De estos hechos logró, una vez más, salir ileso, junto con su moto, la que todavía conserva y atesora.

Después de dos años de noviazgo con Yudi Yaneth Achicanoy Castillo, decidieron contraer matrimonio, el 29 de abril del 2000, en la iglesia Nuestra Señora de la Paz, en Pasto. Tras casarse, le preocupaba el bienestar de su familia dentro del municipio de San Pablo. *“Al saber que Yudi estaba en embarazo y consciente del peligro que corría mi familia, solicité traslado a Pasto, sin embargo, no fue aceptado en ese momento”.*

Cuando Yudi ya tenía seis meses de embarazo, Jhon la convenció de irse para Pasto, un lugar más seguro. *“Fue una difícil decisión, pero sabíamos que era lo mejor; era más fácil salvar una vida que tres”.*





El tiempo que duró Yudi en San Pablo fue de angustia, al temer que en cualquier momento podrían hacerle daño a ella, a su esposo y a su hijo. *“Ser esposa de un policía es complicado. Uno ya sabe que, por el mismo trabajo, los delincuentes pueden hacerles daño a las familias. Aparte el tiempo para compartir en familia es muy corto”*, expresa Yudi, ante el recuerdo de la distancia que por años tuvieron que soportar.

En junio del mismo año, ante la amenaza guerrillera y ante el riesgo de otro ataque, en San Pablo dos grupos del EMCAR de la Policía Nacional, llegaron a apoyar la protección del pueblo; así mismo, a ayudar en labores de seguridad. Sin embargo, una noche la guerrilla logró rodear al municipio.

Jhon, un hombre promedio colombiano, de estatura baja, de piel morena y cabello negro, tuvo que echarse sobre su cuerpo el peso de 1.500 cartuchos, que sumaban casi 20 kilogramos, y subir una montaña mientras escuchaba el sonido de los disparos, las bombas

y los gritos de sus compañeros. Después de una larga noche de luchar valerosamente para salvar su vida y la de sus compañeros del indiscriminado ataque, ¡Cesó la horrible noche!, con un trágico parte, 17 de sus compañeros fueron cruelmente asesinados.

Días después, un habitante del municipio se acercó a Jhon y le pidió que se fuera de allí, porque tenía información de que pronto vendría un segundo ataque. Como mando del nivel ejecutivo y encargado de la seguridad de las Instalaciones de la policía, Jhon optó por minimizar el riesgo ante las advertencias recibidas; planeó estrategias y advirtió a sus compañeros de una nueva amenaza. Días después y cuando hacía sus labores matutinas de vigilancia, observó a dos hombres vestidos con uniformes camuflados que iban corriendo por una de las calles. Lo que obligó a los uniformados a reaccionar. *“Se nos metió la guerrilla”*, fue lo que muchos dijeron. Nuevamente, la población fue atacada por los bandoleros que sin medir palabra accionaron sus armas. Un agente de la policía de apellido Arteaga, compañero de Jhon, con el que minutos antes habló, fue asesinado; junto a él, también fue acribillado un niño de tan solo siete años de edad.

Tras el nacimiento de su hijo David Muñoz, Jhon rogó por un traslado más cercano a su familia. Pese a su anhelo de traslado a Pasto, en su momento no había cupos disponibles. Sin embargo, fue enviado a trabajar a los municipios de El Remolino, Túquerres y terminó en el 2003 en el municipio de Piedra Ancha, también en el departamento de Nariño; este pueblo guía la ruta hacia la costa pacífica colombiana.

Un domingo del mes de junio del mismo año, surge el presentimiento de que algo va a suceder. Para Jhon era sagrado comer tamal algunos días de la semana en la plaza del pueblo. Ante el temor que empezó a sentir, llamó a su esposa y le pidió que no saliera de la habitación en la que vivían juntos. Desde la Estación, logró observar a dos hombres cuya presencia le pareció sospechosa: *“En ese momento vi a mi hijo acercarse lentamente a la Estación, lo que hizo que me angustiara. David solo tenía de tres años de edad, corrí a refugiar a mi hijo a y a mi esposa*

antes de que los guerrilleros lanzaran el ataque en contra de las instalaciones policiales, y en medio de ráfagas de fusil logré protegerlos. Después de eso, me concentré en repeler el ataque y poder salvarles la vida". Jhon respira profundamente y continúa: *"Intenté buscar a mis compañeros, pero un duro estruendo silenció a toda la población; un cilindro de gas, utilizado como bomba, cayó dentro de las instalaciones de la policía, causando inmediatamente que uno de los pisos de la Estación se desplomara".* La escena parecía traída de los cines; no podía ser peor.

El temor se apoderó de Jhon, pero no permitió que eso le impidiera continuar protegiendo a su familia. *"Estando dentro de la Estación y revisando las condiciones físicas del lugar, me di cuenta de que nuestras vidas colgaban de un hilo y de que en cualquier momento podíamos ser asesinados".* La fuerza para enfrentarse se la daba su familia. Recuerda ver a uno de sus compañeros tendido en el suelo sin vida. El instinto de supervivencia hizo que se refugiara junto a su familia y permanecieran en total silencio por varias horas: *"nos dimos cuenta de que se habían marchado. Recuerdo que la puerta del lugar donde estábamos con mi familia tenía tres impactos de arma de fuego; habían intentado abrirla".*

Las esquirlas de esos ataques no solo acabaron en el piso, en las paredes o en las puertas; también quedaron en su salud física y mental, pues perdió la visión del ojo derecho como secuela de un golpe en uno de los enfrentamientos. Fue tanto el impacto y la carga de las emociones vividas, en especial el ataque en Piedra Ancha, que decidió asistir al psicólogo y, desde que recibió esa ayuda profesional, siguió con su labor.

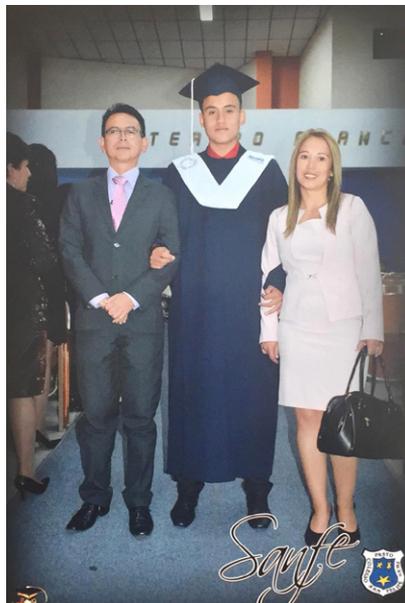
El Catambuco, Nariño, fue el siguiente corregimiento donde trabajó Jhon; ese municipio era otro más con problemas de contrabando y delincuencia. Su estancia en esa zona fue limitada. Ante la situación, buscó la manera de trabajar más cerca de la ciudad y logró ascender al grado de Intendente, lo que permitió su esperado retorno a Pasto. Allí decidió estudiar Derecho, donde obtuvo diferentes becas y notas sobresalientes. Se graduó el 14 de

diciembre de 2014 con uno de los mejores promedios de su carrera; en el 2016 se retiró de la Policía Nacional y comenzó a trabajar como abogado defensor de los policías en cargos administrativos, labor que desempeña actualmente.

Jhon se ha caracterizado desde muy pequeño por su buen corazón y por tender siempre la mano a las personas menos favorecidas: *“Se distingue por ayudar a los demás, a las familias afectadas y, sin duda, sobresale por su calidez humana”*, afirmó Jesús Antonio Dorado, abogado y amigo de Jhon. Tras vivir situaciones trágicas, se ha superado y ha demostrado a su familia y amigos que, pese a la adversidad, no es imposible cumplir sueños y alcanzar metas. Hoy por hoy siente que es un hombre feliz, pues vive muy tranquilo con su esposa, Yudi, y sus hijos, David y Estefanía, a quienes inculca los valores y enseñanzas desde las experiencias de su vida.



Universidad Externado de Colombia









Un milagro

EN MEDIO DE LA VIOLENCIA



Por: Nelson Álvarez

U

Un ruido intenso irrumpió un sábado de mercado en Toribío, Cauca. A pesar de que en este municipio la orquesta de los sonidos bélicos del conflicto armado colombiano era parte del paisaje, aproximadamente a las diez de la mañana, el 9 de julio de 2011 fue una fecha que dejó una marca profunda en quienes tuvieron que “escucharla”.

El balance: 103 personas quedaron heridas y 460 casas fueron destruidas. La población se vio en medio del fuego cruzado entre los disparos del Ejército Nacional, la Policía Nacional y la entonces guerrilla de las FARC.



Mientras las ráfagas de fusil de los guerrilleros atacaban a los pobladores de este municipio, el polvo y el humo tapaban la visión de un patrullero que se encontraba desplomado en el suelo, preguntándose si su hora de partir ya había llegado. No muy lejos de Toribío, pero sí ubicándose varios años antes del estruendoso enfrentamiento, es posible repasar la historia de vida de aquel uniformado.

En 1983, en Colombia, Pablo Escobar Gaviria hizo su primera aparición en público, cuando fue congresista suplente; el Reinado de Belleza Nacional celebró su edición número 50. Ese mismo año, un terremoto en Popayán, Cauca, dejó más de diez mil damnificados, y a 97 kilómetros, al norte de esta ciudad capital, en Santander de Quilichao, nacería Hoover Adolfo Guarín Díaz. Sin embargo, sus primeros pasos, su crianza y su corazón se encuentran más bien a 112 kilómetros de la capital del Cauca, en Villa Rica.

Cuando era muy pequeño sus padres se separaron, pero esto no impidió que su padre siempre respondiera por los deberes en la familia, incluso en las vacaciones, cuando salían del colegio, junto con su hermana, que es un año menor que él, visitaban a su papá en Riofrío, un pequeño pueblo ubicado en el Valle del Cauca. Desde los primeros instantes de su niñez, desarrolló rasgos de su personalidad que aún hoy lo acompañan y que la gente le conoce cuando comparten con él; era un niño inquieto, recochero, que hacía reír a los múltiples amigos que hizo a lo largo de su vida gracias a su forma de ser.

Su familia recuerda con mucho cariño todas las travesuras que Hoover hizo, teniendo de cómplice a su ingenio, su hiperactividad, las calles, los árboles e incluso las paredes de su pueblo. Y es que la infancia en una gran ciudad, por muchos esfuerzos que hagan los padres de cualquier infante, siempre será diferente de la que se puede vivir en un pueblo. Mientras que en muchas ocasiones un niño de ciudad tiene que ver la vida desde su ventana o esperar a que lleguen sus papás del trabajo para que lo saquen un rato al parque, en un pueblo existe la sensación de libertad. Así fue la infancia de Hoover en Villa Rica, se subía a los árboles, iba a los ríos, se escapaba con sus amigos para ir a pescar. En muchos momentos, su madre no sabía en dónde estaba, pero no había problema con eso, ya que todos se conocían y existía la certeza de que los hijos del municipio se encontraban bien. Debido a lo inquieto que era, fue uno de esos estudiantes que

iniciaban el desorden en las aulas de clases, tampoco anotaba ni un solo apunte en sus cuadernos, pero siempre sabía responder cuando le hacían preguntas, pues solía tener una muy buena memoria.

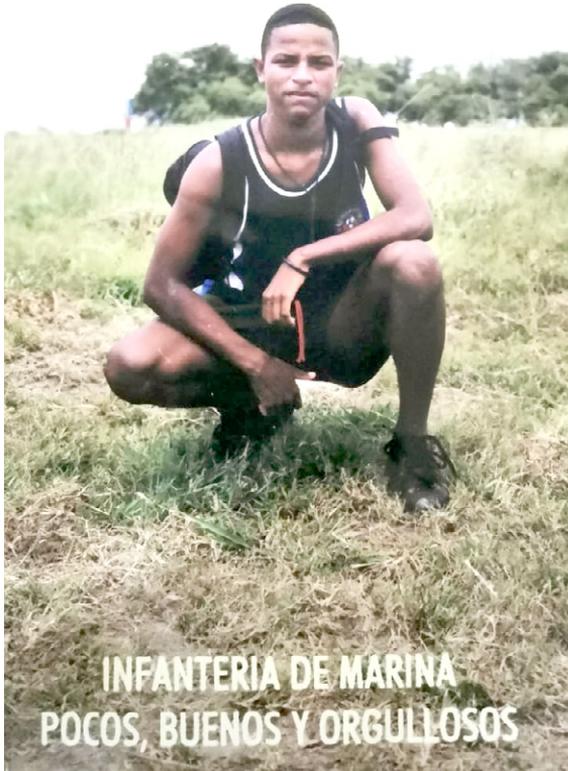
Cruz Díaz, mamá de Hoover, desde siempre crio a sus dos hijos en los valores cristianos, pues esta era su religión y la de toda su familia, incluso desde muy pequeño le enseñaba versículos de la Biblia. Para la señora Cruz jamás fue un secreto que su hijo mayor era travieso; en su casa hacía cosas como desarmar el televisor o la radio, para posteriormente volverlos a armar, y en el colegio, su primo materno, Elkin Mera, que estaba en el mismo curso, conserva recuerdos de cuando los profesores le daban un espacio a Hoover para divertir a sus compañeros, hacía de Quico, personaje del Chavo del 8, y también de Cantinflas. Pese a que esta actitud le ayudó a hacer muchas amistades, su paso por el bachillerato le trajo problemas en el colegio. La señora Cruz recibía quejas muy seguidas, llegó a tal punto que una profesora le dijo: *“No sé si su actitud se debe a nosotros, o es responsabilidad de él, pero es mejor que busquen otro colegio”*. Cuando culminó ese año escolar, aunque Hoover pasó todas las materias con buenas notas, le notificaron que no iba a ser recibido más. Aún retumban en sus oídos las palabras de su madre, *“te vas donde tu papá”*.

El padre de Hoover, llamado Hoover Manuel Guarín Rodríguez, fue un hombre estricto; tradicional, de sombrero y bigote, dedicado a la ganadería; sus sobrinos, ya siendo unos adultos, e incluso su mamá, le hablaban con respeto. Muy temprano en la madrugada los levantaba a todos con el ruido de tapas de ollas para que fueran a ordeñar. A pesar de las exigencias de su nuevo hogar, la forma de ser de Hoover hijo se mantenía, y del colegio le daban quejas constantes a su papá, aunque sorprendentemente, él no le decía ni una palabra por eso. Y es que también existían diferencias culturales entre ambos, mientras Hoover Adolfo (hijo) era afrodescendiente, junto a toda la familia de su madre, por parte de su padre Hoover Manuel eran mestizos, razón por la cual siempre pensó que su papá se molestaría si se hacía una raya en el cabello o cualquier tipo de corte afro, en cambio, no únicamente respetaba sus cortes, sino que en alguna ocasión le dijo a su hijo, dejándolo pasmado, *“Ve, ¿vos no te vas a poner aretes? He visto que están de moda”*.

Fue durante este periodo que nació en Hoover la curiosidad por las Fuerzas Armadas. Decidido a ser parte de la Armada Nacional, le dijo

a su padre que volvería a vivir con su mamá y que no quería estudiar más; su papá respetó su decisión sin interponerse, aunque la realidad es que intentó prestar servicio militar pero, infortunadamente para Hoover Adolfo, era menor de edad, solo tenía 16 años. Por lo que tuvo que volver a casa de su papá y trabajar junto a él en la ganadería. Aun cuando padre e hijo en muchas ocasiones solo hablaban lo necesario, Hoover Manuel entendía el sentir de su hijo, entonces un día le dijo: *“Estudia por lo menos los sábados. Cuando termines de estudiar, yo conozco gente que es policía de carreteras, y como veo que te gustan esos temas, a mí me gustaría que también lo fueras”*.

Aquellas palabras no solamente resonarían en la cabeza de Hoover Adolfo, sino que lograron que finalmente concluyera sus estudios y que los lazos con su progenitor fueran mucho más fuertes. Siendo mayor de edad, se presentó a la Infantería de Marina y en esta ocasión



pasó. Los entrenamientos y todas las actividades que tuvo que realizar le gustaron mucho, pero lo que marcó su servicio militar fue el “Ataque al Cerro Tokio”, un atentado de las FARC en 2001, en el cerro Tokio de Dagua, en el Valle del Cauca, en el que participaron unos 300 guerrilleros. Hoover estaba destinado a ir a ese cerro en el primer viaje, pero cuando todo estaba listo, sus superiores le ordenaron otra cosa, *“no, usted va con el segundo grupo”*. Los días pasaron y el helicóptero no pudo llevar al segundo grupo por malas condiciones climáticas, la niebla siempre fue piedra de tropiezo para poder llegar, finalmente el relevo no pudo ser efectuado y el ataque ocurrió, dejando el saldo de 16 compañeros de Hoover fallecidos. Sin saberlo, esta sería la primera vez que tendría a la muerte muy de cerca.

Una vez culminó su servicio militar, regresó a casa de su padre en Riofrío, después de todo, los mejores años de su juventud fueron allí. Tras cinco años de convivencia y momentos inolvidables con su padre, este falleció. Debido a unos terrenos que Hoover Manuel tenía en el departamento del Vichada, recibía amenazas, a tal punto que no pudo volver. Su hijo no sabe todavía si a raíz de esto fue que le quitaron la vida o si, como le comentaron alguna vez, que fue al intentar robarlo saliendo de un banco; pero de lo que sí tiene certeza Hoover Adolfo es que fue una de las épocas más duras de su vida.

Villa Rica y su familia materna lo recibieron con los brazos abiertos después de aquel lamentable suceso. El regreso a la tierra que lo vio crecer le devolvió recuerdos, experiencias e incluso la oportunidad de retomar un amor del pasado. Daira Yaheli Viáfara Mina, una mujer que Hoover veía desde que eran niños, aunque la atracción por ella apareció cuando tenía 15 años y le dijo a uno de sus primos en una ocasión que sería su novia, pero no fue sino hasta que regresó a su pueblo que esta historia tendría un final feliz. Tras mirarse durante varios días, por fin decidieron hablar, se agradaron e inevitablemente comenzaron a salir.

Ya había pasado un año desde el fallecimiento de su padre y Hoover ya quería ponerse a hacer algo. *“Voy a presentarme a la Policía”*, escuchó que alguien dijo mientras estaba dando una vuelta con Daira, ahora su novia, *“ve, voy a llamar a ver si me quedo yo también en la Policía”*, le comentó Hoover a Daira, con la certeza de que si se



presentaba lo aceptarían. Y a lo mejor, asaltado por reminiscencias de aquella charla que tuvo con su padre sobre ser policía, sus deseos se hicieron realidad.

La imagen del Hoover inquieto, recochero y cansón predominaba en todos sus conocidos y familiares, nadie se lo imaginaba como policía, ni siquiera su madre, que pensaba que sería pintor, porque se la pasaba dibujando en vez de hacer tareas cuando era pequeño; también su primo Elkin pensaba que lo sería, porque todavía recuerda que hacía dibujos de Dragón Ball. Lo cierto es que, al igual que todo lo que pensó hasta ese entonces, terminó convirtiéndose en policía.

Algunos años después, ubicado en Popayán, había escuchado de un municipio que era mencionado con cierto respeto por los policías del Cauca, una especie de copa que nadie quería tomar. Se trataba de Toribío. Cuando se nombra este pueblo, sobre todo en el clímax del conflicto armado del país, se está hablando, según el Centro

Nacional de Memoria Histórica, del municipio que más ha sufrido incursiones guerrilleras por parte de los grupos alzados en armas⁹.

En medio de una formación, se le informó a Hoover que tenía que ir allí; no sintió temor, siempre supo que en algún momento tendría que ir, además, en ese instante pensó que únicamente se trataba de una comisión de seis meses *“y ya saldría de eso”*. Desde entonces, comenzaron los entrenamientos, por ejemplo, observaron videos de atentados pasados en el municipio, todo tipo de preparación física y mental que hacía que Hoover, con un miedo creciente en su pecho, pensara: *“¿A dónde diablos voy?”*. Por motivos de seguridad no se les decía a los uniformados el día en el que partían, pero tenían que estar listos porque en cualquier momento tendrían que atender al llamado.

El entrenamiento, que por lo general dura ocho días, ya se había extendido un mes, lo cual generaba más suspenso aún, sin embargo, en ese tiempo Hoover construyó una amistad con uno de los policías que también tendría que ir a esa comisión, llamado Richard Pulgarín. En los permisos que les daban cada ocho días salían para Popayán, iban a sus casas y jugaban PlayStation. En ese periodo Daira también visitó a Hoover en el comando.

El día llegó, los embarcaron en un helicóptero, debido a que ir por tierra era muy arriesgado, y apenas arribaron a Toribío, Hoover, Pulgarín y, seguramente, los que iban con ellos se dieron cuenta de que el entrenamiento no tenía punto de comparación con la práctica en campo. El helicóptero no aterrizó completamente, seguía a más de un metro del suelo, *“rápido, salten, tírense”*, escuchó Hoover que le ordenaron.

Mientras los que llegaban se lanzaban por un lado del helicóptero, los que se iban del pueblo subían por el otro, allí dejaban sus fusiles

9 La mitad de los municipios con mayor número de incursiones guerrilleras pertenece al departamento del Cauca; específicamente, el municipio de Toribío es el más golpeado con un registro de 32 acciones (8 tomas y 24 ataques). A Toribío le suceden: Caldono, con 30 acciones (9 tomas y 21 ataques); Argelia, con 25 (4 tomas y 21 ataques); y El Tambo, con 20 (8 tomas y 12 ataques). Tomas y ataques guerrilleros (1965 - 2013), CNMH – IEPRI, Bogotá.

y proveedores en el suelo, *“cojan cualquier fusil y prepárense”* les ordenaron a los recién llegados como bienvenida.

Todos en el pueblo salían de sus casas para mirar a los nuevos policías. Hoover escuchó pólvora cuando llegó a la Estación, al ver su reacción, un compañero, que luego les mostraría todo el lugar y sería uno de los que más conectaría con él, llamado David Palechor, le dijo: *“Eso es normal, cuando llega gente nueva, ellos queman cohetes”*. La tirantez no disminuyó, por el contrario, les pasaron cascos a los recién llegados, les dijeron que no se expusieran y los mandaron a las garitas de protección. Según la Real Academia Española de la Lengua, una garita es una “torre pequeña de fábrica o de madera, fuerte, con ventanillas largas y estrechas, que se pone en los puntos salientes de las fortificaciones para abrigo y defensa de los centinelas”. Puede sonar similar a películas de guerra, y así era, muchos colombianos no tienen idea de la rudeza del conflicto en algunos territorios alejados de las ciudades capitales.

Ponerse unas chanclas o unos zapatos sin medias, una camiseta y buscar las llaves es un ritual que muchas personas llevan a cabo cuando van a la tienda, en cambio, quienes estaban de comisión en





Toribío tenían que ir acompañados de entre cinco a seis hombres. Mientras uno caminaba a dos metros, otro se pegaba a la pared, otro avanzaba lentamente, y así sucesivamente pasaban, para ir a media cuadra de la Estación. Había francotiradores en algunas zonas del municipio y casas con la pintura descascarada debido a los intercambios de balas; no poder estar en la calle, siendo uniformado, por temor a recibir un tiro, se habían convertido en parte del paisaje.

Todo cambió cuando desde una garita se avisó de una motocicleta sospechosa que se dirigía al parque. La tensión se sentía como si hubiese más peso en el aire. La moto llegó a su destino, el parrillero sacó una pistola y le disparó al policía que se encontraba allí, este último respondió y el agresor terminó perdiendo la vida en el intercambio de fuego, trayendo con eso panfletos y amenazas en las que le dejaban en claro al cuerpo policial que *“la cosa no se iba a quedar así”*.

La población civil sentía miedo, la confrontación entre ambos bandos era seguida, y a pesar de eso, Hoover, o como le decían sus compañeros: Guarín, no perdió esa personalidad que tenía tan marcada desde siempre. Así como en el colegio imitaba personajes del momento, dentro de la Estación hacía las voces de otros compañeros, e incluso, en una ocasión con unas gafas de sol que encontró hizo del personaje de la película “Terminator”, para robarles risas a los demás. Tampoco dejó de ser inquieto, como pudo, logró



meter varias cosas de afuera con el único propósito de hacer felices a sus compañeros. Pulgarín recuerda, entre risas, que Guarín consiguió un televisor y una consola de juegos con la que pasaban el tiempo cuando no estaban en comisión. Por su parte, David Palechor no se olvida de que su garra (Guarín), solía ser quien les cortaba el pelo con una máquina que hizo llegar, en parte, porque sabía un poco de eso y porque salir al pueblo a peluquearse no era una opción; Palechor terminó, incluso, aprendiendo a hacerlo.

A lo mejor, una de las razones por las cuales Hoover mantuvo su personalidad, fue el amor, su madre no dejó de escribirle cartas durante toda su estadía en Toribío, mandando razones de sus amigos del pueblo, de sus primos, pero, sobre todo, diciéndole que oraba a diario por él y que lo amaba. También su novia Daira fue a visitarlo en una ocasión a aquel municipio.

Diferentes cosas se decían de Toribío, pero Daira, sin pensar mucho en ello, asumió la responsabilidad de ir a visitar a su novio. Recibió indicaciones y coordenadas específicas, no debía mirar ni hablar con ningún policía, así lo conociera. Aunque estuvo encerrada en el hotel en el que se hospedó y no podía salir, había cierta normalidad ante sus ojos. Toribío era un municipio normal con su cotidianidad y sus propios encantos, quizás dándole la razón a la frase que hoy en día tiene el pueblo escrito en una de sus paredes: *“Toribío no es como lo pintan, es como lo pintamos”*.

Un día, mientras estaba en servicio junto con un compañero, se acercó una mujer embarazada, hablando entre los dientes, preguntando por aquel muchacho sonriente, *“casualmente, el compañero es de apellido Alegría”*—respondió Hoover— *“lo que le tenga que decir a él me lo puede decir a mí”*.

“Les van a dar duro, les tienen preparada una emboscada”, fueron las palabras que salieron de una mujer que sabía lo que le podía pasar si se enteraban que estaba compartiendo esa información con un policía. Hoover quedó sin respiración por unos segundos.

Ya habían pasado algunos días, la Fuerza Pública seguía alertada del presunto carro bomba de color blanco que había detallado aquella señora. Dejó de ser seguro ir a la tienda, alguien traía en un carrito el mercado que ellos pedían a la Estación, pero el 9 de julio de 2011 se demoró. El Intendente Luis Alberto Hernández Salazar, que estaba a cargo, preguntó qué había ocurrido con el carro del mercado, pasaban los minutos, incluso las horas y no llegaba. Aunque era su día de descanso, el Intendente se puso las botas, el chaleco antibalas y el uniforme, todo para esperarlo él mismo. Se escucharon entonces disparos de ametralladora, una señora que venía en una moto se cayó y rodó hacia el pasto, el Intendente se salió de la garita en donde estaba, pasó encima de Hoover, que se encontraba en la puerta, y se metió en la otra; Guarín iba a entrar con él, pero después de tomarse un par de segundos para pensar, decidió ir a la garita de donde vino el Intendente. Intentó tranquilizarse, pero los disparos no cesaban, los balazos, que impactaban en los costales de arena, que servían como defensa, sonaban igual a cuando se destapa una gaseosa, *—“Me están dando en la garita”*—informó Guarín.

Pero en las demás garitas, e incluso en el parque, todos sus compañeros estaban siendo atacados simultáneamente. Los disparos venían desde un sector del colegio; Hoover se asomó para ver, su piel se erizó y su cuerpo se paralizó, había un hombre detrás de él, pero no sentía miedo, quizás por sus fuertes creencias cristianas, pensaba que lo estaban protegiendo. Lo siguiente que vio y escuchó fue una refulgencia y un gran estruendo, finalmente alcanzó a ver a un policía que lo acompañaba volar por los aires, antes de sentir mucho viento en su espalda, todo se puso en cámara lenta y quedó desplomado.

En plena confrontación, a Pulgarín y a otros de sus compañeros les cayó una parte de un carro encima, pensó que era un cilindro, pero no estalló, no obstante, le avisaron en el radio desde la estación: *“Explotó un carro bomba”*. Una chiva o bus escalera, medio de transporte de los toribianos, fue utilizada como arma, la “chiva bomba” estalló en frente de la Estación del pueblo. David Palechor, que se encontraba repeliendo el ataque, junto a los refuerzos que habían llegado, no pudo ver la magnitud de la detonación, debido a que estaba en la parte trasera de la Estación, pero al igual que Pulgarín, sabía que la explosión había sido donde estaba su Granada. —¿Y Guarín qué? —se preguntaron ambos mientras todo sucedía.

Arropado con mucho humo y polvo, Hoover se vio jugando con su primo cuando eran niños; su mamá y varios episodios de su vida le pasaron rápidamente por la mente. Los balazos no dejaban de sonar, entonces escuchó un pitido constante, la detonación le había producido un trauma acústico. Todo seguía en cámara lenta, *“Dios mío, esto es lo que se siente morir”*, pensó.

Seguía consciente, sin embargo, tenía miedo de levantarse, pero creía que vería su cuerpo si lo hacía. Tomó algo de valor y se puso de pie, a la par que tocaba su cuerpo con temor de que sus manos lo atravesaran, como si fuera un fantasma, sintió carne y, gracias a eso, pudo tomar aire. En sus ojos entró mucha tierra y por uno de ellos no podía ver bien, seguía habiendo humo, buscó la pared para apoyarse en ella, pero aun así se cayó en tres ocasiones debido a la cantidad de escombros que a duras penas lograba ver, entonces decidió arrastrarse. Pudo llegar hasta la Estación de esa forma, no sentía nada raro, pero cuando entró, sus compañeros se lo quedaron mirando y se vieron entre ellos. Nada le decían, como si miraran una aparición. —*“Guarín, ¿cómo entraste?”*— le preguntó Palechor, incrédulo de estar viéndolo frente a él.

Le explicaron que no podían salir de la Estación porque había una ametralladora apuntando a ellos, no solo se salvó de la explosión y del fuego cruzado, sino de aquella amenaza que había en la entrada, *“Guaro, desnúdese para revisar si está herido”*, le dijeron sus compañeros cuando pudieron reaccionar.

Cuando se levantó, tenía la ropa desgarrada, ya no estaban sus apellidos cocidos en el uniforme, para Palechor fue aterrador ver cómo su pantalón se rasgó, colgando de la última costura, pero no tenía heridas en su cuerpo. Una vez que todo cesó, Hoover encontró su fusil partido en dos, su casco con un hueco en la parte de atrás. El Intendente con el que cambió de garita, había fallecido debido a la explosión. Pulgarín resultó lastimado en el atentado y fue evacuado en la noche junto al resto de heridos. Palechor se quedó pensando en que ese día quiso ir a visitar un rato a Guarín en su garita, pero finalmente decidió no hacerlo, aunque siempre se ha preguntado: ¿Qué hubiese pasado si lo hubiera hecho?

Después de salir de Toribío, le dieron a Hoover un dictamen médico que advertía una reducción del 56 % de las capacidades físicas y una pensión de la Policía, no obstante, también trajo consigo el estrés postraumático, que según la Organización Mundial de la Salud (OMS) es una enfermedad de salud mental desencadenada por una situación aterradora, ya sea que la hayas experimentado o presenciado. También llegaron los delirios de persecución, no poder escuchar pólvora de ninguna clase y perder parte de los recuerdos que tenía de niño.

A pesar de todo, se pudo casar finalmente con Daira y tuvieron un hijo llamado Nicolás Guarín, que tiene seis años. Y si bien fue a terapia, lo que más le ayudó fue su familia. Hoy, cuando se encuentra cuidando a su hijo, está con amigos o con su esposa, recuerda sus años de servicio y le gustaría poder volver a ayudar, sin embargo, la escena que más pasa por su mente es la de sus compañeros protegiéndolo aquel día en Toribío, mientras su familia no tiene dudas de que de ese día violento a él lo sacó con vida un verdadero milagro.





Sangre

DE INOCENTES



Por: Sofía Acero

"Para ser grande solo se necesita ser humilde".
Subteniente, Andrés Felipe Rodríguez Quevedo

El celular sonó atendiendo al llamado del presagio instalado en el pecho de una madre que hace varias horas había perdido la comunicación con su hijo.

Una noticia desgarradora, la violencia abriéndose paso a través de las grietas del corazón que acaba de romperse; muchas preguntas, pocas respuestas y la certeza destructora de que la violencia había arrebatado, como lo cogió por costumbre, la vida de otro ser inocente.

Andrés Felipe Rodríguez Quevedo, RQ, como terminarían diciéndole sus compañeros en la Escuela de Cadetes de Policía General Francisco de Paula Santander cuando al fin logró su sueño de ser oficial de la policía. Era una persona que se movía entre la timidez y el carisma, además de una determinación que no escuchaba razones, ni siquiera las de su madre, quien pese a su negativa de que formara parte de la Policía Nacional de Colombia, no fue escuchada, *“Mami, yo me voy para la policía”* eran unas palabras que Yamile Quevedo, madre de Felipe, escuchaba con más frecuencia de la que deseaba.

“No, Felipe, yo no quiero que se vaya para allá”, le decía ella entre lágrimas, consciente de que no iba a lograr que su hijo cambiara de opinión, —*“Mami, usted no me quiere ayudar, no me quiere colaborar”*— expresaba él con la voz quebrada. No obstante, en cuanto tuvo la edad para presentarse a la Institución, hizo todas las diligencias que requería para cumplir su sueño, bajo la mirada resignada de su madre, quien encomendó la vida de su hijo a Dios.

El amor que sentía por su madre, el fútbol y la Policía eran insuperables. Pese a que rápidamente se dio cuenta de que la perseverancia con la que realizó todos los trámites necesarios para pertenecer a la Policía no podía desvanecerse con firmar el papel que garantizaba su ingreso. El verdadero reto comenzaba cada mañana en la que decidía levantarse de la cama para iniciar una jornada que requería de toda su determinación, empeño y constancia; una decisión que siguió tomando por tres años hasta que culminó su formación.

De hecho, su compañera Fernanda Padilla Rodríguez lo recuerda como una persona *“que entró a la Policía con ganas de salir adelante, llena de sueños, que pensaba en su familia y en recompensarla por todo lo que le dio. Disfrutó la Escuela, él era muy querido por todos”*. Al fin el sueño de RQ se estaba volviendo realidad. Sin embargo, durante el tiempo que estuvo en la Escuela no faltaron los malos ratos, la presión y el recordatorio constante de que existen personas que se sienten bien consigo mismas cuando hacen sentir inferiores a los demás. Y así fue como pasaron tres años y el verdadero trabajo comenzó.

La noche anterior a su graduación como Subteniente de la Policía Nacional, Ximena del Pilar Devia Zamora, acudiente de Felipe



mientras estaba haciendo su carrera de Oficial de la Policía Nacional, recuerda que se encontraban juntos compartiendo con sus tíos y su mamá. El orgullo en cada corazón allí reunido no se podía negar, después de años de esfuerzo y trabajo duro por parte de todos los presentes, al fin iba a llegar el gran día en el que un diploma iba a materializar un sueño infantil. No obstante, en la celebración faltaba la figura paterna, quien, en realidad, era reconocida por estar ausente siempre que se le requería, y esta reunión no fue la excepción. A pesar de estos antecedentes, Yamile deseaba que su hijo hiciese partícipe a su padre de aquella importante celebración, por lo que le pidió a Ximena al oído que, como cosa suya, le manifestara a Felipe la idea

que le rondaba en la cabeza. Cuando lo hizo en medio de una charla amena y alegre, él sonrió y dijo: *“No señora, la única que debe estar presente es mi mamá y papá. Ella es la que se merece todo el triunfo, nadie más”*, quedó claro para todos los asistentes que para Felipe su mamá lo era todo.

Llegó el gran día, al fin Felipe había alcanzado el último peldaño de una meta, pese a todas las dificultades. Su tío, Samuel Eduardo Quevedo Godoy, afirma que recuerda *“verlo llorar de felicidad el día de su graduación por alcanzar su sueño de ser policía, y por el orgullo y la alegría que le dio a toda la familia”*. Un capítulo de la vida de Felipe lleno de amor, alegría y ganas de seguir viviendo su sueño; sin embargo, ahí no termina su historia.

Comenzó su trabajo como oficial en el departamento de Nariño, un territorio al que sirvió en cada minuto de las jornadas extenuantes que debía cumplir. Cuando hablaba con su madre, como tenía por costumbre hacer diariamente, lograba sentir el agotamiento de su hijo a través del teléfono, quien frente a las quejas de su madre por la cantidad de esfuerzo que requería ejercer su labor siempre afirmaba con vehemencia, *“esto es lo que yo quiero, mamá, lo que he buscado toda mi vida”*. Una frase que sería recordada por todos sus compañeros, quienes rememoran la humildad y el trato equitativo con el que asumió su rol de oficial y luego de comandante.

Además de Nariño, también estuvo en el municipio de Tumaco, un lugar que lo acogió como si fuese su hogar, en el que se sentía tranquilo protegiendo a la comunidad. Sin embargo, su estancia en este lugar no duraría mucho, ya que se presentó la oportunidad de dirigirse a un soñado y fatídico destino: Nariño, el último lugar que pisaría en vida. Cuando recibió la noticia, se la comunicó inmediatamente a su madre, *–“Mami, me voy de comandante para un municipio que se llama Ricaurte”–* le contó emocionado, *–“¿De verdad, Felipe?”–* fue la respuesta escéptica de Yamile, quien, aún después de tantos años, seguía con miedo por el camino que su hijo había decidido seguir, *–“¡Sí, mami, como comandante!”–* contestó ilusionado, *–“Bueno, papi, mi Dios me lo proteja”–* imploró Yamile, que pese a sus dudas, apoyó a su hijo en las decisiones que quería tomar.

De esta manera, este joven que trabajaba cada vez más duro para escalar dentro de la Institución, llegó a Nariño a ser Comandante de

Estación de Policía, ilusionado con la idea de aprender cómo manejar a un grupo de personas, quienes posteriormente fueron guiadas con comprensión y compañerismo, sintiendo que podían confiar en Felipe gracias a su actitud humilde, siempre dispuesto a escuchar y evitando que su nuevo cargo y responsabilidades se le subieran a la cabeza. Yamile recuerda con agradecimiento todas las veces que se ha topado con personas que conocieron a su hijo, quienes con pesar e incredulidad en sus ojos solo tienen buenos recuerdos de RQ, aquel comandante que nunca se sintió superior a ellos, del que recibían una respuesta afirmativa y diligente cada vez que solicitaban algo, que siempre estaba con una sonrisa en su rostro que revelaba la alegría, sencillez y carisma que le caracterizaron en vida, y que dejó como recuerdo para todas las personas que le conocieron antes de su muerte.

En la tarde del 15 de marzo de 2015, en el casco urbano de Ricaurte, Nariño, la vida de Andrés Felipe Rodríguez Quevedo, de 24 años, se terminaría. Comenzó siendo un sábado cargado de malos presagios disfrazados de exageraciones; Felipe no había llamado a su madre aquel día y ella no tenía claro en qué lugar se encontraba. La noticia de dos policías heridos en Ricaurte viajó rápidamente, aunque incompleta: no se conocían sus nombres y una gran incertidumbre se ciñó sobre Yamile, quien, desesperada por respuestas, no paraba de llamar a cuanto policía conociera, pero sin éxito.

La falta de respuestas causó que esta situación mantuviese a la familia en vilo, con el deseo de morir, de devolver el tiempo, de destruirlo todo si aquellos rumores llegaban ser ciertos. Pero también con miedo de mantener la esperanza de que la preocupación fuera en vano, que todo era una simple equivocación, de poder exigirle a la muerte que tomara otro rumbo, que allí no era requerida; y que en cualquier momento Felipe aparecería; diciendo que todo fue un malentendido, que la amaba y que prometía llamarla todos los días, para evitarle cualquier disgusto. Pero la realidad no siempre está alineada a lo que queremos, y Felipe nunca llamó, no pudo llamar nunca más.

Yamile continuó llamando incesantemente a todo aquel que pudiese darle respuestas. Nadie podía afirmar que aquello era cierto. La voz de esta madre preocupada se escuchó en Pasto, en Ricaurte y hasta en Bogotá, pero seguía sin recibir información satisfactoria. El



momento de la confirmación llegó cuando pudo comunicarse con su hermano, quien también pertenecía a la Institución y había sido inspiración para el sueño que persiguió Felipe. Temblorosa y con el corazón en la mano, escuchó a través del celular:

—*Yamile, ¿usted cómo está?*— preguntó su hermano, con resignación.

—*Pues, ¿cómo cree que voy a estar?* ¡Nadie me da respuestas, no sé nada!— respondió desesperada.

—*Yamile, pero, ¿está bien?*— continuaba preguntando, sin querer expulсар las funestas palabras que tenía por decir.

—*Pues ahí*— dijo ella, agotada.

—*Yamile, lo de Felipe ya está confirmado, está muerto. Él, junto con otro patrullero, fueron los que murieron allá*— contó finalmente.

Está muerto. Mataron a Felipe. La confirmación había llegado.

Felipe se encontraba de particular aquel día, la situación en el territorio no era la más favorable, con anterioridad le había contado a su madre que la zona estaba complicada en cuanto al orden público, aquello dejó preocupada a Yamile, pero su hijo siempre la tranquilizaba afirmando que él sabía cómo cuidarse y que nada malo iba a pasar. Llegaba a la alcaldía después de asistir a una reunión del Concejo, cuando dos asesinos le dispararon en el rostro. Según cuentan testigos, Felipe alcanzó a sacar su arma y disparar a uno de los criminales, que quedó gravemente herido y logró esconderse por poco tiempo en una alcantarilla, antes de ser encontrado, capturado y llevado a un centro hospitalario. Cerca de allí, el patrullero Stiven Pasichaná Pusil reaccionó para defender a su compañero y fue asesinado tras varios impactos contra su humanidad. En cuestión de minutos, la vida de dos jóvenes fue arrebatada.

La noticia causó que ese mundo que giraba sin parar se detuviera para Yamile. El lamentable hecho fue conocido rápidamente por sus vecinos, quienes llenaron la casa de llanto, incredulidad y pésames. Yamile no quería estar ahí, ella necesitaba ver a su hijo, dirigirse a Pasto. Sin embargo, Generales y Comandantes de Policía

le advirtieron que no era prudente en aquel momento, el cuerpo sin vida de Felipe no había salido de Ricaurte para no alterar el orden público y evitar situaciones peores en carretera. Lo mejor era esperar.

Esperar. Esperar para despertar de una pesadilla que se volvía realidad. Esperar respuestas que no iban a llenar el vacío que se había instalado en su corazón. Esperar para enterrar un cuerpo joven que apenas comenzaba a vivir, para sepultar sueños, abrazos, llamadas, besos, recuerdos, sonrisas, el futuro. Esperar para comenzar una vida que no le interesaba vivir, una vida sin su hijo, sin Felipe. Esperar.

Llegó el día del entierro. Felipe había vuelto a casa en un ataúd. Vinieron personas de diferentes partes del país a darle el último adiós a su compañero, amigo y familiar. La compañía de tantas personas que conocieron a Felipe, que lloraban por el gran ser humano que había perdido el mundo, que rememoraban una y otra vez su sencillez y tenacidad. Que todos compartieran la clara determinación de que la violencia debía dejar de tener un lugar privilegiado en Colombia, de una vez por todas, aliviaba en parte un dolor que se instalaría en el cuerpo de Yamile para siempre y reemplazaría la presencia física de su hijo, que se fue demasiado pronto.

Han pasado siete años desde aquel suceso. Siete años sin respuestas, siete años con dolor. Al inicio, Yamile asistió a las audiencias que asignaron al caso, las cuales nunca dieron respuestas sólidas que revelaran el porqué del asesinato de su hijo; las versiones eran variadas e insatisfactorias: la Fiscalía se inclinaba por un “plan pistola” por parte del ELN, su corazón de madre le decía que había algo más. Tras dos viajes a Pasto que resultaron infructuosos debido al aplazamiento de las audiencias y la liberación por vencimiento de términos de los cuatro detenidos que presuntamente estaban implicados en el asesinato de Felipe, Yamile se cansó, se resignó a que nunca va a conocer la verdadera razón que llevó a su hijo a la muerte. Una muerte más en medio de un valle de violencia casado con la impunidad.

Ahora el dolor es una constante en el corazón de Yamile. Es incapaz de perdonar a aquellas personas que le arrebataron a su hijo sin razón aparente, de aquel ser que creció dentro de ella y se convirtió en su más grande orgullo. Pero con su asesinato no solo se perdió una



vida, también se llevaron por delante la suya propia. Los días pasan y pasan, se levanta y se acuesta pensando en él, los días transcurren en medio de recuerdos del pasado, de sonrisas que se van difuminando, de un tono de voz que parece lejano, de un cuerpo que desea volver a estrechar entre sus brazos. Los dos primeros años fueron un proceso de asimilación para Yamile, hasta que se enfrentó a la idea de que él ya no existía. Se enfermó, ya no quería seguir luchando por mantenerse a flote, recurrió a ayuda profesional, que mantiene hoy en día, y que le recuerda que ella sigue existiendo, a pesar de la muerte de su único hijo. Desde donde esté Felipe, Yamile sabe que le infunde valor para seguir viviendo, y que su recuerdo, aunque trae una profunda tristeza, también le sirve como energía para intentar respirar un nuevo día, y otro después de ese.

Felipe dejó tras de sí numerosos sueños inconclusos. Se encontraba organizando todo lo necesario para comenzar a vivir su deseo de ser piloto dentro de la Policía, y así, poco a poco, esfuerzo tras esfuerzo, ir ascendiendo en la institución que tanto amaba. No obstante, después del impacto de una bala, todo simplemente se desvaneció. Ahora, esa sonrisa que lo acompañaba en cada paso que daba, cada

vez que su corazón palpitaba de emoción al poder ejercer una labor que soñó desde pequeño y que auguraba éxitos, que estaba presente en todo tipo de situaciones, incluso aquellas que ameritaban llanto, es recordada por sus familiares y amigos con amor y nostalgia.

Es por esto que *Pipito*, como solía decirle Alba Luz Godoy Flórez, su tía y madrina de bautizo, dejó un vacío imposible de llenar, una situación de la que su familia nunca se va a reponer, que no se olvida con un nuevo amanecer, ni se deja atrás como al cambiar de página y escribir otro capítulo. *“Estaba empezando a vivir nuestro niño”*, lamenta Alba entre lágrimas, y afirma con vehemencia: *“Nos han arrancado parte de nuestra vida, han acabado con nosotros, y hoy todos lloramos la ausencia y la partida de este hermoso niño que Dios nos regaló para que hiciera parte de nuestra humilde familia. Con él se fue gran parte de nuestra vida, de nuestro corazón; la partida de él nos ha marcado, nos ha dejado tristes, deprimidos, cada día que pasa es un momento más que lo extrañamos, que queremos abrazarlo, que queremos verlo, pero sabemos que eso no es posible”*. Es incapaz de contener las lágrimas al recordar estos hechos que, aún después de tantos años, dejaron una herida abierta imposible de sanar.

Desafortunadamente, el asesinato de Felipe pasó a ser una cifra más en medio de la cantidad exorbitante de dolor que deja el rastro de



violencia en todas las vidas que expulsa de este mundo. Una muerte que; tras comprender que no es simplemente un cuerpo más en el cementerio, que destruye a la par corazones que se mantienen vivos a la fuerza, con un peso indescriptible de dolor; revela el estado de una sociedad descompuesta en su tejido social, tal y como lo afirma Fernanda Padilla Rodríguez, compañera de Felipe, quien considera que los miembros de la Fuerza Pública están pagando esa descomposición. Asimismo, Darwin González, compañero de Felipe en la Escuela de Cadetes de Policía General Francisco de Paula Santander, asevera que *“la vida de un joven con sueños y aspiraciones por ver su país mejor no tiene mucho valor aquí, porque vale más la cultura del dinero fácil y la criminalidad que diariamente deja policías y militares muertos en todo el territorio nacional”*. Y así nace la pregunta que ronda en la cabeza de muchos colombianos: *¿Hasta cuándo?*

Por otro lado, Edison Fabián Camacho Montealegre, amigo de Felipe, considera que *“el mensaje que deja la muerte de Pipe es que el conflicto de nuestro país se está llevando a los buenos y que afecta a los que quieren hacer el bien, porque él fue un joven que murió defendiendo sus principios y la Constitución en la Institución a la cual le entregaba todo y amaba. Lo único que quiso fue luchar por un país que está lleno de maldad, por una guerra absurda que beneficia a unos pocos”*. De la misma forma,



el oficial de la Policía Luis Alfredo Justacaro Chona, amigo de Felipe, afirma que *“siempre que hay un policía, hay un amigo, y siempre detrás de ese uniforme hay una persona con una familia”*, con lo que asegura la importancia de seguir construyendo un país que tenga como cimientos la paz.

Recordar el paso por la tierra de Andrés Felipe Rodríguez Quevedo llevó a sus familiares y amigos a hacer un llamado importante: no más violencia. Colombia. Yamile desea que exista justicia para su hijo, y para todas aquellas madres que han sufrido una situación similar, asegurando que *“siempre los que tenemos que asumir las peores cosas somos nosotros los pobres, y nuestros hijos que están allá luchando por una mejor Colombia”*. Poco enseñan acerca de cómo lidiar con el dolor y la justicia, afirma Yamile, puede ser un bálsamo para sus heridas, que le ayude a tratarlas correctamente, y así lograr soltar ese dolor que se aferra, como si fuese un ancla al pasado, a momentos mejores. De la misma manera, Alba asegura que la incertidumbre no les ha permitido avanzar como familia, que se convirtieron en víctimas de una guerra que no tiene razón de ser y comenzaron a formar parte, repentinamente, de todas aquellas familias colombianas que se encuentran destrozadas a causa de la guerra y violencia que azota a nuestro país.

“El amor por la Institución es el que nos da valor, esperanza y fuerza para despertarnos cada día y enfrentar los obstáculos que se pueden presentar”, afirmaba Felipe, a quien se le iría la vida sin saber por qué. Un asesinato que se llevaría la felicidad de su madre, la tranquilidad de sus tíos, la oportunidad de sus compañeros de disfrutar de su liderazgo y sus sonrisas; y que le recordaría al país que estamos ante una guerra que perdió el sentido hace mucho tiempo, que alienta la destrucción, el dolor y la muerte, y deja de lado al perdón, la paz y la reconciliación.



Epílogo

PALABRAS JEFE DE LA UNIDAD POLICIAL PARA LA EDIFICACIÓN DE LA PAZ

INVESTIGACIÓN ACADÉMICA "EDIFICADORES DE PAZ II"

La historia de nuestro país nos lleva a un recorrido por diferentes y prolongados procesos de violencia social que, de una u otra forma, generan reflexiones en nuestra mente y en nuestro ser. Una marca imborrable que tiñe a nacionales y connacionales que vivieron y viven en carne propia los vejámenes de la violencia que, como resultado de abrir la puerta a una guerra, permitió el ingreso del dolor.

Hoy en día, este fenómeno social, gestado por la ausencia de atención respecto las necesidades de la sociedad, más una serie de motivaciones con una mixtura en su origen, nos permite contemplar y discernir –con una mirada al retrovisor– los verdaderos afectados de este conflicto armado interno, quienes día a día buscan en su experiencia de vida, una motivación para seguir adelante con sus proyectos, así como generar nuevos escenarios que les permitan transformar el dolor en perdón.

Las víctimas del conflicto armado piden incesantemente atención, dignificación, reparación y no olvido. Hoy por hoy, la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas reporta más de nueve millones de personas que llevan la huella del dolor en su ser. Entre ellos hay más de noventa mil funcionarios de la Policía Nacional de Colombia, mujeres y hombres que, al escoger esta

profesión, sabían que sus vidas cambiarían y que, en cumplimiento del mandato constitucional de aportar a la construcción de la paz, contribuirían a la sociedad desde sus acciones; pero la historia de sus vidas cambió tanto, que incluso llegaron a cumplir con la última frase de la Oración Patria “...y llegado el caso, morir por defenderte”; situación que le sucedió a más de ocho mil funcionarios de nuestra institución y a las personas que, por diferentes hechos victimizantes, se encuentran incluidos en el Registro Único de Víctimas.

Desde la Unidad Policial para la Edificación de la Paz, la Policía Nacional genera acciones que aportan al reconocimiento y dignificación de las víctimas del conflicto armado interno. Muestra de este compromiso es la generación de iniciativas de memoria, en este caso, *Edificadores de Paz II*, que recopila once crónicas que transitan lo espiritual y lo terrenal, identificando la faceta humana de nuestro servicio, narrando dolorosos episodios familiares, como el de las familias Gómez Mancilla y Narváez Cabrera, en los que el lector se compenetra con sus vivencias y dimensiona, desde la perspectiva familiar, episodios que marcaron sus vidas y los constituyeron como ejemplos de resiliencia, a través de acciones diferenciales que buscaron la construcción de un país en paz.

“La muerte no existe, la gente sólo muere cuando la olvidan; si puedes recordarme siempre estaré contigo”, Isabel Allende. Esta frase, extraída de la dedicatoria del libro nos permite aterrizar cada una de estas crónicas y concluir que nuestros compañeros trascenderán en la historia de esta, siendo héroes, héroes sin capa que solo pretendían aportar un grano de arena a la paz que tanto pide y anhela nuestro país.

Díos y Patria.

Señor Brigadier General
WILLIAM OSWALDO RINCÓN ZAMBRANO



"En memoria de aquellos valientes héroes anónimos que, en el cumplimiento de su misión constitucional, se convirtieron en víctimas del dolor y la injusticia. A las familias que, con amor y coraje, compartieron sus recuerdos en medio de su dolor. Este homenaje sostiene la llama de la esperanza para que sus historias perduren y su sacrificio nunca sea olvidado".

Capitán
RAFAEL EDUARDO MURCIA
Oficial de la Policía Nacional de Colombia



CRÓNICAS SOBRE HOMBRES POLICÍAS, VÍCTIMAS EN EL CONFLICTO ARMADO INTERNO COLOMBIANO

Según la Unidad para la Atención y la Reparación Integral a las Víctimas, en Colombia hay más de 9 millones de personas reconocidas como víctimas e incluidas en el Registro Único de Víctimas, RUV; aun así, esta cifra aumenta día tras día, ya que la violencia en nuestro territorio hace parte del paisaje desde hace décadas.

El conflicto armado en Colombia ha dejado huellas en millones de familias, que aún sufren en silencio los vejámenes de la violencia; familias que hoy sufren la ausencia de un ser querido; familias que han perdido a hijos, hermanos, esposos padres y amigos, y que, a pesar de los años, nunca los olvidarán.

Precisamente las familias de los integrantes de la Policía Nacional son directa muestra de ello; de hecho, han pagado una cuota muy alta en el cumplimiento de su misión constitucional. Por tal motivo, este homenaje honra a todas aquellas personas que vistieron y visten el uniforme de la Policía Nacional y a sus familias, mediante la publicación de crónicas recogidas en el territorio nacional, en el seno de familias que abrieron las puertas de su corazón para hacer realidad este libro.

Por esto, la Policía Nacional, bajo la dirección de la Unidad Policial para la Edificación de la Paz (UNIPPEP), a través del Área de Historia, Memoria Histórica y Víctimas, focaliza su esfuerzo en el ser humano y en el servicio de Policía, aportando en la construcción de la Memoria Histórica del país.

